

ANNALENA BILSINI

Grazia Deledda



de

Lectulandia

Annalena Bilsini es la cabeza de una familia de cinco hijos varones, el tío Dionisio, la nuera Gina y dos nietos.

Annalena ha arrendado unas tierras devastadas a buen precio, que con el trabajo de todos hará rendir para recuperar la posición social que la anterior generación dilapidó. El invierno es frío e inclemente y amenaza con dar al traste con sus planes.

La Navidad le trae dos regalos. La nieve tan esperada que protegerá los cultivos y el regreso inesperado de su hijo Pietro, que sirve en el ejército. Pero los dones pueden ser amargos.

Pietro llega para la cena de Nochebuena acompañado de Isabella, la hermana de Gina. Y apenas llegado, intenta seducir a su cuñada, que tiene un matrimonio desdichado. Isabella se da cuenta, pero todos callan. Para desviar las sospechas de su hermano, Pietro decide casarse con Isabella.

En primavera, la tierra da sus frutos. Y Pietro vuelve con licencia, determinado a abandonar a Isabella y raptar a Lia, la hija del terrateniente.

Grazia Deledda

Annalena Bilsini

ePub r1.0

Titivillus 15-02-2020

Original title: *Annalena Bilsini*
Grazia Deledda, 1927
Translation: José Miguel Velloso

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.1

Por San Miguel, la familia Bilsini cambió de casa y también de tierra. Era una familia numerosa: cinco hijos varones, la madre viuda, y un tío de ella, que, aunque medio paralítico y sin un céntimo suyo, podía decirse que era el cabeza de familia.

Precisamente por los consejos del tío Dionisio, los Bilsini habían vendido su pequeña propiedad para tomar en arriendo una vasta finca, antiguo feudo gentilicio que, de decadencia en decadencia, comprado finalmente a bajo precio por un fabricante de escobas, les habían concedido en modestísimas condiciones anuales: ciento diez liras la *biolca* (unos dos mil quinientos metros cuadrados), dos capones, cuarenta huevos de invierno y un cesto de uva de mesa en verano.

Desde hacía años aquella tierra yacía abandonada; y, sin embargo, los Bilsini iban a ella como hacia la Tierra Prometida, o mejor como hacia una mina que explotar, ya que sabían que solamente allí su actividad y la fuerza avasalladora de su juventud podían desarrollarse y convertirse en oro.



Uno de los hijos, el segundo, hacía el servicio militar; el primero estaba ya casado y tenía dos niños. Su mujer y el más joven de los hermanos habían salido, por la mañana temprano, hacia la nueva morada, con un primer cargamento de cosas y con los aperos de labranza. Ahora, los demás, con un carro de muebles, el birlochito, las bicicletas, el perro, el gato y la jaula con el mirlo, enfilaban el puente de gabarras sobre el Po, avanzando lentamente hacia su meta. En el carro, tumbados entre los colchones y los cestos llenos de panes, iban los dos niños, gordos, rubios y colorados como manzanas maduras. El padre, que parecía todavía un muchacho, rubio y colorado también él, los vigilaba maternalmente; y con ellos reían y bromeaban los otros dos hermanos, que viajaban en bicicleta, uno a cada lado del carro.

Seguía el birlochito, con el tío y la madre. Guiaba ella, Annalena Bilsini, sin dejar por un momento de observar si todo proseguía en orden. Todo proseguía en orden. De repente, sin embargo, la vieja yegua, todavía vigorosa, que tiraba del birlochito, movió las orejas para indicar un inminente peligro; y

las manos de la mujer, nudosas como las de un campesino, tiraron fuertemente de las riendas.

El cortejo se detuvo, a la izquierda del puente, mientras un camión, cargado de sacos de trigo, pasaba velozmente por la derecha. Todo el puente temblaba como si quisiera deshacerse; también el agua, debajo, corría con un vértigo de espanto, mientras el conductor del camión, con la cara que parecía de bronce, iluminada por el sol, cantaba a pleno pulmón, acompañando el estrépito de terremoto que levantaba su paso.

Los jóvenes Bilsini le seguían con sus gritos de protesta, los niños lloraban y el perro ladraba, sombrío. Hasta el tío, en el birlocho, mesándose con la mano izquierda su larga barba gris, murmuraba:

—Ese se va al infierno. ¡Seguro!

Sólo la mujer, echándose hacia atrás, seguía con una mirada benévola el paso tempestuoso del camión. Sus ojos celestes, en su rostro rojo y anguloso, brillaban de alegría.

—Se parece en todo a mi Pietro —dijo, aflojando las riendas; y pareció que hasta ella quisiera tomar un impulso impetuoso.

El refunfuño del viejo la frenó.

—Guapo, tu Pietro.

«Claro que es guapo mi Pietro —pensó ella, mientras su rostro volvía a adquirir su acostumbrada dureza, quemada por una voluntad sin concesiones —; guapo, pero altanero y malvado. Es mi cruz, la única rama torcida de la familia que todavía no he sabido enderezar. Pero aún es tiempo».

—Tío Dionisio —dijo luego al viejo, quien, por otra parte, adivinaba todos sus pensamientos—: Pietro me ha escrito. He recibido la carta mientras cargábamos el carro. Luego se la dejaré leer.

—He visto al cartero. ¿Qué dice aquel buen tipo?

—Dice que está bien, que está gordo, que hace de asistente con un capitán soltero, que le envía a pasear su caballo y a llevar flores y regalos a su novia. Dice, pues, que está contento de la vida militar y que piensa nada menos que en reengancharse.

—Muy bien —exclamó el viejo, satisfecho, mejor dicho, aliviado por la noticia; luego se puso de nuevo pensativo—: ¿Y qué más?

—Como de costumbre, pide dinero.

—Muy bien —repitió el viejo en otro tono.

Y un pesado silencio siguió entre los dos.

La madre pensaba:

«Sí, todo va bien por lo que toca a Pietro. De él no se sabe si desear o temer el regreso. Los hermanos no hablan nunca de él; y usted, tío, usted que recuerda que nuestra familia ha venido a menos precisamente a causa de los tíos holgazanes y viciosos, piensa que está bien dejar que Pietro sea soldado. Si viene de nuevo la guerra, puede distinguirse y hacer carrera, porque no tiene miedo ni siquiera de los cañonazos. Sólo yo, pobre de mí, deseo su regreso. Mi corazón está contigo, Pietro, porque eres la parte mala de mi vida, la llaga que hay que curar, Pietro, amor mío».



Annalena podía entregarse a sus pensamientos de madre, porque ahora avanzaban lentamente.

El puente estaba lleno de vehículos, y con frecuencia tenían que detenerse. Pasaban carros cargados de manzanas, que emanaban un fuerte perfume de huerta; pasaban carros de uva, de zahína, de mimbres; calesas con enjutos tratantes de largos bigotes rojos en punta, que regresaban de los mercados; automóviles con gordos negociantes de cerdos, medio tumbados dentro. Se percibía, con aquel olor a fruta, a mosto, a hierbas fuertes y a juncos, el olor mismo del feraz valle cultivado hasta la exasperación, de la tierra verdaderamente impregnada por el sudor del hombre y que por ello produce con divina abundancia.

Los Bilsini, que aquel año poseían a duras penas la simiente, el maíz para hacer pasar el hambre y una escasa provisión de vino y de salazón, contemplaban, como a vehículos sagrados, los carros cargados de mercancías; y calculaban el precio de cada cosa, pero sin hablar de ello.

Hablaban, en cambio, la madre y el tío, en el birlochito familiar que les recordaba los viajes afortunados de los antepasados mercaderes y productores. En las paradas forzosas, la mujer, sin embargo, no desdeñaba contemplar el amplio paisaje fluvial y dejarse llevar por un instinto nostálgico de recuerdos y de lamentos. Por aquel puente, en aquel mismo birlochito ligero y estrecho, con un asiento para dos, había pasado muchas veces, de muchacha y de mujer casada; y cada vez, la extensión chispeante de las aguas y del horizonte, las lejanías boscosas de las orillas, con los campanarios de cimas lucientes como faros, le habían despertado una sensación de estupor, y el deseo de que una de las barcas del puente, entonces de madera, se separara y transportara a ella y a su vehículo hacia abajo, lejos, hacia las tierras desconocidas a donde el río iba.

Este deseo de lugares lejanos y no conocidos, nacía tal vez en ella del hecho de que nunca había experimentado ni gozado el amor.

Casada por interés, a los dieciséis años, con un hombre ya anciano, del matrimonio sólo había conocido las repugnancias y el dolor y la alegría de la maternidad. Por ello le quedaba en la sangre un aguijón de deseo, un germen, desconocido para ella misma, de inquietud y de tristeza. Pero la natural alegría de la raza, el amor por los hijos y la ambición de verlos un día ricos y felices, llenaban el vacío de su vida.

Cuando hubieron llegado al extremo del puente, con el carro, con los niños, el gato, el mirlo de redondos ojos idiotas, los rojos colchones incendiados por el fuego del crepúsculo, Annalena se volvió hacia la alta orilla, toda verde y dorada; y pensó en la nueva gran casa donde había tanto que hacer. Y después de haber mirado por última vez las aguas refulgentes del río, dentro de las cuales caía y se deshacía el sol, prosiguió el camino con la impresión de haber verdaderamente llegado a una orilla de su vida, completamente opuesta a la anterior.



A lo largo de la ribera el camino fue más tranquilo.

Los dos jóvenes Bilsini, que se parecían a la madre —aunque uno era pálido y tenía los ojos azules, de aquel azul frío, pero bueno, que revela el origen nórdico—, se entregaron con sus bicicletas a una carrera vertiginosa, y pronto desaparecieron en el horizonte.

El tío Dionisio repitió su acostumbrada frase misteriosa y fatal:

—Se van... se van...

Quería decir: «¿Por qué esta furia? Se van, corren y no comprenden que su prisa es inútil, porque se termina siempre muriendo».

Esta vez, sin embargo, Annalena se rebeló abiertamente; es más, la tomó con la yegua, que, acunada por la música monótona de su cencerro, caminaba despacio y parecía que fuera de la misma opinión que el viejo.

—¡Y déjelos correr, por Dios! Si no corren ahora, ¿cuándo lo harán? ¿Cuándo lleven un bastón con un lazo como el de usted?

—Se llega lo mismo.

—No es verdad. Se llega tarde cuando se va despacio. Y, ya que no hemos llegado nosotros, dejémosles llegar a ellos, por lo menos.

Y, no obstante, también ella frenó de nuevo la yegua. El sol se había ocultado; y con él desaparecieron las nubes de mosquitos y moscones que molestaban a los viandantes. Ahora todo estaba quieto. El cielo carmesí, entre

los álamos de más allá del río, hacía pensar en una chimenea encendida durante un hermoso crepúsculo invernal, mientras que los prados verdísimos y los bosquecillos jóvenes, suspendidos sobre el espejo rosado de agua corriente, daban la impresión de la primavera.

Luego, de repente, el carro se separó de la ribera por el camino en cuesta que parecía hundirse en el valle; y el aire, que se había vuelto gris, el olor de la zahína cortada, el humo de alguna chimenea, recordaron de nuevo a la mujer la casa, la tierra y el trabajo que le esperaban. En el silencio se oía a los dos niños disputar entre ellos en el carro. El más pequeño apretaba algo en el puño y rechinaba los dientes para defenderse mejor:

—Es mío, es mío. Te digo que es mío.

Pero como el otro le forzaba ferozmente los dedos, y le mordía además, abrió el puño y empezó a llorar gritando. También el perro ladró. Annalena paró en seco a la yegua.

—Pero, hijo de perro —gritó al joven padre—, ¿por qué no les azotas bien en las posaderas desnudas? Ahora lo hago yo.

Con agilidad juvenil saltó del birlocho, subió a la rueda del carro, y una vez cogidos y tendidos los dos litigantes, uno después de otro, sobre los colchones, descubrió sus gordas nalgas, que, por los golpes de su mano, se colorearon como las mejillas de un borracho.

—Ahora te merecerías otro tanto tú, que no sabes educar a tus hijos —dijo al joven, mientras los niños se levantaban desfallecidos.

El tío Dionisio callaba; pero cuando la mujer subió de nuevo al birlocho y azuzó a la yegua con su largo *ihú* de carretero, él se mesó la barba con la mano sana (la otra le colgaba siempre, pendulante, como un peso inútil) y sentenció:

—Se darán muchas, si viven.

—¿Por qué? Mis hijos, tanto de pequeños como de mayores, han ido siempre de acuerdo. Así les he enseñado y así debe ser. La unión hace la fuerza.

—¡Bueno está! —exclamó el viejo; y parecía que se burlaba de la mujer.

Cuando llegaron a la nueva morada, el último resplandor del crepúsculo iluminaba la valla de la era, y los dos altos plátanos, uno a cada lado de la gran cancela, a través de la cual se entreveía la casa antigua, con las paredes desconchadas y las persianas rotas; y, al lado, una torrecilla presuntuosa, color de chocolate, donde la nuera Bilsini había ya instalado los pichones.

El lugar era tranquilo, tal vez también melancólico, situado en un ángulo entre dos caminos solitarios completamente cubiertos de hierba y flanqueados

de setos y zanjas. El resplandor del crepúsculo, filtrándose entre las ramas de los plátanos, ponía de relieve, junto a la cancela, un nicho abierto en el muro, y destacaba dentro de él a una Virgencita toda amarilla, roja y azul con un Niño en brazos, que parecía una muñeca.

Annalena notó que la lamparilla de la capillita estaba apagada; aquel vaso sin aceite, con el pabito envuelto por una tela de araña, le dio la impresión de aquello que, sin su llegada y la de su familia, era el estado de la casa y de la tierra a su alrededor.

La primera cosa que hizo, pues, al entrar en la gran cocina en desorden, fue poner aceite en el vaso; luego encendió el pabito y, protegiéndolo con la mano, llevó la luz a la capillita.

Le pareció que la Virgencita, librada de su fría soledad, le sonreía. Entonces se persignó y, guiñando el ojo izquierdo como hiciera a una antigua amiga, dijo en voz alta:

—Estoy aquí, Virgencita. Y tú protege mi alma y haz prosperar a mi familia.

Luego fue de uno a otro de los plátanos y tocó sus troncos, que parecían de serpentina. Trazaba así, ante el portal y la nueva vida, un cierre impenetrable.



Dentro, en el patio y en la casa, los hombres descargaban y entraban las cosas. Por todas partes había una fantástica confusión de muebles, de objetos, de sacos y de cestas; pero la amplitud medieval de la entrada, de la cocina y de las otras habitaciones, obstruida sólo por los escalones altos y bajos que separaban las estancias, permitía poder moverse libremente a pesar de ella. La cocina, sobre todo, era amplísima, con dos altas ventanas al patio y una chimenea monumental, en la que un antiguo aparato para dar vueltas al asador, de hierro colado, traía el recuerdo de los señores del lugar y de sus banquetes. Bajo la campana de la chimenea se podía estar sentado. En un tronco, en efecto, bien cortado como un taburete, apoyado en el interior del estípite derecho, se había acomodado ya Primo, el mayor de los niños; su hermano Secondo le disputaba el sitio, de manera que Annalena, cuando volvió a entrar, tuvo que separarles otra vez, enviándoles a cada uno a una parte de la cocina.

Al verse tratados de igual modo, no protestaron; solamente el pequeño, cuando se encontró solo y perdido en el rincón donde había sido colocada la

artesa, se puso a llorar de miedo; pero su llanto no desentonaba en la casa, ya llena del rumor de la familia.

El otro hermano, en cambio, se consolaba contemplando a su madre, que estaba haciendo la polenta. Ya ella había apoyado en el puchero pendiente de la cadena, para tenerlo quieto sobre el fondo de la chimenea, un eje, sobre el cual oprimía una rodilla; y curvada, sin miedo al fuego, meneaba la mezcla hirviente con un largo tubo de punta inclinada. Dentro del puchero la polenta empezó a resoplar, amenazando con separarse de las paredes de cobre brillante. La mujer redobló entonces la fuerza, sin dejar un instante de estar atenta a la evolución de la pasta, que parecía que fuese adquiriendo forma con dolor; y cuando la vio separada y densa, con un garfio descolgó rápidamente el puchero del gancho, y, de golpe, con una habilidad que le permitió no sentir siquiera el calor del recipiente, la vació sobre el tablero de la artesa.

Entonces también el pequeño Secondo se consoló. Con el rostro tenso fijo en la artesa, veía a su madre preparar la polenta con el cucharón, para formar una especie de torta redonda y prominente. Encima, con el borde de la mano, trazó una cruz, y al niño, que le preguntaba con insistencia por qué lo hacía, le dijo, un poco fastidiada, que la abuela lo quería así.

—Porque es la primera polenta que se hace en esta casa.

Poco satisfecho, el niño buscó otra explicación, y al no obtenerla de su madre, la encontró por su cuenta:

—Es Jesucristo quien lo quiere así.

La madre tenía otras cosas en que pensar. Tenía que poner la mesa, y los objetos necesarios para ello había que buscarlos y pescarlos en los lugares más disparatados. Encima de la mesa, larga y embebida de vino, como las de las posadas, una lámpara de petróleo humeaba sin lograr vencer el resplandor del fuego y el último destello rojo de las ventanas.

Aquella luz cálida y ambigua se avenía a la figura un tanto enigmática de la mujer joven. Alta y delgada, pero un poco dura, toda vestida de negro por la muerte del padre, oscura de cabellos, de ojos, de piel, con la boca grande y carnosa, parecía una mujer del sur trasplantada entre la raza blanca y rubia de los Bilsini.

Cuando hablaba, el albor de sus dientes brillaba con un tono azulado, como el de los ojos; pero hablaba poco y tenía siempre los párpados entornados. Parecía triste, preocupada por un pensamiento secreto, cosa que, sin embargo, no le impedía ejecutar con cuidado, casi con disciplina, sus más pequeñas labores.

Tendió los manteles de manera que no hiciesen una arruga, limpió una vez más los platos y los vasos antes de ponerlos en la mesa, cortó en lonchas transparentes el jamón y batió prolijamente los huevos para la tortilla; y fue ella quien distribuyó las rebanadas de polenta, llevándolas calientes sobre la palma de la mano, como sobre un hermoso plato vivo: primero, al tío Dionisio, luego, a la madre, luego, al marido y a los cuñados y, por último, a los niños.

Todos se habían sentado ya alrededor de la mesa, por el orden en que solían hacerlo en la antigua casa. Sólo la madre permanecía en pie, en la cabecera de la mesa, frente al tío; y dijo, con voz fuerte:

—Antes de tocar la comida deberíamos decir el *Padre Nuestro*.

Uno de los hijos, el pálido, se rio, mientras los otros se quedaban con las lonchas de jamón suspendidas entre los dedos. Entonces el tío, después de haberse sentado a duras penas, se levantó severo y dijo con voz de mando:

—¡En pie!

Todos se levantaron, incluso el pálido, que, es más, lo hizo con exagerada prontitud; y sus voces siguieron la de la madre que recitaba con acento sonoro, como un cura en la iglesia, la plegaria en latín. También los niños, apaciguados y llenos de curiosidad por la novedad de la escena, dorados y frescos como los angelitos que acompañan a los santos en los cuadros, respondía saltándose las palabras.

La escena era verdaderamente grandiosa: en aquel fondo de interior, hecho todavía más amplio por el claroscuro rojizo de los rincones, con las ventanas todavía abiertas a la noche glauca de septiembre, los cuatro hermanos Bilsini, alrededor del viejo barbudo, que parecía un tronco medio quemado por el rayo, representaban la fuerza y la juventud del hombre.

Los dos más jóvenes, Baldo y Bardo, uno de dieciséis y el otro de diecinueve años, eran los más altos de estatura. El primero, con los cabellos rizados y mórbidos que recordaban los sarmientos nuevos de la vid, con grandes ojos celestes asombrados y la boca y las mejillas como teñidas de carmín, parecía escapar por todas partes de los vestidos usados; mientras que el otro vestía con un cierto rebuscamiento, era pálido como el color del pan y tenía una sonrisa casi maligna en la boca sutil, de comisuras hacia arriba, y en los ojos de malaquita.

Oses, el mayor, sentado, riendo entre sus niños y Giovanni, que servía pensativo y taciturno al viejo tío, se parecían a la madre hasta en su estatura media, robusta en su aparente agilidad.

La luz rojiza y circular de la lámpara encerraba como en una aureola la mesa, y daba tonalidades cobrizas a los cabellos de los jóvenes y de los niños. Cuando Annalena levantaba los ojos del plato, creía entrever todavía, en el color de sus hijos, los campos de zahína y de maíz, y los frutos embebidos de sol. La tierra, bendecida por Dios, se reflejaba en ellos, y Dios no dejaría de mandar a la nueva casa, por obra de sus brazos, el pan cotidiano multiplicado hasta el infinito.

Cuando les vio bien refocilados dijo:

—Y mañana, a levantarse pronto. Las cosas de la casa las pondremos en su lugar nosotras, las mujeres; vosotros salís y empezáis a trabajar el campo por la parte del torrente.

Bardo intentó rebelarse.

—Mañana yo quiero dormir. Por lo menos el primer día...

—Tú, en cambio, serás mañana el primero en levantarte. No hay ni primero ni segundo día.

Pero el Mustio, como le llamaban sus hermanos, insistió con ironía:

—Además, yo, mañana, precisamente para celebrar el primer día, quiero ir a misa.

Entonces todos, comprendido el tío, se echaron a reír y se burlaron de él. Él no se dio por vencido:

—Sí, queridos, deseo ir, además, para que me vean las muchachas del lugar y decirles: «Ya estamos aquí, alerta».

—¡Pero si la misa es a las seis! Irán las viejas centenarias. Anda, querido hermano, es mejor que vengas al campo por la parte del torrente.

Era Giovanni quien hablaba, con acento serio; y a él resultaba difícil replicarle. La única esperanza de Bardo fue beberse entera la botella de vino que tenía que partir con su hermano.

Luego le tocó la vez a Osea. Después de haber servido a los niños, que tenía a ambos lados, bien apretados a él, miró de reojo a su mujer; y se alegró al ver que no estaba cansada después de la larga jornada de ajetreo. Ella no se sentaba a la mesa. Había preparado hábilmente la tortilla y ahora la depositaba sobre la mesa, dentro de una gran fuente azul, grande y amarilla como la luna llena al salir. Con el cuchillo afilado que le servía para todo, empezó a dividirla y a distribuirla por el orden acostumbrado, atenta y con sus largas pestañas negras entornadas sobre sus ojos de animal nocturno. De improviso, sin embargo, esas pestañas se abrieron en círculo, como rayos; y los ojos refulgieron casi dorados como por un reflejo lejano, que era, en

cambio, una luz interior de desdén y de dolor. Ya que el marido, burlón, pero cruel, hablaba como si todavía fuera soltero.

—Mientras pasábamos por el puente de gabarras, ¿ha visto, tío Dionisio, a aquella muchacha vestida de rojo, a la que se le había deshinchado un neumático de la bicicleta? Estaba allí, muy disgustada, y casi lloraba. ¡Guapa muchacha, maldita sea! Y yo que le digo: «¿Quieres venir, que te llevo la bicicleta en el carro?». Y ella, ¿sabéis qué me contesta? «¡Si estuviéramos los dos solos, sí!».

—Podías echar al río a tus hijos —dijo Bardo, mientras la mujer, con los párpados entornados de nuevo, seguía distribuyendo la tortilla.

—¡Y cómo me miraba! Si no hubiéramos tenido prisa, me habría detenido de verdad. Pero tal vez no me faltará ocasión. ¿Qué dices a eso, Gina?

—Contesto yo por tu mujer —dijo entonces la madre—; y te digo que harías bien en darte cuenta de que ya es hora de acabar de ser bobo.

Los hermanos, especialmente el Mustio, sonrieron.

—Y bien, ¿qué mal hay en pararse a hablar con una muchacha guapa? Lo hemos hecho ya otras veces.

—Tú no puedes pararte con nadie: tú estás secuestrado.

—Además, aquella muchacha me miraba a mí, no a él —reanudó Bardo con seguridad—. Me pidió incluso si tenía una bomba para la bicicleta.

Entonces fue Osea quien sonrió.

—¡La bomba, ah, la bomba! Quería tu bomba. Pero ¿cuál? ¿La de limpiarte la nariz?

Y la disputa hubiera adquirido un tono serio sin la intervención del tío barbudo. Mientras con la mano izquierda se ingeniaba por cortar su ración de tortilla, sin levantar los ojos, dijo:

—¿Por qué discutís? Aquella muchacha me miraba a mí, no a vosotros.

Y una carcajada general puso de acuerdo a los contendientes.

—Poco hay de qué reírse —reanudó, hablando como siempre, con una leve dificultad, y parecía que lo hiciera a propósito para aumentar lo irrisorio de sus palabras—: ¿No soy soltero también yo? Y si lo estoy no es porque las mujeres no me hayan mirado. Annalena, vuestra madre, aquí presente, puede decirlo. Yo seguramente no he tenido otra dificultad que la elección, por eso me he quedado sin mujer; pero todavía estoy a tiempo. Lo que pasa es que soy difícil de contentar. Eso es...

Gina, que se había sentado en el rincón, junto a la artesa, y, aprovechándose de la penumbra, se consolaba también ella de las palabras del marido comiendo los residuos de la cena, miraba y escuchaba al tío; y

finalmente sonreía. Annalena, en cambio, si bien reprochaba con frecuencia al viejo su modo tétrico de ver las cosas, ahora parecía descontenta de su manera de hablar. Pero aquella era una noche excepcional y precisaba tener paciencia.

Baldo dijo:

—Tendrías que contarnos, tío, cómo te fue aquella vez con la mujer del tendero.

Era una historia sabida y resabida que a Baldo le gustaba extraordinariamente, porque la primera vez que la había oído, todavía niño, le pareció una fábula. Ahora también los dos pequeños rubitos se disponían a escuchar; y el mismo perro, apoyando en las rodillas de Annalena su gran cabeza, mansa y lanuda como de oveja, miró al viejo con sus ojos verdes y buenos, esperando la historia.

—¡Ah!, ¿aquella vez? Bueno, era la mujer de un tendero... Pero es preciso contarlo todo desde el principio y por orden. Bueno: ya sabéis, muchachos, que nuestra familia era rica. Poseía casas y campos, vacas, caballos y cerdos. Mi padre Giovannon, como lo llamaban porque era grande y gordo, y sus hermanos, cinco en total, como vosotros, no estaban, sin embargo, bien guiados. La madre había muerto y el padre se emborrachaba y jugaba. El mal ejemplo arruina a las familias: es como un espejo donde nos vemos feos y torcidos. Entonces uno dice: ya que el señor Jesús me ha creado así, yo seré así, o sea, que me iré al infierno y me divertiré con los diablos.

Después de haber bebido un sorbo de agua, ya que, con gran disgusto por su parte, no podía beber vino, el viejo reanudó su relato:

—Sí, las cosas iban mal. De los hermanos, uno jugaba y fumaba; otro bebía; otro iba con mujeres. En casa siempre había un desorden que aturdía, gritos, juramentos y palos. Sólo dos jóvenes iban relativamente bien: mi padre, Giovannon y su hermano, Alessandro. Y eran siempre los que recibían, porque no reaccionaban. El tío Alessandro se escapó, desesperado, y se fue de soldado con los alemanes. Mi padre se casó y llevó a su mujer a casa; y nacimos nosotros dos, yo y vuestra abuela Lena. Nuestra infancia no fue alegre: a fuerza de beber el abuelo se había vuelto idiota y deliraba. Los tíos estaban siempre de francachela; y los campos disminuían, uno tras otro, como roídos, pedazo a pedazo, por los zorros. Los malos zorros eran ellos, los tres hermanos. No es que en el fondo fueran malos, ya que, por ejemplo, eran incapaces de robar ni siquiera un huevo; pero no amaban el trabajo, y quien no trabaja es doblemente maldecido por el Señor Dios. —Cada vez que nombraba al Señor, el viejo se persignaba rápidamente y abreviadamente con la mano izquierda—. Así, pues, como decía, la tierra nos iba faltando, y

nuestra madre tenía mucho trabajo en sacar la casa adelante; empezaban a faltar incluso los víveres. Hasta que un buen día, el tío Alessandro anunció su regreso. Él había hecho durante ocho años el servicio militar con los alemanes; y os digo que si había recibido más patadas que sus otros hermanos, también de ellos había aprendido a dominarse y a dominar a los demás. Su corazón, sin embargo, seguía siendo generoso, tanto, que llegó a casa con una muchachita que había encontrado perdida pidiendo limosna por los caminos, antes de la frontera, ya que había regresado andando y tenía los pies cuando llegó, me acuerdo, hinchados y heridos. Los primeros días después de su llegada fueron alegres: todos iban de acuerdo; es más, los hermanos le tenían respeto y escuchaban sus historias como vosotros escucháis ahora las del pobre tío Dionisio. Se acogió bien a la muchachita: uno más, uno menos, en nuestra mesa, aunque con estrecheces, el sitio para los huéspedes estaba siempre dispuesto. Era una rubita también ella, guapilla; pero olía como una cabra, de sucia que estaba, y tenía los cabellos enmarañados y llenos de piojos. Nuestra madre dijo que había que meterla en la colada, y, en efecto, la lavó con agua caliente y le rapó los cabellos. Así, pareció un muchacho: negra de cara, con los ojos verdosos y los pies grandes. Debía de ser una zíngara. No sabía una palabra de italiano, y, sin embargo, lo entendía todo; y el tío Alessandro, que conocía el alemán, la instruía. Tenía mi edad, unos ocho años; pero era más alta y más fuerte que yo. Durante los primeros días, como si tuviera miedo de nosotros, procuraba siempre esconderse; pero cuando recomenzaron en la familia los dolores de cabeza (porque el tío Alessandro dijo a sus hermanos que el que quisiera comer tenía que ganárselo, y ellos se le sublevaron, y él echó de casa a tino, prometiendo hacer lo mismo con los otros dos), ella cobró valor, como si se encontrara bien en la confusión, y estaba en todas partes y jugaba con los niños; se hizo amiga de nuestra madre, y sobre todo del abuelo.

El viejo bebió otro sorbo de agua, y prosiguió, mientras Giovanni y Baldo, cada uno por su lado, le escuchaban cono hechizados:

—El abuelo estaba siempre sentado en el zaguán, con las manos apoyadas en el bastón, y no se levantaba si no le ayudaban. No era paralítico, sino que estaba atontado, y ya no tomaba parte en las cuestiones de la familia. El médico había prohibido absolutamente que se le diera vino; y él, perdida la única finalidad de su vida, había caído en la melancolía. Ni siquiera me hacía caso a mí, que antes había sido su preferido; y, por tanto, me sentí roído por los celos cuando vi que la zíngara le caía en gracia. Parecía que su compañía le reanimara. A veces le daba algún dinero, la enviaba a hacer recados

secretos y le enseñaba algunos juegos sin sentido con el hilo y la rueca, que ella aprendía en seguida. Poco a poco fijé tomando dominio en la casa. Empezó por pegar a la pequeña Lena; y como yo defendí a mi hermanita, se abalanzó también sobre mí y me mordió. Lo curioso es que nuestra madre la quería y la defendía. «Es una pobre huérfana —decía—; está lejos de su tierra. Es una hija del buen Dios, y hay que ayudarla». Pero no era esto solo; también los tíos, los labradores, los vecinos, todos le tenían cariño. Sólo yo le ponía mala cara; y ella se me acercaba siempre y me picoteaba como una corneja. Y si hablaba, con su lenguaje propio de zíngaros, que a mí me costaba trabajo entender, se burlaba de mí y me pegaba. Dos años pasó en nuestra casa. No aprendía a trabajar; pero no se estaba nunca quieta. A veces desaparecía durante días enteros, y nadie conseguía saber por dónde andaba. Le habían crecido los cabellos, ensortijados y encrespados; cuando nuestra madre se los peinaba, gritaba, y luego huía a los campos, como si le hubieran hecho una grave ofensa. Un día se desnudó completamente y se arrojó a la acequia, chapoteando con las ocas. Nuestra madre decía que le faltaba algún tornillo en la cabeza; pero luego empezó a preocuparse también ella, cuando, un día, nos dimos cuenta de que los huevos disminuían extraordinariamente del cesto donde las gallinas los ponían. A lo primero me culparon a mí. ¿Yo? ¡Maldita sea! —imprecó el tío Dionisio, ofendido todavía por el recuerdo—. Yo, que no hubiera dado aquel disgusto a nuestra madre aunque el hambre me hubiese obligado. Entonces me escondí en el pajar, y vi que era precisamente ella, Betta, la zíngara, quien los robaba. Sin embargo, ella lo negó; me acusó de que la calumniaba y amenazó con escaparse. Luego me di cuenta de otra cosa. Cuando los tíos y mi madre estaban en el campo trabajando, ella aprovisionaba al abuelo de vino, que, a veces, conseguía coger de la bodega, y otras iba a comprar. Por eso él la prefería. Yo la denuncié. Ella negó fieramente; y el abuelo se levantó con el bastón en alto contra mí.

Aquí el hombre calló un momento y quedó pensativo. La boca, un poco torcida por la parálisis parcial, pareció que se negara a continuar, haciendo el esfuerzo de hablar; pero luego tío Dionisio sacudió la cabeza, y reanudó:

—Al día siguiente de este hecho, Betta desapareció. La culpa, naturalmente, me la echaron a mí, y las bofetadas y los puntapiés me cayeron de todas partes. Por lo que respecta al abuelo, tenía que pasar muy lejos del alcance de su bastón. Lena lloraba porque a Beata se la había comido el lobo; y también mi madre lloraba, porque la hija del buen Dios ya no estaba en nuestra casa para robar los huevos. Los tíos dieron una batida para encontrarla. Unos dijeron que la habían visto con una tribu de zíngaros; otros,

que se había arrojado al río. El hecho es que no apareció hasta unos años después, casada con un mercader ambulante, oriundo de nuestro pueblo. Abrieron un tenducho, donde ella vendía agujas y botones; mientras su marido iba por los pueblos, vendiendo ropa. Ella vino a vernos, como si no hubiera pasado nada, y se rio al conocer las versiones dadas a su fuga. «He estado siempre en Milán —dijo, en el más hermoso dialecto de esa ciudad—. Fui hasta allí a pie. Me detenía en las casas apartadas y decía que iba a ver a mi madre, que se estaba muriendo en el hospital, y todos me daban de comer y dinero para el viaje. En Milán pedí limosna, hasta que la Policía me atrapó. Me metieron en un hospicio, y luego me mandaron a servir. Era una vida que no me gustaba. Sin embargo, pronto encontré a mi Martino; me casé con él, y le he convencido de que volviéramos aquí. ¿No he hecho bien?». Se había vuelto una guapa muchacha, ¡maldita sea! —exclamó el viejo, con los ojos encendidos por el lejano recuerdo—. Pero cuando se reía, echándose hacia atrás los cabellos, que seguía llevando cortos, me hacía pensar en una leona que había viste en un circo de saltimbanquis en Mantua. Apenas se hubo ido, mi madre dijo: «No me gusta y no me gusta. Mejor es que esté lejos de casa». Y prohibió a Lena que fuera a la tienda de Martino, llamado *el Palurdo*.

El viejo bebió otro sorbo del agua y vaciló antes de reanudar la historia, porque el recuerdo de cuanto le quedaba por decir, aunque muchas veces repetido, le despertaba siempre una sensación mezcla de placer, de rencor, de vergüenza, y también escrúpulos de hacer cosa perjudicial para los jóvenes. En efecto, los veía vueltos hacia él, con atención maliciosa; pero también esta vez los desilusionó, omitiendo ciertos detalles.

—A mí, sin embargo, no se le ocurrió prohibírmelo. E hizo mal. Tenía dieciocho años y no me había echado todavía novia. Fui, y ella me acogió bien. Como a un hermano, decía. Y en los primeros tiempos todo fue bien. Ella bromeaba conmigo, como bromeaba con todos. Cuando no vendía sus chucherías, estaba en la calle, apoyada en la pared, entre otras mujeres desocupadas, y reía y bromeaba. Era alegre; y a mí esto, acostumbrado como estaba a la seriedad de mi madre y de Lena, me gustaba. Un día, en el tenducho, encuentro a un amigo mío, mayor que yo: un tratante en escobas, que ganaba bastante. Su novia le había engañado, y él aquel día se lamentaba de ello con Betta. Decía: «Yo ya no vuelvo a enamorarme en mi vida, aunque encontrara la mujer más guapa del mundo. No; gato escaldado...». «La segunda vez, sopla cuando le escaldan», dijo Betta, burlándose de él. Encontré otras veces al muchacho en su casa, y sentí celos, porque, vosotros ya lo habréis adivinado, yo estaba enamorado de ella: enamorado perdido.

Cuando se lo dije, me miró mal y me echó en cara mis persecuciones de muchacho «Si no hubieras hecho lo que hiciste, yo no me habría escapado y te hubiese querido, y a lo mejor nos casábamos».

El tío Dionisio hizo otra pausa; y su mirada vagó a lo lejos, hacia el último resplandor de la ventana, y más lejos todavía, como si quisiera recorrer el tiempo a la inversa, para adivinar cuál hubiera sido su porvenir y el de Betta si ella no hubiese robado los huevos y comprado vino al abuelo.

—Pero no me echó de casa; solamente me prohibió hablarle de amor. Esto, se comprende, atizó mi pasión. Así pasó un año. Yo adelgazaba y no me preocupaba de esconder mi pena. Hasta en casa lo sabían y se burlaban un poco de mí y un poco se preocupaban. Mi madre me decía: «¡Anda! ¿Qué te ha dado esa zíngara? Pero si te ha dado alguna cosa para ponerte malo, te daré otra para curarte». Y así fue, en efecto —observó el viejo, con un gran suspiro, en parte verdadero y en parte fingido—. Es necesario observar, sin embargo, que nadie en casa me prohibía ir a ver a Betta, y yo iba, y además le llevaba regalos a escondidas; cosas, claro, que robaba de casa. Estábamos de nuevo relativamente bien. El abuelo se había muerto; dos tíos habían emigrado a América, y los demás trabajábamos todos; y como yo no tenía otra compensación, me creía en el derecho de llevarme de casa alguna botella y alguna gallina. Así pensaba entonces, obcecado por el amor. Y Betta recibía los regalos sin cumplidos. Había nacido zíngara, y zíngara seguía siendo. Un día, le llevé una oca. Era el día de San Martín, y en esa ocasión todos deben comer oca. El marido, aunque fuera su santo, estaba fuera, con su metro en la mano, ¡pobre infeliz! Yo, para completar la fiesta, llevé además dos botellas de vino viejo. Hicimos una juerga en la cocina que había junto al tenducho. Hicimos una juerga —repitió, volviéndose de repente rojo, como si todavía estuviera invadido por el antiguo calor—, y luego sucedió el *patatrac*.



Aquí los muchachos se echaron a reír. Con la cara colorada también, los ojos, los dientes y los labios brillantes, recordaban a las hermosas granadas maduras cuando se abren en el árbol dorado y dejan ver las perlas granate de sus semillas. Reían también los niños, por reflejo de la alegría de los grandes; y una luz alegre aclaraba los ojos severos de la madre y los melancólicos de la esposa.

Sólo él, el viejo, no reía; es más: la hilaridad de los otros parecía ensombrecerle. Al cabo reanudó, un poco fastidiado y como cansado de hablar:

—A partir de aquel día me convertí en el amigo de Betta. A decir verdad, me avergonzaba de ello, y me daba lástima el pobre Martino; pero parecía que realmente la mujer me hubiese dado un filtro, y sin ella no podía vivir. Ella, por otra parte, me dejaba entender que había estado enamorada de mí desde niña, y que su verdadero marido era yo, fieles el uno al otro hasta la muerte, amén. Ahora bien: he aquí que una noche llego de improviso a su casa. El pobre Martino estaba fuera, con sus telas y su metro; y yo sabía que ella, si quería, podía recibirme impunemente. La ventana de la cocina está iluminada; yo llamo, y no recibo respuesta; llamo otra vez, y finalmente ella se digna abrir. La mesa está puesta para dos; y de la sartén, sobre el hogar, sale un buen olor de pollo asado. «Tal vez esta noche llega Martino —me dice ella, para explicarme aquellos preparativos—. Ya comprenderás que debo darle de comer al pobrecito». Y me acogió muy fríamente, como a un simple amigo de la familia, escuchando siempre por si se oían fuera los pasos del marido. Yo, sin embargo, me daba cuenta de la comedia, y pensaba que esperaba a otro; por tanto, no me movía, y ni siquiera me moví cuando alguien llamó a la puerta, y a las preguntas de ella: «¿Quién es, quién es?», respondió la voz de Martino. Pálida como una muerta, sin hablar, ella me cogió por un brazo, y, con gestos excitados, me obligó a entrar en un tabuco contiguo a la cocina. Luego cerró la puerta con llave. Aquél fue el momento más terrible y ridículo de mi vida. Desde entonces me hizo considerar a las mujeres como unos seres infernales. Porque, muchachos, al abrir la puerta, dentro del tabuco iluminado de improviso por la luz de la cocina, yo había visto a un hombre. Era el hombre con el que ella estaba en el momento de mi llegada y con el que tenía que cenar y pasar la noche. ¡Y si hubiera sido un hombre simplemente! Lo terrible era que iba enmascarado. Llevaba un largo capote negro, con capucha y un antifaz en la cara. Cuando yo le vi, tieso en un rincón, me pareció el Diablo; tanto, que la emoción y el terror, en el primer momento, me impidieron oír las mentiras con que la zíngara explicaba al marido los preparativos de la cena. Luego, poco a poco, me recobré, y explicándome a mi vez su actitud al recibirme, empecé a hacer las más amargas reflexiones sobre ella y sobre mí. Y experimentaba una especie de respeto y de miedo de aquel otro, que, sin duda, me había reconocido y se burlaba de mí. Pero al fin pensé: «Poco a poco con burlarse. Somos los dos los burlados, compadre, y nada me costaría echarme encima de ti y estrangularte». Sí, muchachos —dijo el tío Dionisio, levantando la voz, todavía indignada—: de tal manera se me subía la sangre a la cabeza, de dolor y de rabia, que, por vengarme, estuve a punto de agredir al hombre enmascarado. Y él debía de pensar lo mismo,

porque de repente se me echó encima como un pajarraco de presa. Yo conseguí cogerle las manos, que todavía me parece sentir entre las mías, calientes como cuatro carbones encendidos. Betta, que debía de tener alerta sus finos oídos de raposa, tal vez oyó el ruido de nuestra silenciosa lucha, porque con su voz y sus palabras nos detuvo y salvó. «Martino mío —decía—, ¿dónde has puesto tu revólver?». «Lo llevo en el bolsillo —le dijo él, mientras se comía tranquilamente el pollo—. ¿Por qué?». «No, por nada; porque creía que lo habías olvidado en alguna parte». Él replicó algo que la hizo reír; luego se rio también él. Oímos el ruido de una botella al ser descorchada, y al fin aquel pobre marido dijo: «Esta noche sí que dormiremos bien, mujercita mía, que me tratas así». Nosotros, adentro, nos separamos. Estallábamos de ganas de reír; pero eran unas ganas amargas, os lo aseguro, muchachos, y no respiramos bien hasta que la zíngara, después de haber convencido al marido de que se fuera a la cama, abrió la puerta de la calle, y luego la de nuestra infame prisión, y, escondiéndose detrás de ésta, nos hizo salir, corridos como ovejas esquiladas. Eso me pareció mi rival: una oveja esquilada, cuando, por la calle, se quitó el antifaz y la capa. Era mi amigo, el tratante de escobas. Soplándose los dedos, dijo solamente estas palabras: «¡Y pensar que el pollo y la botella los había llevado yo!».



Aquí empezaron los comentarios, e incluso los niños metieron baza.

—Pero ¿por qué el pobre Martino no quería que comierais con él? —preguntó el más grandecito.

Y como nadie le contestaba, atentos todos a discutir entre ellos, repitió más fuerte su pregunta, con insistencia.

Hasta que la abuela le contestó:

—Porque quería comérselo todo él.

El Mustio hacía consideraciones escépticas, poniendo en duda incluso la autenticidad del hecho, cosa que recrudeció en tío Dionisio la amargura del recuerdo. Osea intentó dejar en su lugar al hermano:

—A ti, sin duda, estas aventuras no te sucederán, porque ni siquiera las zíngaras te miran; y, además, eres demasiado prudente...

Los otros hermanos empezaron de nuevo a sonreír, porque todos sabían un fracaso amoroso de Bardo, al cual, una noche, una muchacha había dado cita y había enviado luego a su padre para preguntarle qué intenciones traía; y mortificado y desilusionado, él había contestado que no esperaba a nadie y que sus intenciones eran simplemente tomar un poco el aire.

La alusión de Osea, por tanto, le hirió. Con la cara, roja y más indignado que el tío al recuerdo de su aventura, gritó:

—Dejadme crecer todavía algunos centímetros, y luego hablaremos.

—La primera vez, te escalas; la segunda vez, soplas —replicó Osea.

Y todos, entre grandes carcajadas, empezaron a soplar los dedos.

Sólo el viejo había vuelto a caer en su acostumbrada tristeza absorta. Le vieron tender la mano hacia un vaso mediado de vino; pero luego la retiró, y cogió, suspirando, su vaso de agua.

El vino se lo bebieron los jóvenes, y tampoco las mujeres rechazaron su parte. Al final, una leve alegría les hacía a todos expansivos. Baldo había pasado un brazo por los hombros de Bardo y se apretaba contra él, como cuando eran niños; mientras los niños de verdad, los dos hermanitos de cabello rizado, volvían a disputarse el sitio de debajo de la campana de la chimenea, hasta que la abuela los agarró enérgicamente y los llevó a la cama.

Los dormitorios estaban en el piso de arriba, al que se subía por una escalera de piedra negra, pulida por el tiempo, de un solo tramo, que si se miraba desde arriba daba vértigo; y como no había baranda ni cosa que hiciera sus veces, en la pared, un tiempo pintada de cal, pero ahora gris, se veían las huellas de manos grandes y pequeñas. También los niños, azuzados por la abuela como potros indómitos, subieron apoyándose en la pared; mientras que ella, levantándose las faldas, subía recta y tiesa por el centro de los escalones. La luz que llevaba en la mano iluminaba la bóveda de la escalera, y más arriba, sobre el rellano, la claraboya con los vidrios rotos, por donde se filtraba el resplandor de la luna.

Annalena pensaba que sería preciso renovarlo todo, de arriba abajo, y, naturalmente, echaba de menos su vieja casa, en la que vivían en la planta baja, y todo, aunque pobre, era más bello que en esta morada de antiguos señorones selváticos, que amaban las asperezas porque áspera era su alma; pero procuraba no pensar mucho en ello y superar con fiereza el cansancio de la escalera: era preciso acostumbrarse, y subir, en todo, con fuerte voluntad. Tenían que subir.



En el rellano, enlosado también con piedras, trabadas de tal modo que parecía que fuesen una sola, se abrían las puertas de las habitaciones. Puertas grandes, de dos hojas, de madera fuerte, llegada, sin duda, de lejos, tal vez de los bosques del Norte, para defender mejor el sueño de los señorones del valle.

Las cerraduras, dobles, sólidas; las cadenas y los candados les daban un aspecto de armados guardianes.

Annalena entró en la habitación destinada a su hijo Osea y a su nuera, y tuvo que levantar un poco el brazo para dejar la luz en la repisa de la chimenea. Todo estaba todavía en desorden; pero también allí la amplitud de la habitación permitía moverse libremente.

Todo lo grande que era la habitación eran pequeñas las ventanas, a Levante y a Mediodía. Parecían casi dos troneras, para asomarse a las cuales era preciso subirse a un escalón, que hacía también las veces de asiento. Por el hueco de una de ellas, todavía abierta, aparecía la luna, y su resplandor, más que el de la luz, iluminaba las espesas viguetas amarillas que sostenían el techo.

Los viejos muebles de los Bilsini desentonaban —y parecían humillados por ello— en aquel ambiente casi de castillo primitivo. Sólo la cama era amplia, con una colcha roja que dominaba, prepotente, sobre los mortecinos colores de alrededor: daba calor verla. Cama de campesinos que piensan solamente en gozar de la mujer, de la tierra, de la numerosa prole.

Los niños miraban a su alrededor, entre curiosos y asustados; y el mayor intentaba sustraerse a la tiranía de la abuela, que ya le desnudaba para meterle en la cama.

—Tengo miedo, Mammalena; habrá *sorgón*.

—¡Anda ya! Las grandes ratas están en las acequias, no en las casas. Y tú, que no tienes miedo de meterte en las acequias, tienes miedo de meterte aquí. Además, cuando se han dicho las oraciones, ya no se tiene miedo de nada. *Up, la*.

De un salto, el niño se encontró en la cama, y se echó a reír, escondiéndose bajo la sábana, mientras ella doblaba la colcha.

El otro dormía todavía en una gran cuna de nogal, labrada toscamente: cuna de familia, por la que habían pasado, uno tras otro, los bisabuelos, los abuelos, los padres y los hijos Bilsini. Era más ancha que larga, casi redonda, como un nido; y el gancho para colgar el mosquitero parecía realmente el pico de un pelícano, doblado sobre el largo cuello del vástago, dispuesto a arrancarse el pecho si no encontraba otro alimento para sus pequeñuelos.

Cuando los dos niños estuvieron bien acostados, Annalena les hizo persignarse y recitar las oraciones. Entre otras, había una para el tío Pietro.

—Señor, Ángel de la Guarda: haced que el tío Pietro, el soldado, se conserve sano, sea obediente a sus superiores y vuelva a casa bueno y virtuoso. Amén.

La oración que más les gustaba, que decían con alegría, sorbiéndola como un dulce, la abuela la guardaba para lo último.

*Gesù bellin bellino,
Col tuo capo ricciolino,
Con quegli occhi pien d'amore,
Gesù mio, donami il cuore.*

[Jesús hermoso,
con tu cabeza rizada,
con tus ojos llenos de amor,
Jesús mío, dame el corazón].

Pero aquella noche estaban tan cansados y aturcidos, que contestaban a duras penas; también porque la abuela, en lugar de estar quieta a su lado, andaba por la habitación, buscando alguna cosa, y, al fin, cerraba la ventana.

—Jesús mío, dame el corazón.

—Jesús mío...

—Vamos —dijo ella, desde lo alto del escalón de la ventana que daba a Levante, entreteniéndose en mirar fuera—, dame el corazón. Sólo el mayor, con una vocecita lejana y feliz, contestó:

—Dame... dame... —luego bostezó, y el corazón se lo bebió en el primer sueño.

El otro dormía ya profundamente.

Entonces ella, con el rostro plateado por la luna, contempló el gran cielo azul velado, donde parecía que las estrellas se ahogaran con voluptuosidad inocente, como los ojos de los niños en el primer sueño; luego contempló los campos, que desde ahora tenían que obedecer, como criados, a su voluntad.



Estos campos, no, como de costumbre, rectangulares, sino semicirculares, convergían todos hacia la casa. Era como un abanico abierto, cuyo gozne era la casa de los dueños, y el anillo, el recinto de la era. Un alto seto los rodeaba, precedido por una acequia, a lo largo de la cual los sauces, los álamos, los plátanos, abandonados y enmarañados, parecían un principio de bosque.

Más allá del seto no se veía nada, ni la mujer buscaba ver nada más. Todo su mundo estaba allí. Las voces de sus hijos, abajo en la cocina y en la era, la respiración tranquila de los niños en la habitación, la sombra alargada de la cuna, que prometía otras generaciones, representaban para ella toda la

Humanidad. Y el cielo azul, con la pupila dorada de la luna, le parecía el ojo de Dios, atento solamente a contemplar la nueva patria de la familia Bilsini.

Luego fue a inspeccionar las otras habitaciones. Se parecían todas, todas con grandes camas matrimoniales. En una dormían el tío y Giovanni, que le ayudaba a vestirse y a desnudarse; en otra, los dos hijos más jóvenes; y comunicando con ésta, la suya. Así, como en la vieja casa, podía dejar la puerta entornada, para vigilarles también de noche.

En vano habían intentado sustraerse, con el cambio de casa, a la tutela materna. No había otro remedio que seguir entrando descalzos cuando llegaban tarde por la noche, aunque ella les oía lo mismo, incluso durmiendo; y al día siguiente, les asignaba, coma castigo, una doble ración de trabajo.

Por aquella noche, sin embargo, se hizo una excepción. Los muchachos investigaban los alrededores de la finca; y el tío y los demás se entretenían charlando en la cocina. Annalena se metió en la cama, cansada, y soñó que proseguía la jornada. Ponía en orden la nueva casa; pero los objetos se movían y se amontonaban a su alrededor, con extrañas inversiones: en el puchero para la polenta hervía el vino; la cafetera estaba llena de nueces; los niños habían sacado a la era los cubiertos y jugaban con ellos; de los sacos agujereados salían arroyuelos de semillas y saltaban los granos de ámbar del maíz, algunos de los cuales caminaban como insectos.

Y, sin embargo, ella no se asustaba; incluso soñando, sabía que todo tenía que volver a entrar en orden.

«Ya se sabe —pensó al despertarse—, la fatiga y las preocupaciones dan malos sueños».

Miró por la ventana, y vio que todavía estaba oscuro; era pronto, por tanto, para llamar a los hijos. Ella, sin embargo, sin dormir no podía estar en la cama, y, en consecuencia, se levantó, bajó y encendió el fuego.



La nuera había ya puesto en orden la cocina. Annalena, sin embargo, inspeccionó los armarios rinconeros, fregó la mesa y colocó de nuevo bien las sillas a su alrededor. Finalmente, fue a sacar agua del pozo y se lavó en el barreño de piedra que había al lado.

La aurora se levantaba rápida por el cielo; y, bajo la primera luz líquida y fresca, la gran era parecía una pequeña plaza, con sus secciones enlosadas para tender en ellas a secar los granos, y el espacio de tierra para las gallinas; y la mujer se complació mirando alrededor, soñando en los días de la cosecha. Luego entró de nuevo en la casa y se peinó. Tenía todavía bellísimos cabellos,

de un color castaño encendido, y cuando se los recogió, tirantes y lisos, brillaron como una cofia de raso dorado. Encima de ellos se puso un pañuelo negro, que ató detrás, en la nuca. También su carne era blanca y juvenil: ella lo sabía, pero no se cuidaba. Es más: procuraba cubrirse, disfrazarse de vieja, para imponer más respeto a sus hijos y tal vez a sí misma.

Por eso se vistió con su blusa negra de trabajo, y, después de haber preparado el café y puesto al fuego una larga fila de rebanadas de polenta, fue a despertar a los muchachos. Porque sus hijos seguían siendo muchachos para ella, empezando por Osea. Y al primero que llamaba era a él, también para que Gina, muy dada a los buenos sueños de la madrugada, oyese el despertador. En efecto, cuando oyó llamar a la puerta, abrió los ojos asustada, y se recobró a duras penas, ya que le parecía estar todavía en la otra casa, y suspiró angustiada. Pero pronto venció el sueño, que volvía a atacarla con insidia voluptuosa, y se arrojó de la cama, como huyendo de un lugar peligroso.

La madre, mientras tanto, proseguía la llamada. Entró de puntillas en la habitación del tío, para no despertarle, y, sin hablar, sacudió a Giovanni. También Giovanni abrió los ojos asustado, vio el día, antes que en la ventana, en los ojos claros de su madre, y en seguida sacó de las sábanas una pierna roja y musculosa y estiró los brazos, desperezándose, como para probar sus fuerzas revigorizadas por el sueño.

Lo difícil venía ahora, con los dos muchachos dormilones y perezosos. Con ellos, la madre no hacía cumplidos: cada vez que se trataba de despertarlos o de espolearles para el trabajo, para cortar su ternura natural, se acordaba de los malos resultados de sus tíos maternos y de su mismo hijo Pietro, que algo había heredado de ellos.

Entró, pues, en su habitación y subió al escalón de la ventana para abrir los postigos, que los dos bribones habían cerrado cuidadosamente. La luz cristalina del Oriente iluminó la gran cama, en desorden, en la que aparecía a un lado el cuerpo desnudo y blanco de Bardo, tumbado boca abajo, con la cabeza cubierta por el almohadón, y en el otro, Baldo, que dormía todo envuelto en las sábanas, como para esconderse de la llamada de la madre.

Y lo que más le espoleó para despertarles fue ver un periódico por el suelo y la vela consumida. ¡Ah, así, pues, el pequeño socarrón, que no hablaba nunca, siempre con la boca abierta como un pajarito de nido, pero que hacía siempre su voluntad, había leído hasta bien entrada la noche, a pesar de su prohibición, y tal vez se había dormido con la luz encendida! Por algo ella

había encontrado la puerta de comunicación cerrada, aunque la había dejado abierta.

Dio un golpe en las posaderas de Bardo, y tiró hacia abajo la voluminosa funda en la que el otro estaba metido. Los dos hermanos, sin embargo, no se movieron: incluso durmiendo conocían sus maneras, y no les causaban sensación.

—Ya va —murmuró Bardo, desde debajo del almohadón.

Pero ella sabía que aquel «ya va» significaba: «Salga de la habitación, madre, y nosotros dormiremos todavía una media horita». Por tanto, quitó también la almohada, y dijo con voz fuerte:

—¡Arriba, arriba; que es tarde!

Y no se quedó tranquila hasta que los dos perezosos, uno por cada lado de la cama, desnudos y pálidos, con los ojos cerrados todavía, empezaron a bostezar, a hacer muecas, a rascarse la espalda, y luego a vestirse, angustiados, como si de verdad fueran hacia la muerte.

También el tío, en la otra habitación, se había despertado y no pensaba quedarse en cama. Bien que mal, se puso en pie él solo y se abrochó los pantalones y se metió los grandes calcetines de algodón. En lo demás le ayudó amorosamente Giovanni, sobre cuya tibia cabeza, él, como siempre, ponía la mano, casi como bendiciéndole.

—Bien, Giovannon; te dejaré mis millones.

Giovanni sonrió, como si la promesa tuviera fundamento, ya que, por otra parte, sabía que el viejo le dejaría la herencia de su buen sentido, de su honradez y de su amor al trabajo.

Ellos dos fueron los primeros en bajar a la cocina y en escoger las rebanadas más grandes y rosadas de polenta tostada. Y el joven, al verter la leche para el tío, le sirvió también la espesa capa de la nata. Luego, mientras los demás hermanos irrumpían, ruidosos y peleándose, en la habitación, ellos salieron a los campos.



La mañana de septiembre era bellísima. Sobre la plata dorada del horizonte, los sauces de infinitas ramas sutiles, que salían todas del extremo más alto del tronco, con las hojas coloreadas ya por el otoño, parecían grandes cestas colmadas de frutas y de flores. Sobre la hierba y sobre el seto brillaban los vapores dejados por la noche, y el agua de las acequias tenía el color líquido de la esmeralda.

Los dos campesinos, sin embargo, se preocupaban más de la desolación de los campos, comidos por la grama e invadidos por los espinos, y de la melancolía de los emparrados, donde la vid no había sido podada y daba, por tanto, entre muchos pámpanos enfermos y roñosos, pequeños racimos, que parecían de uva silvestre.

Los Bilsini estaban ya de acuerdo en que se debía empezar por coger la uva, y como era tan mala y no se podía vender, pisarla por su cuenta. Al mismo tiempo, tenían que arar los dos campos centrales, para sembrar trigo.

Así, pues, Osea salió con el antiguo arado familiar, tirado por los dos bueyes de su propiedad. Grandes bestias ya ancianas, pero todavía poderosas, cuyos ojos tristes y mortecinos parecieron iluminarse por la alegría del trabajo.

Duro trabajo, sin embargo, ya que la tierra, casi cristalizada por el largo reposo, parecía que no quisiera removerse. La reja de metal tenía que excavarla y cortarla como un cuchillo, en grandes bloques oscuros. Terminado el surco, al volver hacia atrás, las patas de los bueyes ayudaban a triturarla; pero las bestias jadeaban y sudaban, peor que en los días de verano.

También Osea trabajaba como nunca, azuzándoles sin maltratarlos. El sudor le corría por la cara, hasta el pecho desnudo; y él sentía que le manaba también de las axilas, como el agua del cuenco de la fuente, y le humedecía todo el cuerpo. Cuando la tierra se negaba a abrirse, parecida a la mujer que se resiste al acto amoroso, la tomaba con el arado y le dirigía las más terribles injurias; luego lo golpeaba con su varita, ayudándole, no obstante, a seguir en su trabajo.

—Hay que levantarse más temprano. Tiene razón, madre. Aquí está.

La madre iba a ver cómo trabajaban sus hijos, y, en verdad, el que más le importaba era él, el que rompía la tierra, que, pequeño y sólo en medio del inmenso campo, entre las hierbas derribadas y los matojos abatidos, parecía un guerrero que destruyera todo un mundo viejo para reedificarlo.



Más leve y alegre era el trabajo de los demás. Los dos hermanos menores, llegados con cestas grandes como cunas, azuzados también ellos por Giovanni, vendimiaban.

La primera cosecha fue para ellos; es más, Bardo se divertía comiendo la uva de la planta, estirando el cuello y mordiendo los racimos, como hacía la yegua con los pámpanos. Pronto llegaron también los niños, con el perro. El viejo los miraba, procurando hacer también algo con la mano de cuya muñeca

pendía el bastón con el lazo. Su presencia bastaba para animar a los jóvenes, especialmente al predilecto Giovanni; y él lo sabía, y encontraba en ello consuelo.

Cuando el sol estuvo sobre el seto, y, grande y lleno, inundó de oro los campos incultos, hasta las humildes flores de la achicoria y de la malva parecieron flores de jardín, Osea había ya labrado muchos surcos y las cestas estaban llenas de uva blanca. Visto eso, Annalena recorrió otra vez el sendero central de la finca y entró de nuevo en casa para ayudar a su nuera.



También la nuera, si no se la vigilaba, se entretenía, y muchas veces se apoyaba en el antepecho de la ventana o se sentaba soñando. Nadie sabía nada de estos sueños, y ni siquiera ella intentaba profundizarlos. Ahora, por ejemplo, mientras la suegra volvía de los campos, ella estaba sentada junto a la artesa, royendo de mala gana una rebanada de polenta tostada y contando las viguetas del techo.

Veinticinco eran las viguetas que, como hijos cariñosos, se pegaban a las dos grandes vigas principales, y todas juntas sostenían el peso del techo.

«Veinticuatro son también tus años, Gina Bilsini —se decía a sí misma—, y ya te sientes más vieja y cansada que tu suegra. ¿Para qué sirve mi vida? Ella, por lo menos, mi suegra, tiene una finalidad: enriquecer a sus hijos y nietos. Yo me río de las riquezas: no sirven para nada. También mi madre es rica. Pero tiene escondido el dinero, y, para aumentarlo, vive de cebollas y de mendrugos de pan. Cuando se muera, mi hermana Bellina y yo seremos ya viejas y no podremos gozar de nuestra fortuna. Y entonces es lo mismo que ser pobres de solemnidad. Lo que verdaderamente es bello en el mundo es el amor; pero también, muchas veces, es como la riqueza: no sirve para nada. Cuando Osea vino a buscarme y me propuso huir con él, si mi madre se oponía a nuestro matrimonio, creí haber encontrado el amor. Y hubiese querido que mi madre se opusiera para dar a mi Osea una prueba de pasión. En cambio, a ella le pareció mentira poder sacarme de casa para no mantenerme más a su costa, y la sola condición que puso fue no desembolsar un céntimo como dote. Y así nos hemos casado. Desde la primera noche me desilusioné, porque el amor, tal como lo entienden los hombres, es una cosa fea y sucia. Luego vienen los hijos, se tienen ganas de vomitar, y el parto es peor que la muerte. Luego hay que darles de mamar, y se te los lleva la suegra, y tú no eres dueña, siquiera, de criarles a tu modo. Y después hay que trabajar: cada día rehacer la cama de los hombres, barrer, lavar, coser, ¡y esta

maldita polenta, todas las tardes, todas las tardes, todas las tardes que Dios ha creado! Yo odio estas cosas, y, además, Osea me hace enfadar con sus historias de otras mujeres. Pero le comprendo. Él está cansado de mí, como yo estoy cansada de él. ¡Encontrar a otro! A otro que me quisiera de verdad, por mi alma, y no por mi cuerpo: ¡un joven alto y hermoso, con los cabellos como alas de cuervo y los ojos negros y profundos! Salir por la noche, cuando todos duermen y la luna ilumina los caminos, y encontrarlo que ya me espera... y, con las manos enlazadas, caminar a lo largo de la acequia, bajo la sombra de los sauces. Él me dice: “Eres mi tesoro, eres mi vida, mi adorada. ¡Mi adorada!”».

Al pensar en esta última palabra, de la que no comprendía bien el significado, pero cuyo sonido interior le daba la impresión de una nota musical intraducible por un sonido exterior, cerraba los ojos y se sentía desfallecer.

Los pasos de la suegra le devolvieron a la dura realidad. Se levantó y empezó a rascar los residuos de polenta del eje de la artesa.



Hasta primeros de noviembre el tiempo ayudó a los voluntariosos campesinos. No llovía; pero la humedad de la noche y la de las acequias, todavía llenas de agua, hacía un tanto maleable la tierra. Osea sembró el trigo, mientras los otros hermanos podaban los sauces, sacando palos nuevos para la vid, y pisaban la uva. Obtuvieron un vinillo claro y áspero, que parecía de bayas silvestres; pero que, precisamente por esto, despertó en los jóvenes, cuando la probaron, por San Martín, las más divertidas observaciones. Bardo lo escupió y abrió luego los brazos y reclinó la cabeza, con una cara de Cristo al que hubieran dado de beber vinagre.

Con los restos de la venta de la antigua casa, Annalena compró algunos patos, dos ocas altas como avestruces, un cerdito vivo y la mitad de un cerdo muerto. Adobaron jamón y prepararon manteca para el invierno, y todo, con la ayuda de Dios, prometía ir por buen camino.

Pero fue un invierno excepcional. Del cálido octubre se pasó a un durísimo noviembre; tanto, que las hojas no se volvieron amarillas del todo, sino que se desprendieron quemadas por el frío y cayeron negras y acartonadas, como después de un incendio.

La tierra se resquebrajaba, helada, y amenazaban helarse también las vides y el grano. Algunas mañanas, el cielo era verde, de una serenidad cruel, y parecía que se alejara de la tierra. Annalena lo miraba de cuando en cuando,

espiondo, como después de una larga sequía veraniega, si alguna nube asomaba por el horizonte. Nada. Se levantaba el viento del Norte, y, como un río de hielo, atravesaba continuamente la atmósfera. En vano el sol le oponía su esplendor exasperado; también él parecía enfriarse y alejarse, cada vez más, de la tierra y de los hombres.

Y también estos tenían un aspecto extraño, de desterrados, o, mejor, de prófugos, venidos contra su voluntad de un país feliz, que sufrían a causa de la nueva atmósfera y de la terrible incertidumbre del mañana.

Los hermanos Bilsini intentaron proseguir los trabajos empezados. Pero era una lucha impar, como contra la fuerza inexorable de la muerte. Y todas las cosas tenían la rigidez y el hielo de la muerte. El primero en volver a casa fue Osea, con un dolor de costado que aterrorizó a las mujeres. La madre corrió entonces a llamar a los demás. Amontonaron en el zaguán los palos viejos de la vid, y Giovanni y los hermanos menores empezaron a rehacer sus puntas romas. De cuando en cuando, uno de ellos se levantaba, daba golpes con los pies contra el suelo y corría al hogar para calentarse los extremos violáceos de los dedos.

El tío Dionisio estaba sentado delante de la chimenea, con los dos niños agarrados a sus rodillas, y parecía en verdad la imagen del invierno que incubaba la lejana primavera. De cuando en cuando sacudía su gran barba, en la que, cuando salía al zaguán, el aliento se helaba como la niebla en el seto, y pensaba que, si el tiempo seguía así, era inútil rehacer la punta de los palos, porque la vid estaría bien muerta.

—En mis tiempos —decía— estas cosas no sucedían, porque se enterraba la vid cuando la tierra todavía se podía remover. Ahora nos hemos vuelto perezosos e imprevisores, y esperamos siempre la ayuda de Dios; pero Dios dice: «Ayúdate, y te ayudaré».

—¡Uf! —dijo Bardo, soplándose las manos, hinchadas por los sabañones—. No basta morir de frío; tenemos también que tragarnos los sermones.

Pero Giovanni, siempre dispuesto a ponerse del lado del tío, terció, con aire austero:

—Este invierno estaba profetizado desde los tiempos antiguos: las bestias salvajes irán hasta las casas de los hombres y los comerán vivos.

—Buen provecho les haga —dijo el flaco Baldino—. Yo creo, sin embargo, que les costará trabajo comerme.

—¡Uf! ¡Basta! Mejor sería rezar el rosario.

—Mejor sería, de seguro —dijo la madre, desde la puerta de la cocina.

Sólo en la cocina se estaba bien. Una llamarada alta agitaba en la chimenea sus alas de oro rojo, como un pájaro de fuego al que se le escapaban y le renacían continuamente las plumas. Los niños, separados del viejo, se sentaban juntos sobre el tronco, bajo la campana, y el color de sus cabellos se confundía con el de la llama. Su madre amasaba la pasta para los tallarines, y la abuela estaba friendo la manteca para aliñarlos. Para completar el cuadro, no faltaba el perro, que dormitaba bajo la mesa, con el gato tumbado encima, con admirable amistad.



Hasta Navidad, el tiempo siguió así. Por suerte, el doctor declaró que el dolor de costado de Osea era una simple manifestación reumática. La madre respiró, y dio gracias, a Dios. Mientras sus hijos tuvieran salud, todo lo demás se podía vencer. Era la primera vez, sin embargo, que se resignaba ante la inclemencia de las estaciones, y Dios la premió.

Una mañana llegó el primer velo de nubes. La desaparición del sol, aunque el frío se hizo tan intenso que casi ya ni se notaba, fue saludada como la desaparición de un azote.

Las nubes se volvieron bajas, negras, y dieron a la tierra un aspecto siniestro. Pero al levantarse el sol, se levantaban también ellas y se volvían blancas; y los ojos de todos, incluso los de los niños, de pie sobre el escalón de la ventana, se alzaban brillantes de esperanza.

—Llegará la nieve. Finalmente, llegará.

Llegará la nieve, y su costra blanca cubrirá la vid y el grano y les salvará de su lenta muerte. Salvará la vid y el grano, la carne y la sangre de la tierra, las cosas que nos unen con Dios.

Pero por la noche, las nubes se iban, furtivas, como muchachas que, a escondidas, fueran al baile. Estrellas nunca vistas, de un brillo casi terrible, iluminaban el cielo de cristal y lívido. Luego, al amanecer, cuando los rumores, incluso los más lejanos, resonaban claros y metálicos, las nubes volvían, oscuras y sombrías, como las mujeres desilusionadas del baile. Solamente al caer la tarde del día de Nochebuena permanecieron altas y blancas en el cielo.

—Esta noche nieva, seguro. Esta noche.

Antes que la nieve, heraldo de ella, llegó Pinòn, el mendigo. Él y Vica, la jorobada, eran los únicos mendigos de los alrededores; pero así como a la mujer, ladrona y vagabunda, la echaban de las casas, Pinòn gozaba de las simpatías de todos. No es que fuera un viejo venido a menos o un hombre

sabio, ya que, por el contrario, había mendigado desde niño y era medio idiota, sino porque, no se sabía por qué razón, su presencia traía cierta alegría, y, además, según se decía, suerte.

Las familias casi se lo disputaban, y conociendo esta fuerza suya, él se distribuía por turno, parcamente, contentándose con poco. Aquella tarde, pues, les tocaba a los Bilsini.

Cuando Annalena fue a abrirle, percibió su olor, incluso a través de la cerradura del portal: olor selvático, de hombre que vive en contacto con la tierra y con las bestias y que considera sus vestidos como estas su pelo. Iba, en efecto, cubierto de andrajos, de pedazos de piel, con las puntas de los zapatos abiertas, como dos grandes bocas, en las que las uñas de los pies sucios parecían dientes de alguna bestia desconocida.

—¿Qué has hecho de los zapatos que te di la otra semana? —le preguntó, severa, la mujer.

Él los había vendido por una botella de vino lambrusco dulce; pero afirmó obstinadamente que eran los que llevaba puestos.

—Se anda —dijo, indicando un largo camino con la mano vendada de andrajos.

Cuando entró en el zaguán, los jóvenes lo rodearon, burlándose de él, pero sin malicia.

—¡Mira quién se ve! Pareces *Tom* cuando vuelve de sus correrías primaverales.

Y todos se rieron; porque *Tom* era el perro, que todos los años, en el mes de mayo, desaparecía durante tres o cuatro días, en busca de hembras, y luego regresaba a casa con las orejas gachas.

Pinòn sonrió feliz. Comprendía el sobreentendido, y, en lugar de ofenderse, le parecía que, de verdad, en los días anteriores, había hecho el amor con una hermosa mujer. Y ¿por qué no? Él no era feo; al contrario, su rostro era hermoso, en cierto sentido: flaco y moreno, con veteaduras rojas, con los ojos grandes, hundidos, de un brillo líquido indefinible, como de agua que refleja los colores exteriores. Se parecía muchísimo al del San Francisco de la parroquia. Tal vez por esto despertaba una sensación de alegría en torno a su maloliente miseria.

Fingiendo una trágica seriedad, Bardo le dijo:

—Merecerías que te echaran y te dejaran morir de frío, mujeriego, vicioso, que es lo que tú eres. Pero, por esta vez, te perdonamos. ¡Entra!

Le hicieron entrar en la cocina; y los niños, un poco asustados, le cedieron el sitio del tronco, bajo la campana de la chimenea. Entonces su figura, sobre

el fondo del fuego, pareció de verdad la de un santo en una capilla de oro, y, poco a poco, mientras se calentaba, encontró de nuevo el uso de la lengua.

Era una lengua afilada. Hablaba mal de todos; pero con la simplicidad estúpida de quien dice la verdad con un desinterés personal absoluto, y también por eso le acogían bien, especialmente las mujeres.

Los Bilsini empezaron a pincharle. ¿Qué hacían en casa de los Maresca? ¿Era verdad que su hija mayor estaba encinta, sin ni siquiera tener novio? ¿Era verdad la quiebra del negociante Fantini? Y ¿cómo había sido el escándalo de los hermanos Bosconi, que, por motivos de interés, se habían apuñalado en la calle?

Pero la historieta más divertida y picante fue la de una mujer escondida en una chimenea, de la que salió para sorprender al marido y a una querida, amiga suya, en íntimo coloquio, y que, cogiendo por los cabellos a su rival, la sacó, desnuda, de la cama y luego, a fuerza de puñetazos y de puntapiés, la dejó en estado deplorable.

Al terminar cada narración, el mendigo se frotaba las manos, en apariencia por satisfacción; pero, en realidad, para calentarse mejor. Y luego decía:

—No importa: vendrá una buena añada.

Más que los quebraderos de cabeza ajenos, esta promesa interesaba a los jóvenes campesinos, tanto más cuanto que, para reforzarla, los primeros copos de nieve caían ya contra los vidrios, como mariposas atraídas por el resplandor de la cocina.

—¿Cómo sabes que la añada será buena?

—Lo siento aquí —dijo él, inspirado, tocándose el pecho.

—Y a mí me lo dice el frío de los pies —afirmó, sin ironía, el tío Dionisio—. Es tiempo de nieve.

Annalena, arrepentida de haber provocado las maledicencias de Pinòn, suspiró y se persignó.

En seguida los vidrios quedaron empañados por una silenciosa capa de nieve. Los niños saltaron al escalón de la ventana y los tocaron con sus deditos fríos. El mayor se puso la mano en la boca, y gritó:

—¡Qué buena es esta nieve!

Y la esperanza llenó de azul y de oro los ojos de todos.



Por estas razones, Pinòn fue invitado a cenar. Y no solamente eso, sino que, además, se le ofreció el puesto que en la mesa de los Bilsini no faltaba nunca

para cualquier invitado imprevisto.

Él, sin embargo, sabía que estaba en su lugar, y declaró que no se movería del tronco, cosa que no agradaba en absoluto a Gina, ya que su presencia, su olor, que el calor del fuego aumentaba —y, sobre todo, el miedo a que dejara, como recuerdo, algún piojo—, la distraían de sus quehaceres culinarios.

Aquella noche, naturalmente, tenía más que hacer de lo acostumbrado. Las condiciones económicas familiares eran muy modestas, casi pobres; pero, de todas maneras, la Navidad tenía que festejarse. Ella, además, preparaba la comida en abundancia, con el fin de que quedara algo que se pudiera dejar sobre la mesa, para los muertos que, en la noche de Navidad, vuelven a las casas en que vivieron.

Sobre este punto, los jóvenes, y hasta el tío Dionisio, comenzaron a bromear.

Y ella lo creía, y vivía en la espera de un acontecimiento grandioso que pacificara incluso su alma inquieta.

Sirvió la lubina, con una salsa verde, preparada por ella, que olía a huerta y a verano, y todos, animados por la buena comida, la felicitaron. Cuando pasó por donde estaba Osea con los niños, notó que le tiraban de la falda y no la dejaban andar. Era el marido que la agarraba, divertido, pero también excitado. Sin embargo, ella se sobresaltó, desde lo más profundo de sus entrañas, entre asustada y halagada, como si fuera un desconocido quien la cogiera para poseerla con violenta pasión.

—Mujer —dijo él, levantando su cara encendida hacia el rostro pálido de ella—. ¿No sabes que esta noche tiene que ser engendrado un nuevo Mesías? ¿No podríamos hacerlo nosotros?

Ella se desasíó, bruscamente, estremeciéndose toda, como una liebre atrapada en un lazo.

—Vete a paseo —gritó. Y fue a servir la lubina a Pinòn.

Ocupado todavía con su menestra, Pinòn contempló con desconfianza el nuevo manjar, y, con el tenedor, hizo señas de que no. No; no quería. Y viendo que la mujer retiraba rápida el plato, como para apresurarse a impedir el contacto con él, levantó los ojos y la miró con el ceño fruncido y la vista turbia. Entonces ella tuvo una sensación de alucinación: le pareció que Pinòn le hacía una seña de que se acercara, de que se inclinara sobre su boca, de la que salió, con apenas un soplo, una sola palabra:

—Vendrá.

Vendrá. ¿Quién? ¿El nuevo Mesías o el amante misterioso esperado por ella? Se apoderó de Gina un vago temor. Le pareció que Pinòn sabía su

secreto y que podía, por donde anduviera, divulgarlo con su mal olor y su lengua maldiciente. Y tuvo miedo de él, miedo de sí misma, de todos. Por primera vez tuvo conciencia de que el pecado se incubaba dentro de ella, y se hizo el propósito de vigilarse.

—Sí, amigo —dijo, irguiéndose como una vara doblada y desafiando con sus ojos los del mendigo—: te vendrá un accidente.

Él no la comprendía. No obstante, levantó el tenedor con un gesto religioso, y su respuesta le pareció a Gina muy a propósito:

—Si no se hace daño, no se tiene miedo.



Sin embargo, ella seguía oyendo el ruido de un carruaje que corría perseguido por la nieve como por una manada de armiños. Y mientras distribuía las nueces, entre el crujido de sus cáscaras rotas con los dientes y con los puños, no se maravilló al oír un tintineo de cascabeles que parecía golpear contra el portal.

—¿Quién puede ser?

Todos, en el fondo, esperaban siempre a alguien, por lo menos a un huésped que trajera noticias del mundo lejano y, con ellas, un poco de vida nueva. Pero nadie quiso moverse: la madre, porque no creía que fuera su hijo; Gina, porque seguía teniendo miedo del hombre que esperaba misteriosamente; los otros, por temor a coger, acalorados como estaban, un buen resfriado.

—Voy yo —propuso Primo, descarado y lleno de terror al mismo tiempo.

Secondo le apoyó:

—Voy también yo.

La idea de atravesar la era, cubierta ya por una buena capa de nieve, les daba el valor y la curiosidad temerosa de un explorador que quiere llegar al Polo Norte caminando sobre los hielos flotantes. Mas la abuela les hizo volver a su sitio.

—Por favor, Pinòn; ve tú, que estás acostumbrado a la tramontana.

—Voy.

—Antes de abrir, pregunta quién es.

Pinòn se dirigía ya hacia el zaguán, seguido por el perro. El tío Dionisio observó:

—Deben de ser amigos, porque *Tom* no ladra.

Al oír su nombre, el perro volvió la cabeza; miró al viejo con sus ojazos buenos y movió la cola, como si quisiese decir: sí, sí.

Ahora se oía golpear con fuerza en el portal, y el corazón de Gina latía, como si los golpes le sonaran en el pecho. En el silencio imprevisto, los objetos de la mesa, los muebles, la llama de la chimenea, parecieron convertirse en los personajes de la escena.

Más vivaz, sin embargo, fue, como un súbito rubor en un rostro mortecino, la entrada en la habitación de una muchachita rubia, envuelta en un chal rojo. Llevaba en la mano derecha, izándolos como un trofeo salvaje, un par de pollos vivos, de colores radiantes, mientras su hombro izquierdo se doblaba sobre el brazo que sostenía una cesta llena de víveres. Su manera de vestir, ligera, los zapatos brillantes, abiertos sobre unas medias color de carne que revestían como una segunda piel sus piernas torneadas, completaban la ilusión de que con ella había llegado ya la primavera.

—¡Bellina! —gritó Gina, casi con angustia—. Pero ¿eres tú, eres de verdad tú?

Y se echó encima de ella, cubriéndola con su gran cuerpo negro, apretándola, junto con los pollos, con la cesta, con el chal, y le cubrió la cara de besos apasionados.

—Bueno, basta, basta. Me rompes los huevos que llevo en el bolsillo —dijo la muchacha, zafándose casi con repugnancia.

—¿Cómo diablos estás aquí? —preguntó el tío Dionisio, mirándola de pies a cabeza, por delante y por detrás, para asegurarse que era ella en persona.

También los demás, vueltos en sus sillas, la miraban entre curiosos, asombrados y un poquitín burlones. Ella sostenía las miradas de todos, desafiándolos con sus ojos, azules, pequeños, pero de una luz casi insostenible. Su cara, redonda, con una boca sensual que parecía pintada, la nariz remangada y un profundo hoyuelo en la barbilla, aparecía tan rosada y chispeante de alegría y de salud, que las otras caras, comprendidas las de los niños, parecían sorprendentemente descoloridas.

—Sí, soy yo —dijo, adelantándose y golpeando levemente con los pollos la espalda de tío Dionisio—; la hija del Diablo en persona, Isabella Mantovani.

Después de haber echado una ojeada a los regalos que traía Isabella, también Annalena se levantó y abrazó con fuerza a la muchacha.

Esta, sin embargo, no correspondía a tanta expansión. Sus miradas más bien iban con más simpatía a los jóvenes, y se detuvieron en los niños, que, a su vez, la miraban como encantados y, después de haber dejado en manos de Annalena los regalos, corrió a abrazarles y a besarles, con una explosión

tempestuosa de afecto y de admiración. Por su parte, ellos saltaron de las sillas y se aferraron a ella, disputándosela como el tronco de la chimenea, mientras que Gina, casi como si volviese en sí de un aturdimiento, gritaba enojada:

—Bellina, pero ¿por qué te has quitado el luto?

La muchacha contestó algo; pero nadie la oyó, porque un acontecimiento extraordinario relegó en seguida en la sombra y en el olvido la llegada de Bellina.

Un soldado alto, con el capote gris húmedo de nieve, la cara morena hinchada y colorada por el alto cuello carmesí del uniforme, había aparecido en la puerta. Allí se detuvo, llevándose militarmente la mano a la frente.

Un gran estrépito invadió la habitación. Todos se levantaron gritando, riendo, silbando; alguna silla cayó, y los pollos, en el suelo, cloquearon. Sólo la madre no hablaba, como aterrorizada por la súbita aparición. Depositó con cuidado el cesto sobre la repisa, y esperó que Pietro, la parte que le faltaba de alma, se uniera a ella con un beso.



Cuando estuvieron de nuevo todos a la mesa y Pinòn hubo ocupado otra vez su sitio, Pietro contó, con su voz sonora, cómo habían ido las cosas.

—Al bajar del tren, he pensado: «Ya que estoy en el camino de las sorpresas, empecemos aquí, por mamá Mantovani. A lo mejor esa gran avara me da, por lo menos, un vaso de agua con unas gotas de café». Porque, a pesar del frío, tenía una sed terrible y no quería que me vieran en la posada. He aquí que llego delante de la casa nueva de los Mantovani: oscuridad perfecta, como si ya estuvieran allí los muertos; y ni siquiera esos, porque sin duda no hubieran encontrado nada en la mesa. ¡Oh muchachas! —dijo dirigiéndose primero a Gina, que, pensativa, se apoyaba en los hombros de su suegra, y luego a Isabella, que, con los niños apretados a sus flancos, le miraba con ojos rientes escuchando la historia, como si no la conociera—, no os ofendáis si hablo así de vuestra venerable madre. —La risa cascabelera de Isabella contestó por ambas—. Así, pues, llamo a la puerta. Nada. Doy la vuelta a la casa y llamo a la ventana de la cocina. Nada tampoco. Finalmente, una ventana, en lo alto, se ilumina, y la voz de esta bribona aquí presente, contesta. Pero parece venir del mundo de la luna, aunque la luna esta noche se haya ido a celebrar la Navidad en casa del ogro. «¿Quién es?». «Soy yo». «¿Quién eres tú?». «Amigo». «¿Qué amigo?». «Anda, vete a hacerte fotografiar; soy yo, Pietro Bilsini, hijo del difunto Luigi Bilsini, hermano de

tu cuñado Osea». Ella se echó a reír; luego parlamentó con alguien dentro, y, finalmente, bajó corriendo, en zapatillas, y abrió de par en par la puerta, como si tuviera que entrar el cura con los óleos santos, la sombrilla y el sacristán. «Mi madre está mal», dice; pero su cara desmiente la mala noticia. Yo le respondo: «Simularé estar mal, para no gastar en la cena de Navidad». Y ella, ríe que te ríe, hasta doblarse y golpearse las rodillas con las manos abiertas. «Oye —me dice luego—, hagamos una cosa: digamos a madre que tú vienes de tu casa para invitarme a pasar la noche con vosotros. ¿Lo hacemos de verdad?». Yo subo, pues, a la habitación donde mamá Mantovani está, toda agazapada, delante de la chimenea; y me doy cuenta en seguida de que ella se alarma por mi presencia. «Tengo la gripe —me anuncia en el acto, con una tos forzada—. Malos tiempos, hijo mío; bastante malos. ¡Y mi pobre marido que ya no vive! Triste Navidad». «Déjelo estar, mamá Mantovani: he venido para invitarles a usted y a su Isabella a venir a casa, precisamente para pasar juntos las Navidades. Tengo abajo el coche». Sus ojos se animan. «¿Cómo puedo dejar la casa sola, hijo mío? Pero si Isabella quiere ir... ¿tú eres un buen muchacho, no?». «Claro que soy un buen muchacho; y Bellina es como si fuera mi hermana. Y al regreso le traeremos algún regalo de mi madre». «¡Bravo, bravo!, ¿cómo está Annalena?». «Está mejor que el papa». Y mientras nosotros charlábamos, Isabella saqueaba la casa. La oía moverse y reír sola. Luego destapó una botella y obligó a beber incluso a su madre. «Le hará pasar el resfriado». Así obtuvo el permiso para quedarse algunos días con nosotros. Nuestra intención era venir a pie; pero como empezaba a nevar, he pedido prestado el coche y el caballo a Urbano Giannini.

Este último detalle interesó más que todo el resto de la historia. Annalena y el tío Dionisio le preguntaron:

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Sí, he llamado a casa de Urbano; y, sin decirle con quién estaba, le he pedido prestado el coche y el caballo; y él me los ha dejado hasta mañana.

—¿Y tú no has entrado en su casa?

—He entrado hasta la cuadra. Él, verdaderamente, me invitaba a pasar, porque dentro había gran fiesta, sí; y todo estaba iluminado, aunque su mujer está enferma de verdad. Pero yo no he aceptado. Isabella me esperaba en la calle.

—¿No te ha dicho cómo está su mujer?

—Su mujer está siempre igual: tiene cien males; pero es ella quien cree tenerlos. Su verdadero mal está en el cerebro.

—¿Y la hija?

Las preguntas no terminaban nunca, porque este Urbano Giannini era un personaje importantísimo para la familia Bilsini: era el rico fabricante de escobas que les había alquilado la casa y la tierra. El dueño, en una palabra.



Luego, Pietro se informó de cómo eran las muchachas del pueblo, si se dejaban cortejar y si se bailaba con frecuencia; y, por su cuenta, refirió muchas historietas agradables sobre la vida militar en general, y sobre la manera especial de vivir en la ciudad.

—Yo estoy allí como en mi casa —dijo, desabrochándose el cinto, después de haber comido hasta hincharse y fumando un cigarrillo tras otro—. Yo soy el dueño, en casa de mi capitán, cuando él está fuera. Me siento en un sillón y leo sus libros. Libros bonitos, con muchas estampas. He leído incluso la vida de las serpientes y de los cocodrilos. Los cocodrilos no se comen nunca al hombre muerto. Lo quieren vivo, y bien fresco, los muy glotones. Una vez, un negro que atravesaba a nado un río, se vio perseguido por un cocodrilo. No era una bella perspectiva. Entonces el negro se hizo el muerto. La bestia lo coge y se lo lleva a una especie de gruta de arena, bajo la orilla del río, y no lo pierde de vista ni un instante. Por dos días y dos noches, el negro hace ver que está muerto; y hubiera acabado por morir de hambre si la casualidad no hubiese hecho pasar por la orilla un carro tirado por dos bueyes. Uno de estos hunde con una pata el techo de la gruta. El negro ve la pata y con un impulso desesperado se agarra a ella. El buey le tira hacia arriba y así el desgraciado se salva. ¡Oh Gina!, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Gina se había vuelto blanca y se pasaba una mano por la frente, como si se sintiera desfallecer: tanto la turbaba la historia. Todos se dirigieron hacia ella y empezaron a burlarse. Sólo el narrador la miró con curiosidad piadosa, como si en ella viera a un ser absolutamente desconocido e infinitamente débil. Ella notó aquella mirada y salió a su encuentro con sus ojos suplicantes. Un instante, y el encuentro de sus pupilas fue como el de dos astros que turbase toda la armonía del firmamento.

Completamente fuera de su voluntad, ella pensó: «Es a él a quien espero».

Y Pietro, con plena voluntad, aunque sin conciencia, en el temblor de su sangre poderosa, pensó que Gina era la mujer que deseaba, fuera de toda ley divina y humana.

Por ello, sus ojos, castaños y dulces, rodeados de azul, adquirieron un color extraño, verdoso, como si reflejaran las luces líquidas y arbóreas de un

río misterioso. Tal vez, sin saberlo, recordaba el cocodrilo que persigue al hombre que se finge muerto.

La presa era Gina.

Y durante el resto de la noche, ella, verdaderamente, aun rehuendo la mirada de Pietro, que de cuando en cuando la buscaba y la envolvía toda, se sentía como si tuviera el cuerpo en apariencia muerto; y experimentaba todo el terror de la persecución fatal, pero con la esperanza y la firme voluntad de salvarse.

Para albergar dignamente a Isabella, le asignaron la habitación todavía disponible; y Pietro se fue a dormir en el sofá del saloncito, que era la habitación donde se recibían las visitas de respeto y se comía en las grandes ocasiones.

Los muebles, abrigados con petróleo, parecían nuevos. La repisa de la chimenea, con sus dos candelabros encendidos, toda adornada con postales, conchas, vasitos plateados con flores de papel punteadas por los recuerdos de las moscas, se parecía a los altarcillos de las ermitas campestres. Pero si todo esto daba cierto respeto, en compensación, en el escalón de debajo de la ventana, dos ruedas negras, sólidas, altas y macizas que hacían pensar en algún vehículo de los felices tiempos de Bengodi, exhalaban un buen olor familiar: eran dos preciosísimas hormas de queso de Parma.

Por otra parte, Pietro declaró que dormiría en la cocina caliente y todavía olorosa de cosas buenas; pero la cocina, aquella noche, tenía que quedar desierta, con la mesa puesta y llena de comestibles para los pobres muertos.

Ellos no entran donde hay vivos, entre otras cosas para no asustarles. La madre, por tanto, recomendó a Pietro que no entornara siquiera la puerta del saloncito que daba al zaguán, para no estorbar a los sagrados huéspedes.

Ella misma preparó la cama, poniendo un colchón sobre el sofá y buenas mantas de lana sobre las sábanas calentadas. Y hubiera deseado llevarse con ella, como de niño, a su Pietro, que ahora era un soldadote alto y grande, como aquellos de bronce de los monumentos a los caídos en guerra; o, por lo menos, quedarse a solas con él y hablar de muchas cosas. Pero los demás hermanos entraban y salían, todos medio achispados después de la alegre cena; y él mismo no le hacía caso, sino que bostezaba largamente ante sus confidencias. Al desnudarse, cerraba los ojos y vacilaba, como si fuera a caerse dormido, una vez libre del estorbo de su atuendo guerrero.

—Cualquiera diría que, en lugar de haber estado haciendo de asistente lavaplatos de tu capitán, regresaras de las trincheras después de largas batallas —dijo Bardo.

Pero Pietro no soportaba las ironías. Se levantó terrible, aunque en camisa, con un zapato en la mano:

—Si no te callas, Mustio, te pongo la cara colorada con esta arma. ¿La ves?

Bromeaba, sin duda; pero Bardo se alejó unos pasos, ya que el zapato era de aquellos mastodónticos de militar. Sin embargo, una vez hubo salido de la pesada habitación de la madre, el hermano joven se sentó junto al sofá en el que Pietro se había tendido, felizmente, entre las sábanas y las mantas calentadas poco a poco por su calor; y empezó a su vez a confiarse.

Hablaba poco en familia, porque sabía que no le comprendían. Sólo se confiaba, a veces, con Baldo, que era sensual, pero inocente como el perro y el gato. Sin embargo, eran confidencias que no le dejaban contento, porque eran casi físicas, hechas de juegos, de medias palabras, de mofas y de caricias, precisamente como aquellas que se hacen entre ellos los animales jóvenes y en celo. Con Pietro, en cambio, podía finalmente hablar de hombre a hombre; y, por lo tanto, entró en seguida en materia:

—No creas que las mujeres guapas son sólo para ti. También tengo una yo, y de carne y hueso, no de fantasía como las tuyas.

—¡Mustio! —amenazó Pietro, desde abajo de las sábanas; pero su voz tenía ya la dulzura del sueño, lejos de la realidad. Sin embargó, la curiosidad le animó cuando Bardo pronunció, saboreándolo con un gusto goloso y carnal, el nombre de la mujer:

—Es Piera Maresca.

También Pietro se pasó la lengua por los labios.

—Tú no la conoces —prosiguió Bardo, serio y casi triste—. La encontré por primera vez cuando veníamos aquí, en el puente de gabarras. Se le había deshinchado la bicicleta y me pidió la bomba de la mía. Después nos hemos vuelto a ver. Es alta como tú, con muchos cabellos de oro, la boca que quema y un cuello bellísimo. ¡Lástima que vaya tan mal vestida! Son gente pobre, claro. Algunas veces, si el padre no va a pescar, se quedan sin cena.

—Peor para ellos. Eso quiere decir que son holgazanes e imbéciles.

—¡Ah, no, Pietro! —prosiguió Bardo, de cuyo rostro había desaparecido la acostumbrada expresión irónica para dar paso a un aire extrañamente desolado—. Se nace pobre y, a pesar de cuanto se haga, se sigue siendo pobre. Esta es la suerte de los Maresca. Siempre les ha aplastado un montón de desgracias. Dos hijos muertos en la guerra; la hija mayor, seducida y abandonada; la madre, casi ciega por los disgustos; y él, que nunca tiene suerte en el trabajo. Tampoco ella, Piera, a pesar de su belleza, está buena. En

invierno tose siempre y me da mucha pena. Sólo sirve para hacer encajes y bordados. Ha intentado hacer escobas, pero el polvillo de la zahína y de las plumas le hace daño a los pulmones.

Pietro sacó fuera de las sábanas su cabezota redonda, negra y roja. Tenía los ojos llenos de sueño y de aburrimiento. Dijo:

—Bueno, ya lo he comprendido: es una cataplasma. Nuestra madre no querrá ni oír hablar de ella; y tú, haz el favor, déjame dormir.

Pero ahora que había empezado, su hermano no tenía intención de terminar. Le gustaba, en el gran silencio del saloncito, contra cuya ventana se amontonaba la nieve, oír el sonido quejumbroso de sus palabras; y como Pietro no le entendía ni le compadecía, se contaba sus jeremiadas a sí mismo.

—¡Oh, claro! Piera no es muchacha para venir aquí a trabajar; y, por otra parte, no tengo medios para mantenerla como sería preciso. Y, además, también yo tendré que hacer el servicio y ella no me esperará. Por tanto, nuestro amor es desesperado. Sin embargo, nos queremos. Pero de verdad, ¿sabes, Pietro?, como tú y tus amigas nunca os querréis.

—¿Y en qué punto estamos?

—¿En qué punto quieres decir?

—Quiero decir, ¿sois ya amantes?

Bardo enrojeció ferozmente; e hizo ademán de arrojarse sobre su hermano.

—Ahora que estás en cama, si quisiera, podría darte un par de bofetadas —dijo en voz baja, amenazador, en serio—. No quiero que insultes a Piera. Si quieres oírlo, si quieres saberlo, yo todavía no la he besado.

Pietro se calló, coreo aturdido y temeroso. En realidad, pensaba en el misterio de la cosa increíble que había dicho su hermano: dos enamorados que no se besan. Y, triunfante, encontrada la solución, dijo:

—Apuesto cualquier cosa a que está escarmentada por el ejemplo de su hermana.

Luego, mientras Bardo proseguía, hizo como los niños, arriba, en la cama materna, cuando la abuela recitaba por su cuenta las oraciones: se durmió.



Entonces Bardo volvió al zaguán y se quitó los zapatos. Todos se habían retirado. En la cocina, las mujeres habían cubierto el fuego, pero no tanto que del montón de cenizas no brotara un poco de calor: un poco de calor para los pobres muertos. Bastó que Bardo, acercándose a tientas a la chimenea, hurgase con la punta de una ramita, para que la llama de los tizones

resucitara, de repente, larga y violeta, como un fuego fatuo. La habitación se iluminó con una luz fantástica, con el pavimento claro y las sombras de los muebles arriba, largas, hasta el techo, donde se amontonaban, como si la cocina se hubiera invertido.

El perro, bajo la mesa, se levantó, derribando al gato, que estaba tumbado encima de él. Bardo, con un gesto, le ordenó que volviera a tumbarse; y el animal dio la vuelta sobre sí mismo, se acurrucó de nuevo y de nuevo el gato se le subió encima.

Todo estaba todavía en desorden, como si hubiera pasado un ejército; y, efectivamente, se percibía aquel especial olor a cuero, a metal y a sudor de los soldados, que había dejado Pietro y que emanaba de su capote, puesto a secar, como un gran pájaro verdoso, a un lado de la chimenea.

Bardo sintió un repentino desagrado por aquel olor que le parecía que profanaba la habitación; o tal vez era una sensación de rencor contra el hermano que, tan lejano y distinto de él, había acogido, de manera bárbara, sus confidencias amorosas. Pero era también un instinto de remordimiento que se traducía en disgusto físico, porque tenía la conciencia de ser él quien profanaba, con lo que intentaba hacer, las tradiciones domésticas y, sobre todo, la religión de los muertos. Tanto más cuanto que, para celebrar la llegada de Pietro, sobre la mesa habían dejado mayor provisión de víveres: el blanco pan levemente dorado, la mantequilla pura, el jamón carnosos y tierno, las nueces ya partidas, el oloroso queso amarillo.

Él se había ya provisto de una de aquellas cestas flexibles, con dos asas, que pueden hincharse como vientres de atletas. En el fondo puso una botella; luego la quitó, porque los muertos no beben vino y no se llevan ninguno de los objetos de la mesa. ¿Cómo podrían hacerlo si no tienen manos?

«Entonces no deberían tocar tampoco el resto», pensaba Bardo; y le parecía ver su rostro, con su boca sutil, donde serpenteaba su acostumbrada sonrisa mezcla de burla y de tristeza. Y, sin embargo, veía sus manos; y al coger las cosas de la mesa y meterlas en el cesto, le parecían las manos incorpóreas de los muertos.

Cuando el cesto estuvo lleno, lo sacudió, para ajustar mejor las cosas. Miró dentro, con complacencia; y vio que había todavía un rinconcito vacío. Entonces se acordó de que había prometido a Piera un tarrito de mermelada de melocotón. Pero la mermelada no estaba en la mesa, sino en el armarito del rincón; y cuando lo abrió, las botellas de aceite y de vinagre, los diversos recipientes colocados en las estanterías, hicieron al reflejo de la llama, que de repente había saltado curiosa en la chimenea, una sonrisa maliciosa.

«Bueno —pensó Bardo, cogiendo el tarrito cubierto con papel encerado y atado con un cordel—; puesto que los muertos no pueden ya robar, si madre se da cuenta de esto, diré que lo he cogido yo».



Todo era excepcional en las estaciones de aquel año. La nevada fue larga, intensa; y hubiera resultado perjudicial para el tejado de la casa Bilsini, si los jóvenes no se hubieran encaramado a él, liberándolo de la pesada carga.

Todos los caminos estaban obstruidos; y Bardo tuvo que esconder su cesto en el pajar. También Pinòn se encontró bloqueado por la nieve en aquella casa hospitalaria; y fue de utilidad ayudando a las mujeres a cortar leña y a sacar agua del pozo.

La entrada se había convertido en un verdadero charco, en el que los niños chapoteaban con placer. Al abrirse la puerta, cada vez que alguno entraba o salía, se veía por el hueco como una especie de tela blanca bordada y ondulante. También la luz era cándida, fría, casi lunar; y, en el silencio, las voces de los hombres vibraban como si estuvieran también cristalizadas por el hielo.

Dentro de la casa, los únicos que pensaban en disfrutar eran el perro y el gato, siempre uno encima del otro o enzarzados en sus juegos inocentes; el mirlo, que, imaginándose que aquella tibieza era la de la primavera, silbaba de alegría de cuando en cuando desde su jaula, colgada encima de la chimenea; y Pietro.

Pietro tenía sólo cinco días de permiso y no pensaba malgastarlos trabajando. Su única preocupación eran el caballo y el coche de Urbano Giannini. Pero Giannini no estaba en América; y, por tanto, debía de comprender la imposibilidad de tener su vehículo, del cual, con aquel mal tiempo general, no podía servirse.

En compensación, Pietro pensaba en dar de comer bien al caballo, y, cumplido este deber, volvía a la cocina a comer a su vez y a bromear con las mujeres.

Las mujeres eran su elemento natural: le gustaban todas, hasta la madre, en un sentido, naturalmente, distinto de las demás. Le parecía que irradiaba un cálido efluvio, de salud, de bienestar físico y moral, mientras que, por ejemplo, tío Dionisio, aunque le molestara con sus continuas sentencias y con una especie de vigilancia socarrona, para él olía ya a muerto.

Y él, Pietro, amaba la vida con todos sus sentidos, empezando por el del paladar y terminando por el del tacto: tocaba y olía las cosas que tocaba, y

todo, hasta la polenta caliente, incluso el chal de Bellina, todo le daba un placer sensual.

El tercer día después de Navidad, el viejo empezó a estornudar y a toser. Le dolían todas las articulaciones, hasta las de la parte paralizada, y fue parecer de todos que se metiera en cama. Entonces, Pietro, dándose cuenta de que el tío refunfuñaba y lo miraba mal, casi como si fuera él el motivo de su resfriado, le cogió por el brazo y le obligó a levantarse.

—Vamos, tío; le haré compañía yo. Le leeré un libro que le hará reír a carcajadas.

Así le acompañó arriba, a la habitación cuya ventana, en parte obstruida por la nieve, parecía una lápida roída por el tiempo. Una tristeza mortal reinaba en ella; y, por primera vez en su vida, Pietro pensó con terror que todos nos volvemos viejos, nos ponemos enfermos y tenemos que morirnos.

Para quitarse esta melancólica idea, encendió fuego en la chimenea de la habitación y empezó a leer una de aquellas novelas por entregas que llegan incluso a las casas de los campesinos; pero no era de risa, como había prometido al viejo, sino una novela trágica, de amor y de muerte. Una gran señora casada, llena de loca pasión por un joven guapo y pobre, se encontraba secretamente con él. Ambos se entregaban a las más ardientes manifestaciones de amor; y, como en la historia de Isolda la rubia, el lugar era un jardín, con árboles fabulosos y parterres de flores.

El tío Dionisio, que además era medio sordo, hundido hasta la cabeza en las pesadas sábanas, sentía solamente la voz cadenciosa del joven y bastaba este sonido para consolarle y darle seguridad. Pietro, por tanto, leía por su cuenta, y la música de sus palabras, cuando repetía las frases apasionadas de los dos amantes, le daba una sensación de alegría y de espasmo al mismo tiempo.

El folletín estaba descolorido, deteriorado y ablandado por las manos de otros lectores anteriores. Tal vez también Gina había leído y repetido para sí aquellas palabras de amor... Y la fantasía de Pietro lo transportaba de la casa tétrica, de los campos de nieve, al jardín voluptuoso de los amantes: el hombre era él, la mujer era Gina. Por un instante, en un breve sobresalto de su conciencia, intentó sustituirla por Isabella; pero en seguida rechazó a la muchacha. Era demasiado infantil, estaba en agraz, y aunque maliciosa, no le acababa de gustar. No tenía el color de la fruta prohibida; y, además, había prometido a la madre tratarla como a una hermana, y quería mantener su palabra.

Por otra parte, hacía tres días que estaba allí, encerrado como una bestia, hambriento de placer, como el lobo de carne en tiempo de nieve. Y como el lobo, percibía el olor del cuerpo vivo de la cuñada y la atracción misteriosa del ardor escondido en ella. Por el momento, pues, se le acercaba, esperando, sin quererlo, casi sin saberlo, el momento oportuno para asirla.

Cuando la narración adquirió un tono triste, porque la señora, embarazada, convencía a su camarera de que fingiera estarlo ella, para confiarle a su debido tiempo la criatura, él la abandonó. Ya no le interesaba.

El viejo se había amodorrado. Annalena subió a velarle con su calceta azul y el ovillo bajo la axila; y Pietro bajó, con pasos lentos y la cara de ladrón. Era otro hombre, un enemigo de la casa y de la familia.



Las circunstancias parecían ayudarle, maléficamente. Como no nevaba y el aire se había suavizado un poco, los hermanos, con una especie de máquina construida por ellos, barrían la nieve. Ya en la era se veía como una especie de sendero oscuro que salía del portal abierto y proseguía fuera por el camino. Isabella y los niños se divertían siguiendo el trabajo de los tres pioneros que, calzados con botas viejas, cavaban y apisonaban la nieve más que la máquina.

En el atardecer gris, levemente coloreado por una lejana promesa de serenidad, se oían sus gritos de incitación y de alegría. Parecían aquellos gritos característicos de las tardes de carnaval, cuando las máscaras bailan, y el baile, los sonidos y las canciones no son otra cosa que juegos amorosos.

Gina estaba sola en la cocina y había puesto sobre el fuego el puchero con el agua para la polenta. Cuando Pietro entró, silencioso, ella estaba delante de la artesa y le daba la espalda; y, sin embargo, sintió que su mirada la cubría como un manto blando y caliente; y enrojeció, mejor dicho, le pareció que toda ella se volvía roja, desde el pecho a los pies, desde las manos a la frente.

Si él se hubiese acercado con dulzura, diciéndole palabras de pasión — aquellas palabras mágicas leídas también por ella en el libro de los amantes y que se sabía de memoria y repetía para sí, casi como un tema de música religiosa—, habría caído en sus brazos, desvanecida de amor.

Él, en cambio, ya no se acordaba de las palabras de sol y de perfume que los amantes gemían en el jardín encantado. Recordaba solamente cómo se besaban y se poseían; y no quería perder tiempo en vanas palabrerías. Además, tenía miedo de que le sorprendieran la madre y los hermanos, y, por lo tanto, dijo con astucia:

—Gina, el haber estado allí, en aquella Siberia, en compañía del tío, me ha dado frío. ¿No tienes algo caliente que darme?

—¿Un poco de café? —dijo ella, asustada.

—Sí, si lo tienes preparado. Mejor dicho, llévamelo allí, al saloncito; quiero descansar un poco.

Su voz era tranquila, incluso un poco soñolienta; y Gina, que no se atrevía a mirarle a la cara, se avergonzaba de sus pensamientos y de su deseo culpable. No, Pietro no pensaba en ella; y esto, aun avergonzándola, la hacía profundamente infeliz.

Vertió el café de la cafetera grande a la pequeña, ennegrecida por la llama, y en un instante lo calentó. El azúcar y las tazas estaban en el saloncito, por lo tanto llevó solamente el pequeño cacharro caliente, que parecía palpar entre sus manos: eran sus manos las que temblaban.

El hombre estaba ya sentado en el sofá y tenía la cara verdaderamente pálida, como si se encontrara mal. Hasta la luz de la habitación era mortecina, y todas las cosas parecían aterrorizadas por el delito que iba a producirse.

Sin embargo, ahora Gina había readquirido un poco de conciencia. Oía, cada vez más lejanas, las voces del marido y de los cuñados; y le parecía que eran ellos quienes combatían contra el terrible peligro hacia el que iba. Y, sin embargo, ¿por qué iba? No lo sabía. Algo más fuerte que su voluntad, que su mismo deseo sensual, como la atracción del abismo, la llamaba: tal vez la ilusión de escuchar, finalmente, la voz misteriosa del amor.

Vertió el café en la taza, echó el azúcar, se acercó cautelosa al hombre, que la esperaba con la cara reclinada y los ojos bajos, vencido también él por el ímpetu de la propia sangre enemiga.

«Ahora me cogerá las manos, o me abrazará las rodillas, llorando de pasión», pensaba ella.

Y su voz era ronca al pronunciar las palabras de cada momento:

—Aquí tienes el café, Pietro. ¿Te encuentras mal?

Él levantó la cara; la miró con sus ojos grandes y negros, que en verdad parecían dos abismos lánguidos en los que la pupila había naufragado, y, con ella, la luz de Dios; cogió la taza y la dejó en la mesita. Luego se levantó, de un salto, y agarró a la mujer con el ímpetu salvaje del cocodrilo; la derribó sobre el sofá, le buscó los labios y ahogó su grito con un beso brutal.

Ella sintió sus dientes contra los suyos y le pareció que todo en el mundo se rompía; pero recordó precisamente la historia del cocodrilo, y pensó que, para salvarse, era preciso disimular. Cerró los ojos, abrió las manos y pareció

entregarse; pero cuando Pietro, seguro ya de poderla poseer, la dejó un poco libre, ella se levantó de un salto y gritó.

En seguida se oyeron los pasos de la madre en la habitación de encima; y, a su vez, Pietro se dejó caer de espaldas en el sofá y fingió haberse desmayado.

—He venido... he venido a traerle el café que quería porque se encontraba mal, y le he encontrado así.

Gina murmuraba afanosa las palabras de la mentira, mientras Annalena se inclinaba sobre su hijo; pero en el silencio de la madre, en su aliento mismo, percibía que ella lo había comprendido todo.

Era preciso, pues, salvarse. Disimuló bien su despertar, de manera que la misma Gina lo creyó verdadero; y hasta la madre se dejó engañar por el estremecimiento y la palidez que siguieron al simulado desmayo. En realidad, Pietro se estremecía de rabia y de rencor contra Gina, a causa de su renovado deseo; pero también por la sombra que notaba se había levantado entre él y su madre. Era preciso salvarse de esta sombra y vengarse, al mismo tiempo, con paciencia y con astucia.

No dijo nada; se tendió en el diván, se dejó cubrir con la colcha; y le pareció que estaba momentáneamente sepultado. Oyó que la madre decía a Gina:

—El resfriado se pega. Se ve que Pietro lo ha cogido del tío Dionisio. Es preciso que ahora nadie de vosotros se acerque a los enfermos. Ya me cuidaré yo de ellos. Vete, tú.

«Vete, tú —repitió para sí Pietro—; la echa porque sabe que también ella es culpable. Si no me hubiese querido no habría venido aquí. Ya me encargo yo de hacértelo pagar».

Gina se fue, con la cabeza gacha, silenciosa y tétrica. En el zaguán encontró a Isabella, que regresaba con los niños, todos enfangados, pero alegres y calientes.

—No me toquéis —dijo en voz baja, rehuyéndoles—; puedo pegaros el resfriado.

Y se lavó las manos; porque, en realidad, le parecía que la peste le había rozado y la había vuelto inmunda y peligrosa.



La velada fue triste.

En vano los hermanos, a pesar de la prohibición de la madre, iban a molestar de cuando en cuando a Pietro y a ofrecerle de beber. Él parecía

verdaderamente enfermo; y, en el fondo, lo estaba. Si la madre se acercaba al sofá, a él le parecía que sus ojos, fríos y duros, le miraban desde arriba como los de un juez que, aun sin pruebas, está seguro de la culpa del acusado. Entonces hubiera querido quitarse de encima las sábanas y las mantas, gritar y defenderse; pero no podía. La conciencia le ataba los miembros y la lengua.

Finalmente, cesó el ruido que armaban en la cocina. Los hermanos se fueron a dormir, y todo pareció lejano. Él, sin embargo, seguía viendo los ojos de la madre y pensaba en la manera de aplacarlos.

«Haré la corte a Isabella; haré ese sacrificio, porque esa mocosa le gusta a mi madre. Es rica. Me casaré con ella e iré a vivir a su casa. La madre me hará morir de hambre; pero yo antes la haré morir a ella con los disgustos que le daré».

Y con estos nobles propósitos se tranquilizó.



Le quedaba todavía un día de permiso; y este día pareció traer una sensación de vida nueva a la casa de los Bilsini. El sol reapareció en un cielo, surcado aún por nubes oscuras, que se abrieron como una muchedumbre al paso del rey, y luego se fueron, contentas de haberlo visto.

Por la mañana, temprano, llegó la potente máquina quitanieves del municipio; y el camino quedó libre entre dos cunetas llenas de nieve.

Pietro se levantó, anunciando que se encontraba muy bien y que quería devolver a su dueño el coche y el caballo; y pidió consejo a su madre sobre si debía o no llevar a su casa a Bellina.

La llamaba así, «Bellina», con un temblor en la voz entre fingido y sincero, ya que era ella quien tenía que salvarlo ante los ojos de la madre y arrebatarse su libertad en el porvenir. Había tiempo, sin embargo; y, en el fondo, él no estaba convencido de que el asunto se terminara con un matrimonio.

—Isabella se quedará aquí hasta mañana. Osea la llevará a su casa —dijo la madre.

Y nada de extraordinario parecía haber en sus palabras y en su acento; pero Pietro se sintió herido.

—¿Tiene miedo de que la seduzca? —empezó a decir, impetuoso; mas luego se puso de nuevo la careta—. Hubiera podido hacerlo al venir aquí. Mi intención es muy otra: quiero casarme con Bellina, si ella me quiere.

—Está bien, está bien —aprobó la madre; pero sus palabras eran pálidas, indiferentes; y, por debajo de ellas, Pietro percibió un significado distinto del

aparente.

«Está bien, Pietro —era ese significado—, haz todo lo que te parezca con tal de que no traigas nuevos disgustos a la familia». Ceñudo, se apretaba fuertemente alrededor de las piernas las bandas del uniforme, como si tuviera que hacer una larga marcha.

—¿Qué le digo a Urbano Giannini?

—¿Qué tienes que decirle? Nada. Que estamos bien y deseamos que su mujer se restablezca pronto. Los huevos del contrato se los he mandado ya. Y dale las gracias por el coche.

—Eso es cosa mía —dijo él, cada vez más huraño.

Y se fue, como si el ofendido y el perseguido fuese verdadera y solamente él.

Pero volvió tranquilizado, alegre, olvidado de todo; porque él era como ciertos animales salvajes domesticados, que pronto se enfurecen y más pronto todavía olvidan el castigo que se les ha infligido por sus desafueros.

También los demás, en la casa, estaban contentos, porque había vuelto el buen tiempo, porque el tío Dionisio estaba mejor, porque Gina, asaltada también ella por un despertar de actividad y de solicitud por la familia, preparaba una sabrosa comida.

Había en la atmósfera como una sensación de liberación. Tal vez porque la nieve se iba, tal vez porque también Pietro tenía que irse.



Ya las primeras vagas sombras de los árboles temblaban sobre la tierra, todavía pesada y oscura de humedad; y el cielo se levantaba y se aclaraba más cada día. Renacía la primavera y renacía la esperanza en el corazón de Gina Bilsini, porque, después de la marcha de Pietro, durante todo el invierno, ella había estado como la estación, triste y enferma.

A su alrededor, todos se movían, trabajaban, disputaban y cantaban. Todos estaban vivos y como dedicados a empujar un obstáculo que los separaba de la felicidad completa; la madre más que todos, siempre en movimiento, inclinada para reavivar el fuego, alta, con la luz en la mano, como una antorcha hasta bien entrada la noche, atenta a los grandes y a los pequeños, a las bestias, a las cosas humildes, y, sin embargo, necesarias.

Sólo ella, Gina, sentía una desgana casi angustiosa. Todo le parecía inútil; y había días en que deseaba morir. Su herida no se curaba, sino que se hacía más honda cada día, y pareció gangrenarse cuando, una tarde de febrero, su

hermana Bellina, con el rostro encendido y vestida de rojo, llegó, agitando un papel en la mano, como una pequeña bandera de alegría.

Era una carta de Pietro.

—Léela —dijo Annalena, sin dejar de hacer calceta.

Isabella miró el papel y luego se lo escondió detrás de la espalda, diciendo que se avergonzaba. Entonces Baldo se lo arrebató y lo leyó él.

Era una declaración de amor, escrita con bella caligrafía y con frases rebuscadas, amenas y melindrosas. Una carta, en suma, redactada por un memorialista. Pietro, sin embargo, debía de haber colaborado, porque del fondo común se destacaban frases de la novela de los dos amantes.

Gina se sentía ofendida profundamente. Pietro se conducía con Bellina completamente al revés que con ella. En vano se decía que era mejor así, que de lo contrario no se hubiera salvado. Los celos y la tristeza por el nuevo acontecimiento aumentaban su mal.

¿Cuál era su mal? ¿Amor? No; al contrario, ella odiaba a su cuñado, no tanto por su intento brutal como porque la había matado su sueño del amante ideal, o mejor dicho, la espera de este. Ahora, ella ya no esperaba; pero el sueño se le había quedado dentro, muerto, putrefacto: era su mal.

Los hermanos de Pietro se pasaron uno a otro la carta, y la comentaban irónicamente. En el fondo, todos se alegraban del acontecimiento. También Bellina tomaba la cosa a la ligera.

—Cuando venga a vivir aquí ya veréis la juerga que armamos.

Y, para empezar, cogió a los niños de la mano, arrastrándoles en un molinillo vertiginoso, sin darse cuenta de que Annalena la contemplaba y al verla tan joven y sana pensaba ya en asignarle los trabajos del campo, especialmente la siega, que requiere resistencia y agilidad, y le parecía verla ya entre las altas espigas, como una amapola viva.

De repente, Isabella se detuvo, roja y jadeante, como si realmente hubiera estado segando.

—¿Y mi carta? ¿Dónde está mi carta?

La carta había desaparecido. Baldo se la, había metido en el bolsillo, con la intención de copiar las expresiones más conmovedoras para repetírselas a Piera. Gina observó que su madre no insistía en encontrarla; y preguntó con voz amarga:

—Y madre ¿qué dice a eso?

—¿Madre? —Isabella pareció buscar en su memoria—. ¡Ah, ya! Madre, como de costumbre, no está de acuerdo.

Baldo observó, aturdidamente:

—Debe de tener miedo de gastar en la boda.

La madre le lanzó una mala mirada, porque no quería que se ofendiera de ninguna manera a Isabella. Pero Isabella no pensaba en ofenderse; es más, admitió que tal vez era precisamente así.

—Y también porque quiere que yo me quede toda la vida con ella; pero yo, si me caso con Pietrino, quiero venir a vivir aquí. A mí me gusta la compañía.

—¡Estupendo! ¡Eres magnífica!

Los hermanos Bilsini la rodearon, la abrazaron, le dieron algún golpe en la espalda. Bardo la besó en el cuello, y lo hizo en serio. Ya que tenían que vivir en buena compañía, valía la pena aprovecharse.

Pero el tío Dionisio levantó el bastón, como un guardia del tráfico cuando quiere detener a la multitud.

—Vamos, muchachos, basta. Y tú, pequeña, ven, que te quiero hacer una pregunta. Dime, ¿tú quieres a nuestro Pietro?

Ella buscó otra vez en su memoria. No podía ruborizarse porque tenía ya el color de la escarlata; pero una sombra le puso el rostro casi violeta. Dobló la cabeza delante del viejo y confesó:

—Todavía no; pero le querré. Es guapo.

—Muy bien. Me gustas porque no dices mentiras. Pero antes de contestar a Pietro, piénsalo bien, Acuérdate de que él sólo tiene sus brazos y de que su cabeza es un poco loca. Si tú eres capaz de ponérsela bien, serás doblemente buena. Y, no por hacerte un sermón ahora, sino por amor a la verdad, he de decirte que el matrimonio no es ninguna tontería. El matrimonio es aquella cosa en la que durante la luna de miel se come uno la miel, y la luna se queda para toda la vida.

El final bromista del sermón reavivó el buen humor de todos, un tanto oscurecido. Se destaparon dos botellas. Gina bebió y también se alegró, ya que pensaba que si Isabella abandonaba a la madre, ésta convencería a Osea de que fuera a vivir, con la mujer y los hijos, a su casa.



Esta esperanza de irse un día, de separarse en parte de un mundo en el que le parecía haber sufrido siempre, aclaraba su infelicidad imaginaria; pero no reavivaba su voluntad. En sus quehaceres, seguía estando cansada y silenciosa, como una esclava doliente, distraída, de manera que ni siquiera se daba cuenta de que Annalena la vigilaba. Annalena la vigilaba: un día, a primeros de abril, le rogó que la acompañara a dar una vuelta por los campos.

Los días se habían vuelto largos y tibios. Los hombres trabajaban de nuevo al aire libre y las gallinas correteaban entre los setos y la hierba tierna. Sólo ella, Gina, no salía nunca de casa y de sus oscuros pensamientos.

Siguió, pues, sin ganas a su suegra, caminando a su lado con la cabeza gacha.

—Dentro de pocos días es Pascua —dijo Annalena, como hablando para sí—. Parece que la Navidad fue ayer, con todo aquel frío maldito y todas aquellas preocupaciones. Los días han sido duros; pero ya han pasado y ahora vienen los días buenos. Todo promete ir bien: la vid tiene muchos botones, muchos brotes tienen las plantas, y las gallinas ponen muchos huevos. Hasta las señoras ocas, tan difíciles de contentar, se portan bien. Todos estamos sanos y de acuerdo. Mira qué bonito es el trigo: crece con sólo mirarlo. ¡Pero míralo, Gina!

La mujer joven levantó poco a poco la cabeza, y sus ojos melancólicos adquirieron un tono verde por el reflejo del campo semicircular que, cubierto de trigo tierno y ondulante, parecía una corriente de agua color de esmeralda. Una sensación improvisada de alegría le abrió el corazón. Era la primera vez, desde que vivían juntas, que la suegra le hablaba con aquel tono de voz; y más que de los campos que se despertaban y de sus promesas, la primavera manaba para ella de aquella voz que la obligaba a levantar con los ojos su alma doblada.

Annalena se inclinó en la linde del campo, para coger algunas hojas de achicoria; luego reanudó:

—Verás, Gina, cómo nuestra posición, en pocos años, cambiará. Una vez colocado Pietro, todo lo demás irá bien por sí mismo. Nosotros estamos, ahora, como en una barca en un río agitado. Es preciso conservarse ligeros, arrojar todo aquello que puede hacer perder el equilibrio a la barca; y así llegaremos sanos y salvos a tierra. Pasarán los años: los niños crecerán y los mayores se harán viejos. Y todos estaremos contentos si hemos cumplido con nuestro deber. Osea, tu marido, habla ya de hacer estudiar a los niños. Así llegarán a ser unos señores; serán instruidos, y tendrán todas las satisfacciones que están negadas para nosotros y que, sin embargo, serán nuestras, porque serán nuestro trabajo y nuestros sacrificios los que se las procurarán. Piensa: serás madre de doctores.

Gina se estremeció, como quien se despierta en una atmósfera fría: le pareció ver a sus hijos ya mayores, vestidos de señor, como el médico y el veterinario, que iba en automóvil; y se avergonzó de sus sueños. Sentía, además, que Annalena le hablaba así, verdaderamente maternal para

despertarla y curarla de su mal; y le entraron deseos de confesarse con ella, pero no pudo pronunciar una palabra. Por otra parte, ¿qué podía decirle que la otra no supiera ya? Lo sabía todo de todos; y si ahora le hablaba así, significaba que la compadecía y la perdonaba.

Era el tiempo del perdón para todos. El aire mismo daba una sensación de paz; y los grandes cielos parecían recién pintados para la fiesta inminente. También ella, Gina, sintió que perdonaba a Pietro; y, sobre todo, que se perdonaba a sí misma.

—Mira a nuestros muchachos —dijo Annalena, cuando hubieron atravesado el sendero que cruzaba el campo de trigo—. Mira a tu Osea, que trabaja como Dios al crear el mundo.

Su acento era bromista y conmovido a la vez, porque realmente Osea trabajaba con las manos y con los pies, sin detenerse un minuto. Replantaba los palos para las vides; y, ya en mangas de camisa, con la cara sonrosada y los ojos del color de aquel hermoso día —oro verde— se doblaba y se erguía, elástico y rápido, para cavar los agujeros, elegir los palos, plantarlos, calzarlos y apisonar a su alrededor la tierra.

Se percibía aquel olor especial que la tierra tiene al empezar la primavera, olor como de tumba abierta de la que, sin embargo, emanan las misteriosas fragancias de un cuerpo santo. Así debía de oler el Sepulcro del que resurgió Jesús.

Las dos mujeres se detuvieron un momento cerca de Osea; y Gina le miró a hurtadillas, casi con pudor, pensando que, después de todo, era un joven guapísimo. Él, sin embargo, dijo solamente un *ohé* de saludo; y no dejó de mirar de arriba abajo y de abajo a arriba sus palos, que en aquel momento eran la única cosa que para él existía en el mundo.

—Un día bueno de verdad —dijo la madre, reanudando su camino—; y aquí tienes a los demás.

Bardo y Giovanni cavaban en otro campo, para la segunda siembra de patatas; y ya un cesto lleno de estas, cortadas una a una, estaba dispuesto. Tampoco Giovanni paró al ver a las mujeres, mientras Bardo abandonó en seguida el pie sobre el hierro de la azada metida en la tierra y apoyó el codo en el extremo del mango. Su acostumbrada sonrisa maliciosa, que intentaba esconderse entre los labios, acogió la aparición de Gina.

—Qué, ¿las lagartijas van de paseo? Y también los lagartones —añadió—. ¿Dónde se ha metido aquel holgazán de Baldo, que todavía no ha vuelto?

Baldo había ido a hacer unos encargos al pueblo; y, naturalmente, se aprovechaba de ello. La madre observó:

—Calla, calla; tú y él no perdéis ocasión de descansar del trabajo.

Y siguió caminando, precisamente para evitar que él siguiera dejando inútilmente la azada clavada en tierra. Recomenzó a hablar con Gina.

—Baldo habrá ido a casa del cura, de este famoso párroco nuevo, que, según dicen, hace milagros y encanta a la gente con sus sermones. También a Baldo le ha entrado la manía religiosa. Ya lo has visto: se persigna continuamente, lleva los ojos bajos y refunfuña si oye hablar mal. Esto no me disgusta; pero no quisiera que perdiese el tiempo en vanas plegarias, porque, según yo creo, la verdadera religión es el trabajo.

Gina escuchaba, distraída otra vez, pero de diversa manera que antes: pensaba en el cura, y ya lo veía con una aureola de santo.

—Sin embargo, este párroco —dijo finalmente, con su voz delgada y dulce, que se perdía en el aire, como un perfume— parece que hace milagros de verdad. Ha curado al niño de los Fantini. Lo ha contado Pinòn.

—Pero Pinòn también ha dicho que el niño estaba destrozado por los gusanos y no quería tomar la medicina. El párroco le ha convencido de que la tomara.

—Sin embargo, yo quiero ir a oírle.

Annalena no contestó, pero comprendió el pensamiento de Gina: tal vez el cura podía realizar el milagro de curar completamente a la joven.

—Mira quién está ahí.

En el fondo del campo se veía al tío Dionisio y a los niños, todavía envueltos con sus vestidos invernales y con las gorras de lana. Seguía el perro, también él con su abrigo de pieles, que parecía sucio y estropeado por el largo uso.

—Pero ¡si se han quitado los zapatos! —gritó Annalena, alarmada.

Y echó a correr detrás de los niños, que, dándose cuenta del peligro, tomaron las de Villadiego, uno detrás de otro, por el sendero de circunvalación de los campos. Y aunque la abuela y la madre, excitada por su ejemplo, les persiguieron, no consiguieron atraparles.

—¡Os espero en casa, os espero! —gritó Annalena—. Y usted, badulaque —dijo luego, enojada, a tío Dionisio—, ¿no veía que estaban descalzos? ¿Qué hacía? ¿Hablar con Dios?

Sí; el tío Dionisio se iba tranquilamente, mirando a un lado y a otro, con sus ojos de viejo esmalte azul y la barba cubierta de gotitas, que brillaban como el rocío. También para él todo era bello aquel día: la acequia, donde, en el espejo del agua verde, reaparecían las sombras de las ramas, abillantadas por las hojas; la linde de los campos, donde crecían los berros y olían las

violetas escondidas; incluso el bastón que le ayudaba a andar le parecía bello; y, por lo tanto, contestó:

—Si no hoy, mañana, los niños tenían que descalzarse. ¡Ojalá pudiera hacerlo yo! ¡Quién sabe! Mira, mira... ¡qué maravilla!

Se paró delante de un palo que, plantado el año anterior, después de haber parecido definitivamente muerto, echaba yemas. Las hojas se abrían a ras del tronco y parecían pequeñas manos que imploraban protección de los hombres y del cielo.

También Gina se detuvo a contemplarlo con asombro; y no se rio, como hacía el viejo, al oír las palabras de Annalena:

—También esto será un milagro del párroco.



De este párroco se empezó a hablar en casa de los Bilsini, como en el invierno pasado se había hablado del nuevo Mesías.

Baldo había escuchado un sermón suyo; y, hechizado por sus palabras, ahora frecuentaba la iglesia y quería que fueran las mujeres y los hermanos.

La madre se reía de él.

—Debe de ser el nuevo Mesías. ¡Qué casualidad que haya venido precisamente a nuestro pueblo!

Luego, también el tío Dionisio, que tenía tiempo que perder, fue a oírle; y volvió con la cara transfigurada.

—Habla realmente como un santo. Las mujeres lloran al escucharle y los hombres abandonan la taberna para ir a la iglesia. Tendrías que ir, Annalena.

Ella contestó casi enojada.

—Mi casa no es una taberna, y las palabras de los sermones me las sé de memoria.

Luego fue también Bardo, porque iba Piera Maresca, su llama secreta; y, ya fuera por su presencia, ya por la persuasión que la palabra del sacerdote tenía, también él regresó pensativo y, sin embargo, feliz.

Pero, aunque la madre y Gina le interrogaron, no quiso repetir lo que el párroco decía: era como un secreto que quería guardar, escondido junto con su amor, que trepaba por la palabra divina y se apretaba a ella como la hiedra a la palmera.

Baldo contestó por cuenta del hermano.

—El párroco dice, en resumen, que es preciso amarse unos a otros, todos, los pobres con los ricos, los viejos con los jóvenes.

—Los hombres con las mujeres...

—Sí, sí —machacó el viejo—; eso mismo: los hombres con las, mujeres, pero con un amor bueno, como entre hermanos.

Annalena, que hacía calceta, levantó sus ojos maliciosos.

—Pero ¿qué sabe usted de esas cosas ya? Su mujer es su bastón.

—¡Annalena! Tú, que has sido siempre religiosa, ¿por qué quieres hacerte ahora la hereje?

—Porque la religión la tenemos en casa. La Virgen vigila nuestra puerta y nuestra iglesia está ahí.

—No todos son como nosotros. El pueblo está lleno de gente que ama solamente el dinero y de jóvenes que corren detrás del vicio. Este cura es como un enviado de Dios para recordar su deber a los que lo han olvidado.

Entonces ella volvió a inclinar su cabeza sobre su labor: pensaba en Pietro.

Y fue ella, después, la que incitó a Gina a que fuera a la iglesia con los niños.

El nuevo apóstol quería, sobre todo, tener a los niños a su alrededor; y la sola idea de salir de casa, vestidos de nuevo, de ir al pueblo, que todavía no conocían, alegró a los dos pequeños Bilsini, como si se tratara de ir a una fiesta.

Aire de fiesta entró en casa con su regreso. Gorjeaban como pájaros, contándose alternativamente sus impresiones; y cuando la abuela, pronta a desnudarles para que no se mancharan los vestidos nuevos, les preguntó qué había dicho el señor párroco, contestaron a una voz:

—¡Huy! ¡Muchas cosas bonitas!

También Gina se quitaba lentamente de la cabeza el pañuelo de seda, y torcía los labios como si la operación le hiciera daño. Una tristeza ardiente le brillaba en los ojos. Sin mirar a Annalena, dijo, casi en voz baja:

—Ha hablado de la pasión de Cristo y de su muerte por nosotros.

Y, como Bardo, nada más dijo de las palabras del sacerdote.



El Sábado de Gloria, mientras las mujeres pintaban los huevos de pascua con anilina y aguas de hierbas hervidas, y así, alegados por los colores de la primavera, se los entregaban a Baldo, que dibujaba encima el nombre de las personas a quienes estaban destinados, llegó, de improviso, Urbano Giannini, el dueño de la finca.

Él no se dejaba nunca ver, porque los Bilsini le llevaban puntualmente el alquiler y los tributos. Por lo tanto, Annalena se alarmó en seguida, y salió a

su encuentro con los dedos teñidos de rojo y de verde.

Además, era un hombre que imponía respeto con sólo su presencia: era alto y fuerte; tenía el cuerpo recto como una columna, y una cara noble y severa de emperador romano. Los cabellos rapados se teñían de plata; pero la piel morena era fresca, y tenía los dientes intactos y brillantes entre los labios limpios. También sus grandes ojos oscuros, bajo el arco saliente de las cejas fruncidas, inspiraban una sensación de respeto, ya que su pupila clarísima miraba rectamente a la pupila de quien le contemplaba.

Annalena conocía ya aquella mirada y se enfrentó con ella intrépidamente. Es más: mientras el hombre le estrechaba con fuerza la mano y la saludaba con voz sonora, percibió que el motivo de su visita era alegre. Le ofreció, pues, la mejor silla, junto al fuego.

—Siéntate. ¿Cómo están tu mujer y tu hija?

—Muy bien, gracias —contestó él, pero como ausente del recuerdo de sus mujeres. Miraba más bien a Gina y a los niños, atareados con los huevos—. ¿Es ésta tu nuera? ¿Y estos tus nietos? ¡Guapos!

Su afirmación fue tan fuerte y sincera, que Gina enrojeció.

—Y yo, ¿no soy guapo? —dijo Baldo, levantándose con un huevo en la mano—. Quiero decir.

En el huevo, en efecto, había pintado una cara con los cabellos y bigotes verdes y dos horribles ojos violeta. Urbano miró aquellos ojos como si fueran vivos; y una sonrisa casi infantil le aclaró el rostro. Pero luego miró a Baldo y sus facciones se endurecieron de nuevo.

—¡Guapos muchachos los tuyos, Annalena Bilsini! Y, sobre todo, buenos. Y buena tú, que has hecho y haces de ellos unos hombres.

—Bueno, bueno; se hace lo que se puede —dijo Baldo, engallado, admirando su huevo.

Annalena añadió:

—Y lo que se quiere.

—No es verdad. Yo, por ejemplo, hubiera querido tener hijos varones. Por lo menos un par. En cambio, sólo tengo una niña, débil como una flor.

Annalena intentó adularle.

—Eres joven todavía; siempre hay tiempo...

Pero la dureza casi pétrea del rostro de Urbano le recordó que Pinòn afirmaba que su mujer estaba enferma del cerebro. Y también ella, en aquel momento, no supo explicarse por qué, se sintió el alma pesada.

—No se puede tener todo, Urbano. Hay quien tiene hijos, hay quien tiene riquezas, hay quien tiene fuerza y hay quien tiene paciencia. Cuando mis hijos

eran pequeños y no tenían padre ni ayuda, yo no me sentía feliz de tenerlos. ¡Ah amigo!...

Suspiró, exagerando un poco, para mejor consolar al hombre; pero él la miraba a los ojos y parecía que no tolerara ni consuelos ni discursos melancólicos; y dijo con su cálida voz de orador convencido:

—La vida es así, y hay que tomarla como es. Se sube, se baja, un día bien, un día mal. ¿Has visto alguna vez el mar, Annalena Bilsini? Un día parece el infierno, con todos los diablos bailando; otro, el paraíso, con muchos ángeles de oro. Así es nuestra vida. Dejémosla correr... Hoy hace un hermoso día: ¡gocémoslo y no pensemos en otra cosa que en tener la conciencia limpia! Yo he venido para deseáros felices Pascuas. Y bien, muchacho, ¿cómo te llamas? ¿Ubaldo? Pues bien, Ubaldo: pinta un huevo para mi niña, y escribe en él su nombre: Lia. Y vosotros, pequeños, venid aquí, que quiero veros de cerca.

Los niños le miraban a hurtadillas, atemorizados por su voz fuerte y por su aspecto majestuoso, y no querían acercarse; hasta que la madre los empujó y Baldo los arrastró, como a una pareja reacia de novillos, hasta el coloso.

Él extendió sobre ellos, como para bendecirles, sus manos extrañamente pequeñas; y preguntó cómo se llamaban.

—Primo.

—Secondo.

—Que el Señor os dé el tercero, el cuarto y el decimosegundo.

—Esperemos que sí —dijo Annalena.

—Esperemos que no —gritó Gina.

Pero su voz resonaba insólitamente maliciosa y alegre. Y pareció romper aquella sensación de embarazo que hasta entonces había velado la conversación.

También los niños se quedaron gustosos cerca del hombre, observando con curiosidad su traje ya veraniego, a cuadritos negros y blancos, ancho y provisto de una infinidad de bolsillos, todos repletos, y el pañuelo de seda blanca anudado al cuello; pero, sobre todo, el sombrero de anchas alas, de terrateniente tropical, que él se había puesto sobre una rodilla. También llevaba bastón; y cuando los niños descubrieron que el puño era una cabeza de perro labrada en hueso, empezaron a reír maliciosamente: parecía que se burlaran de todo el conjunto.

Poco a poco. Gina, que había dejado de trabajar, se acercó al grupo escuchando con interés las palabras de Urbano; pero le parecía que aquellas palabras, aunque sinceras, resonaban demasiado, como de uno que hace ruido

a su alrededor para esconder el rumor de lo que verdaderamente hace. Urbano decía:

—Las familias afortunadas son las más numerosas. No cabe duda de que hay hijos que van mal, pero hay otros que van bien: es como una balanza siempre en movimiento, mientras que, cuando no se tienen hijos, o se tiene uno solo, la balanza está quieta. Y entonces, ¿de qué sirve? A mí, digo la verdad, me gustan el ruido y el movimiento: para estar vivos se necesita acción. Ganar para gastar, gastar para ganar. Divertirse también cada uno a su manera; pero sin hacer daño a nadie, por lo menos dentro de los términos de la ley. Mi mujer, en cambio...

Los ojos de las mujeres se animaron. Finalmente hablaría del tema deseado; y él, dándose cuenta de su curiosidad, vaciló, pero, como arrastrado a pesar suyo, y empeñado por su preludio, reanudó:

—Mi mujer piensa de diferente manera. Tiene siempre miedo del porvenir: tiene siempre miedo de moverse, de distraerse, de pecar. Ahora se ha metido en la cabeza que está enferma, y ni siquiera el médico la convence de lo contrario. Dice que le duelen el corazón, la cabeza, los riñones; que tiene una intoxicación en la sangre, en el intestino... y todo lo que se quiera. Por la noche no duerme... ¡Oh, mira quien está ahí! Buenos días: ¿cómo está?

Contento de que la llegada del viejo Dionisio truncara sus palabras, se levantó y tendió el brazo con la mano abierta. El otro depositó en ella su mano sana, y nunca hubo apretón de manos más cordial y sincero.

—He venido para desearles felices Pascuas, mi buen Dionisio. Hubiera venido también por Navidad, pero, con aquel tiempo, ni los lobos salían. He tenido la suerte de ver a su Pietro y de mandarles mis buenos deseos con él. ¡Guapo muchacho! Claro que, como decía hace poco a nuestra Annalena, todos los muchachos de esta casa son guapos y buenos.

—No están mal. Contentémonos... —admitió el viejo; y más que las alabanzas de los sobrinos le hizo feliz la visita del honrado dueño—. Siéntate —le invitó a su vez—. ¿Qué me cuentas?

Urbano volvió a sentarse en su sitio y, con el corazón abierto, habló de sus asuntos, que marchaban excelentemente; de los viajes que de cuando en cuando hacía para mejorar su negocio, y de las pequeñas aventuras que le sucedían durante estos viajes.

No habló más de su esposa, y las mujeres observaron que el viejo no le preguntaba por ella.



El huevo que Baldo pintó para Lia, blanco, rojo y verde, y con su nombre escrito con tinta negra, dio buenos frutos. Urbano Giannini volvió y contó que su niña se lo había guardado en su cajita como amuleto, y encontró manera de decir, entre bonachón y bromista, que por su cuenta renunciaba, para el invierno próximo, a los huevos que tenían que entregársele según contrato.

Pero Annalena asumió la dignidad de una gran señora cuando le contestó, sonriendo:

—El invierno que viene tendré tantas gallinas que meteré los huevos en el cesto de la uva.

—¡Que Dios te los bendiga, y que cada huevo te produzca luego un capón de tres kilos!

—Amén —dijo ella, y se rio.

En el fondo, la alegría por la bondad de Urbano y la esperanza de un porvenir próspero, le devolvían una sensación de juventud y de fuerza. Su rostro se había cubierto de una máscara rosada, donde los ojos brillaban como en una lejanía marina; y del pañuelo negro se escapaba algún rizo rubio.

Esta segunda visita de Urbano le despertaba una misteriosa alteración en todo su ser, como si ella fuera una tierra endurecida por una larga aridez y el hombre intentara cavarla y llamarla a una nueva vida. Aun hablando de cosas simples, él la miraba a los ojos con una extraña insistencia, atraído por ella, y, a su vez, atrayéndola.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó, de repente; y bajó la voz como si se tratara de un secreto.

—Soy vieja.

—Eres joven, muy joven.

Ella frunció las cejas, porque no permitía a nadie que le dijera cumplidos personales, y, sin embargo, se encontraba niña cuando el deseo del varón la acuciaba. Y ella, que no tenía todavía la conciencia de lo que el deseo produce, se sentía asustada y transportada por él. En fin, le parecía, ahora, que le gustaba carnalmente al dueño y que él había vuelto sólo para verla de nuevo.

Urbano volvió por tercera vez; pero ahora como por casualidad, porque había encontrado en la calle a Giovanni Bilsini, y el joven le había invitado a acompañarle. Destaparon una botella y empezaron la conversación acostumbrada. El hombre llamó a los niños e hizo que le hurgaran los bolsillos, y de las profundidades cavernosas de la chaqueta manaron nueces, castañas secas y caramelos.

Luego, un domingo de mayo, volvió. Annalena estaba sola en casa, porque Gina y los niños habían ido a ver a la vieja Mantovani, y los jóvenes estaban en el pueblo. Hasta *Tom*, el perro, faltaba desde el día antes, por su acostumbrada correría primaveral; y el viejo Dionisio se obstinaba en buscarle, explorando los alrededores como podía.

Annalena, insólitamente desocupada, había salido hasta la explanada que se abría delante del portal, como si también sintiera una necesidad de evasión. En primavera todo tiende hacia lo nuevo; hasta en las ramas de los viejos plátanos las hojas tiernas parecían un primer florecimiento juvenil; y los pétalos de los espinos blancos del seto, que se deshojaban a cada soplo del viento, volaban y se escondían, como si estuvieran cansados de estar quietos en la mata.

La hierba alta cubría el camino, y al fondo de se veía un campo de trigo, todo de un verde azul, estriado de sombras plateadas, como una tela de brocado.

Y cuando con este fondo apareció y avanzó, cada vez mayor, la figura de Urbano Giannini, Annalena no se turbó. Es más: le pareció que había salido para esperarlo, guiada por un instinto bueno, porque, si él hubiera pasado por allí por casualidad, al ver el portal cerrado, no se habría detenido.

Pero ¿pasaba realmente por casualidad? ¿No era más bien para verla?

A medida que él se acercaba, ella sentía de nuevo aquel misterioso calor que, como si manara de su poderosa figura, la rodeaba y le encendía los sentidos. Para ahogar este impulso se esforzaba en creer que sólo un cálculo interesado le empujaba a corresponder al dueño y entonces pensó:

«Y si yo le gusto, ¿por qué, sin ofender al Señor, no puedo aprovecharme de ello, en interés de la familia?».

Y, sin embargo, cuando el hombre estuvo delante de ella, alto y grande, incluso al lado del tronco del plátano que protegía la capilla de la Virgen, lo recibió casi adusta, ya que al primer cálculo había sucedido una turbia sensación de escrúpulo y de remordimiento; y, rehuyendo su mirada fija, le preguntó en seguida:

—¿Cómo está tu mujer?

Como de costumbre, él contestó que su mujer se encontraba bien; pero cuando estuvieron dentro de la casa y se dio cuenta, por el vacío silencio que reinaba, de que los demás estaban todos fuera, se entregó a algunas confidencias.

—Tus muchachos habrán ido a bailar —dijo, volviendo a un lado y a otro la cabeza, como oliendo el olor a familia que, aun en la soledad, quedaba en

la gran cocina, ordenada y limpia—. A mí también me gustaba bailar, y bailaríamos todavía si mi entrada en una sala de baile no pareciera la de un oso. Sí; me gustaba bailar —afirmó de nuevo, hablando como consigo mismo, y se rió, enseñando todos sus dientes, pequeños y brillantes como los de un niño.

Luego se puso serio otra vez. Y Annalena, que ahora le miraba otra vez con la conciencia tranquila, recordaba el río en los días inciertos de otoño, cuando las nubes se abren y se cierran en el cielo y dentro del agua.

Y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Urbano?

Él levantó la mano derecha, con el pulgar doblado sobre la palma y los otros dedos abiertos. Tenía cuarenta años, tres menos que ella, pero parecía a veces más y a veces menos, según la expresión de su cara.

—Sí, Annalena, cuarenta por San Miguel. También yo cambio de casa ese día, de un año paso a otro y siempre empeorando.

—¿Por qué empeorando?

—Porque la casa de la vejez es fea.

—El hombre es siempre joven. Hasta tío Dionisio, con su bastón por mujer, lo afirma.

—Mejor es un bastón que ciertas mujeres. Ciertas mujeres, querida Annalena, son capaces de envejecer incluso a los muchachos de veinte años. La mía, por ejemplo...

—¡Urbano! —exclamó ella, como para volverle en sí e impedirle proseguir.

Pero él suspiró. La puerta de su corazón se había abierto, y una ráfaga de aquel aire de mayo, que significaba incluso los palos muertos de la viña, entraba en él y sacudía su dolor adormecido.



Con voz insólitamente baja y cavernosa reanudó:

—Mi mujer, que tiene algunos años más que yo, tú ya lo debes de saber, está loca. Lo ha estado siempre, pero mientras fue joven parecía solamente extravagante. Ahora, con el paso del tiempo, las cosas se han agravado. Le ha entrado la manía de la avaricia, peor que a la vieja Mantovani. Esconde el dinero bajo los ladrillos, en los agujeros, en los campos; luego se olvida de donde lo ha puesto y llora porque dice que yo se lo he robado. Tiene también manía persecutoria; por la noche no duerme nunca. Tiene miedo de los ladrones, se levanta, anda por toda la casa, delirando, presa de terrores sin fundamento. Pero todo esto no sería nada si no tuviera la manía de sufrir cien

males físicos y de que yo y mi hija la odiamos. ¡Pobre Lia! En vano abraza llorando a su madre y procura calmarla; ella la rechaza con malas palabras: «Ve con tu padre, ve, ve. Sólo vosotros dos os queréis, mientras que de mí no esperáis más que la muerte», dice; y se arranca los cabellos, se araña el pecho, se muerde las manos. La niña se consume de dolor; tanto, que he decidido mandarla fuera de casa.

Annalena no encontraba palabras para consolarle; y él reanudó, golpeándose las rodillas con los puños:

—¡Te está bien empleado, Urbano Giannini, te está bien! Te has casado con una mujer a la que no querías, pero que tenía dinero. Y con aquella semilla maldita, has sembrado y has recogido dinero y angustias. Ahora, revienta...

—Así es, Annalena —dijo luego, levantando de nuevo los ojos hacia la cara aterrada de la mujer—; sí, en cambio, Dios me hubiese permitido encontrarte y casarme contigo, juntos hubiéramos edificado una parroquia.

El rostro de ella se serenó.

—Si nos hubiéramos encontrado y nos hubiésemos casado, no hubiéramos tenido más que discusiones, miseria y palos —dijo; y parecía que intentara bromear.

Pero también su voz era ronca, y su sonrisa temblorosa, que ponía al descubierto sus bonitos dientes y daba a sus ojos una luz nueva, respondía de otra manera a las palabras del hombre.

Por otra parte, él parecía que no la mirara directamente, que no mirara su aspecto físico, sino a algo lejano, más allá de ella y, sin embargo, en ella, inaprehensible y, sin embargo, cierto. Lo dijo en seguida:

—No creas, Annalena, que yo vengo aquí con segundas intenciones. Eres todavía una guapa mujer; pero eres, sobre todo, una buena mujer y una mujer valiente, y por eso me gustas. Me gustas a través de tus hijos, a través de tu casa, casi diría que a través de ti misma. Cuando he venido aquí por primera vez, el Sábado de Gloria, salía de mi casa como del infierno, después de que mi mujer se había provocado un ataque por tonterías, y blasfemaba contra el Señor resucitado. Al entrar aquí me ha parecido que entraba en el paraíso; y si vuelvo, es para respirar un soplo de aire bueno.

Entonces Annalena, en un impulso de piedad, para consolarle, pensó en confiarle que también ella tenía sus penas secretas: Pietro, Gina, Baldo, con su creciente manía religiosa; las estrecheces pecuniarias; la incertidumbre del mañana; su propia ambigua simpatía por él. Pero el instinto misterioso de

conservar intacto su prestigio y el de su familia ante los ojos de Urbano, en interés de todos, le encerró las palabras en el corazón.

Y, en cambio, preguntó:

—¿Por qué no haces que nuestro párroco visite a tu mujer?

—¿Cómo voy a hacerlo, si no cree en Dios, si no cree en nada? Además, está enferma de verdad. Está loca; no hay nada que hacer. Y no es culpa suya si nos hace sufrir a todos. Tú me dirás: «Y entonces, ¿por qué no la llevas al manicomio?». No la llevo, ante todo porque todavía no es peligrosa, y porque me da pena. En aquel horrible lugar sufriría más, y luego, que sus parientes han vacado las uñas, diciendo que soy yo quien la hace pasar por loca. Pero basta de lamentaciones. El Señor nos ayudará. Dime, ¿cómo van los campos?

—Bien. ¿Quieres salir a verlos?

Salieron, ella apretándose el pañuelo alrededor de la cabeza, él con toda su amplia chaqueta a cuadros abierta, colgándole a ambos lados, y doblándose un poco sobre su bastón con la cabeza de perro.

Y desde la primera mirada sobre el verde vivo de la extensión brillante, bajo el cielo que parecía una cúpula hecha a propósito para proteger aquel círculo de tierra labrada con amor, se dio cuenta de que había sucedido un milagro. Se detuvo al comienzo del camino carretero y se incorporó, apoyándose en el bastón.

—Aquí —dijo— no hace falta la bendición del cura. Aquí hay ya la de Dios.

En la soledad festiva, los campos parecían descansar. No se movía una hoja; y hasta la misma sombra de los árboles se alargaba furtivamente, para no alterar la inmovilidad de las cosas. Ni siquiera sus pasos resonaban, tragados por la hierba de los senderos; sólo en el aire, de rama en rama, de los plátanos a los sauces, de las moreras a los chopos, se extendía como una red de plata cuyos hilos vibraban con sonidos de violín: eran los pájaros niños que aprendían a cantar.



De esta manera, el dueño de la tierra se hizo amigo de sus aparceros. Todos los domingos iba a verles; los otros días estaba ocupado en su fábrica de escobas, donde trabajaban setenta operarios, o en el envío de su mercancía. Viajaba también y tenía una correspondencia abundante; pero en sus visitas a los Bilsini no hablaba ya de sus asuntos, como no hablaba de su mujer, sino cuando se encontraba solo con Annalena.

Un día llevó a su niña, como él la llamaba, que era una muchacha de diecisiete años, pero tan grácil y pequeña, tímida y vergonzosa, que parecía realmente, con su cara pálida y sus ojos oblicuos de un extraño color entre verde y negro, una niña tártara salvaje.

Al verla junto a su padre, Bardo no supo ocultar su sonrisa de burla; ella se dio cuenta, e intentó esconderse detrás del gigante.

La vivacidad de Isabella, que había ido con ellos a visitar a los Bilsini, hacía más opaca y miserable su figura; y, sin embargo, todos, incluso Bardo, para hacerse perdonar, la rodearon y la festejaron. Annalena acarició sus pobres cabellos negros oleosos, incluso se los arregló con el peine de sus dedos, como hacía con sus nietos, y luego se la llevó al saloncito, y le regaló un huevo de Pascua, pero de aquellos de chocolate con un corderito de azúcar encima y un anillo de latón dentro.

—Lo he guardado hasta ahora para ti, porque sabía que vendrías. Lo comerás con tu mamá —dijo, atrayéndola hacia sí, como para abrazarla.

Hubiera querido abrazarla de verdad, pero no podía, porque en la débil personita de Lia, en sus cabellos desolados, en sus propios vestidos, oscuros y casi pobres, respiraba la pena de la familia Giannini; mas, sobre todo, porque en su impulso sentía, más que la piedad por la hija, el amor por el padre.

Este descubrimiento le impidió, para el resto del día, acercarse a él y sostener su mirada. Sentía, sin embargo, su voz, que se elevaba por encima de las demás, como la del barítono en las representaciones líricas; y procuraba huir también de aquel sonido.

Se llevó a Lia a los campos, hablándole de todo menos de la madre. Intentaba así aislarla de su tristeza; pero sólo obtuvo una amarga confidencia.

—Yo quiero hacerme monja.

Entonces se rio con fuerza.

—También mi Baldo quiere hacerse fraile. Iréis los dos al mismo convento.

Lia preguntó en voz baja:

—Baldo ¿es el del huevo?

—El mismo. Claro. Es una buena idea. Pero él lo hace porque está convencido y quiere llegar a santo. El nuevo párroco lo ha convertido. Y tú, ¿por qué lo haces?

—No sé —dijo Lia, con una mueca de disgusto.

—Quiero que hables con Baldo. Es el más pequeño, aquel que tiene cara de muchacha. Decidiréis el convento que tenéis que escoger.

Lia la miraba a hurtadillas, como una corneja desconfiada. Se preguntaba si aquella mujer de carnes opulentas, que olía a hierba y a tierra, se burlaba de ella; pero era ya lo bastante maliciosa y tenía suficiente experiencia de la vida para pensar: «Ya sé yo a qué convento quieres mandarnos juntos».

Y le pareció que, al regreso del paseo por los campos, Baldo salía a su encuentro siguiendo anteriores consejos de la madre. Sin embargo, le miró, con aquella mirada rápida suya que en seguida se escondía; pero después que hubo recogido como en una red todo lo que había que ver, se dio cuenta de que él, guapo de verdad, alto y flexible como una espiga madura, le gustaba hasta el fondo del corazón.

—Será un guapo curita —dijo, no sin malicia, mientras Annalena apresuraba el paso.

—¿Oyes, Baldo, lo que dice Lia? Dice que serás un curita guapo.

Él se ruborizó y su puso serio, ya que no quería que se bromeara sobre aquellas cosas. Sin embargo, la madre insistió:

—Y también ella, esta de aquí, quiere hacerse hermana.

—Monja —corrigió Lia—: monja de clausura.

No obstante, su acento había cambiado, parecía que la presencia de Baldo la alegrara, y que también ella quisiera ayudar a Annalena a burlarse de su vocación religiosa y de la del joven.

Pero él cambió en seguida de conversación.

—Madre, allá, en casa, estamos en seco. Osea quiere saber dónde ha puesto la llave de la bodega.

—La tengo yo —contestó ella, hurgando en el bolsillo; y echó a correr hacia la casa, dejando atrás a los dos muchachos.

La escena había sido demasiado rápida y natural para que Lia pudiera creer que estaba preparada. A pesar de todo, volvió a mostrarse tímida y desconfiada, y sólo cuando Baldo, sin mirarla, murmuró:

—Harás muy bien en dejar el mundo y sus miserias.

Ella levantó los ojos y de nuevo lo miró, rápidamente.

El rostro de Baldo, a contraluz, le pareció de mármol rosa, rodeado de rayos de oro, el rostro de un joven santo, y, sin embargo, su acento austero la hizo sonreír. Y, de repente, se sintió feliz, como si de improviso se hubiera librado de un vestido pesado que le oprimiese hasta el alma.

Imitando la voz del párroco, él decía:

—No hay que reírse de algunas cosas. También yo hasta hace poco me reía de todo y no comprendía nada. Pero no estaba contento como lo estoy ahora, cuando veo ante mí el camino recto.

—¿Y cuál es?

—El camino que conduce a la salud eterna. El camino que nos ha señalado Cristo, que vino al mundo y murió por amor nuestro. La salvación del alma, en una palabra.

Este «en una palabra», un tanto impaciente, quería decir: «¿pero qué clase de cristiana eres, que no entiendes esas cosas?».

Lía se sintió un poco conmovida y preguntó:

—Pero ¿de verdad te harás cura?

—Si pudiera, sí. Para llegar a ser cura es preciso estudiar, y para estudiar hace falta ser un señor. Nosotros, en cambio, somos pobres, y la familia tiene necesidad de mí, de mi trabajo. Pero trabajando se sirve al Señor. Y el ser pobres —añadió, para que a la rica muchacha no se le ocurriera compadecerle— aproxima a Dios. Él piensa en nosotros más que en los ricos. Él, que da el alimento a los pájaros y viste como reyes a los lirios del campo. Y el mismo Jesús dijo: «Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas del cielo».

Cuando él repetía estas, cosas en familia, todos se reían de él, y por eso la actitud de Lia, que después del primer impulso de risa se había puesto seria y tibia como si escuchara a un cura que hablara desde un altar, le gustaba. Sin embargo, dijo con humildad:

—Tú, además, todas esas cosas ya las habrás leído en la Biblia o en el libro de misa. ¿No tienes libro de misa?

—Lo tengo, pero no lo leo.

Él la miró con sus grandes ojos abiertos de par en par.

—¿Y no vas a misa?

Con el dedo, la cabeza gacha, ella hizo signo de que no.

—Pero las oraciones sí las sabes.

—Sé el Padrenuestro, el Avemaría, y basta.

—¿Y ni siquiera el Credo?

—Ni siquiera.

—Entonces, ¿cómo es que quieres hacerte monja?

El pequeño rostro bárbaro de Lia adquirió de nuevo una expresión de profundo disgusto, y su alma pareció recaer en la sombra.

—No sé; porque estoy cansada de vivir y de sufrir.

—¡Lia! ¿Por qué hablas así? ¿Cuántos años tienes?

¡Los años! El tiempo. He aquí la misma pregunta que el padre de Lia había dirigido a Annalena y esta a él. Como si la distancia más o menos

grande del principio o del fin de la vida pudiera poner un límite al amor y al dolor.

Y Lia debía de entenderlo así, porque encogió los hombros y dijo, casi con desprecio:

—No lo sé y no me importa.

Ante esa desesperación, Baldo lo vio también todo oscuro, y las palabras que él repetía, sin en el fondo comprenderlas bien en todo su significado misterioso, le parecieron una burla para la pequeña Giannini.

La siguió, pues, en silencio, ya que ella se apresuraba a regresar, hasta que, al llegar cerca de la casa, oyeron las voces alegres y las carcajadas de los hermanos y de los invitados. Entonces Lia pareció olvidarse de su pensamiento fijo en la madre y en las tristezas domésticas, levantó la cara y miró a Baldo como en sueños, como si no le reconociera, y también él sentía casi respeto por ella. Y, sin embargo algo ya los unía y los consolaba: el deseo de estar juntos todavía un rato, les detuvo delante de una especie de jardín que Annalena había arreglado junto a la pared de la casa y donde, entre las matas de la mejorana, florecían flores rojas, y los «no me olvides» abrían sus pequeños ojos azules con su pupila blanca radiante.

Baldo hizo un ramillete, pequeño y apretado como una sola flor, y se lo ofreció a la futura monja. Ella se lo acercó a la cara y, para expresar bien su gratitud, dijo:

—Lo pondré con el huevo pintado. Todavía lo tengo, ¿sabes?



A primeros de junio, Gina dio en voz baja a su suegra una noticia que pronto se propagó por la familia.

—Dina está encinta.

Annalena lo decía en voz alta, escuchando el sonido de sus palabras. Como un eco se las repetía por dentro a sí misma y le traían una especie de somnolencia que, desde hacía unos días, le enturbiaba la mente.

Tal vez era efecto del calor imprevisto que amodorraba también todas las cosas. Ni un soplo de viento las sacudía, y de la tierra, llena de vegetación, emanaba un calor perfumado, que se subía a la cabeza.

Un atardecer bochornoso, mientras el viejo Dionisio, ayudado por su fiel Giovanni, jugaba a cartas con Osea, y, en contraste con Baldo (que leía un librito religioso), Baldo escribía una misiva de amor, Annalena sintió la necesidad de salir al campo.

Se ahogaba y se sentía el corazón enmarañado como una madeja de la que alguien hubiera enredado los cabos.

La ventana de la habitación de Gina estaba iluminada, y la sombra de la mujer pasaba y repasaba por delante de ella.

«Ella ya está en paz —pensó Annalena, caminando por la hierba—. ¿Seré yo ahora la que me iré al infierno?».

Porque no era mujer que se engañara a sí misma. Sentía que el deseo del hombre vencía su carne todavía viva, y la influencia, casi el ejemplo de la Naturaleza en plena vegetación, de la tierra poseída con violencia por el sol, aumentaba el fermento de su sangre.

Ella no se abandonaba a su instinto, no por miedo al pecado, sino para mantener su dominio sobre sí misma y los demás. No obstante, su trabajo era pesado, tanto más grave cuanto más nuevo, y tampoco sobre esto se engañaba.

Caminaba por la hierba y se decía:

«Al envejecer nos volvemos locos. Valor y fuerza, Annalena: eso también pasará». Pero el pensamiento del hombre no la abandonaba. A veces sentía su gran cuerpo, caliente de ambrosía, avasallarla y apretarla, y los dedos se le helaban por la angustia del deseo. En seguida, sin embargo, se desasía y volvía en sí. Igual que la tierra a su alrededor, a veces, se ennegrecía con una sombra turbia, que pronto se aclaraba, por el fuego de la luna entre las nubes que corrían.

«Ronda una tempestad; pasará... Esperemos que no traiga granizo».

La inquietud por este peligro la distrajo. Miró el campo de trigo, ya con las espigas grávidas; miró el campo donde la zahína surgía como un palmeral joven, y pensó que había llegado el momento de vigilar también las gallinas contra la zorra, que se oculta fácilmente, al acecho, en los lugares donde la vegetación es alta y espesa.

«Igual tú, Annalena, deberías vigilarte contra la zorra de tu corazón».

Le entraron ganas de reír, porque le pareció que era Baldo, con su voz de predicador, quien hablaba así. Luego, mientras la luna reaparecía entre las crestas negras de las nubes, en un trozo de cielo semejante a un lago alpino, también ella se desasía de nuevo de su encanto maléfico.

Había llegado cerca del seto que bordeaba la carretera. En la acequia cantaban las ranas, y su canto era como un concierto, con su primero y segundo violín, el oboe y el contrabajo; sólo que los instrumentos estaban desafinados y oxidados, y sus voces eran estridentes. Sin embargo, la del primer violín expresaba una pasión juvenil, una invocación tan desesperada al

amor, que hasta el agua de la acequia parecía agitada por ella: era el reflejo de la luna que, goteando entre hoja y hoja, llenaba de trémulas esmeraldas el refugio de las ranas. Todo es bello cuando se trata de amor.

Y la mujer prosiguió su camino, con un gran suspiro ahogado dentro. Nunca como en aquella noche se había sentido sola y combatiendo contra las fuerzas adversas de su sexo; y nunca le había parecido todo tan vano, incluso su propio trabajo y la edificación de su familia, porque la vida que todavía le quedaba tenía que morir con ella.

Y si andaba así, en el vacío, bajo el cambiante resplandor de la noche turbada, sentía que lo hacía para castigar su inútil fuerza vital o para darle, por lo menos, una salida en el sueño.

Y he aquí que, precisamente como en los sueños de aquellas últimas noches, cuando la carne doliente y el instinto sepultado avasallaban el espíritu adormecido, Annalena se sobresaltó de alegría y de angustia al percibir, a través del seto, un olor de tabaco especial, que ella conocía bien: su olor. Volvió a detenerse, como envuelta por una nube de humo denso y agrio que le cerraba los ojos y le penetraba en la garganta, y tosió para librarse de ella.

En el fondo era una tos voluntaria, un anhelo del instinto cogido a lazo. El hombre, en la carretera, la oyó, y su voz respondió en seguida, como el eco a la llamada.

—¡Annalena!

Ella no se movió; es más: sintió miedo. Pensó en el diablo y en sus mil ardides para inducir a los hombres al mal. Precisamente en la gran plegaria al Padre Nuestro se invoca la defensa de las tentaciones. Y, sin embargo, una sensación de alegría sobrehumana la inquietaba; y no se asombró al oír que el hombre hurgaba en el seto, como si intentara romperlo, y que decía:

—Annalena, ¿estás aquí?

—¡Claro que sí! —dijo ella en voz alta, como con impaciencia—. Estoy buscando un poco de aire fresco.

—También yo estoy paseando. Quería ir a vuestra casa. ¿Qué hacen los muchachos?

—Juegan a las cartas.

—¿El curita también?

Al recordar a Baldo, con su cabeza dorada inclinada sobre el libro religioso, ella volvió en sí del todo. Sonrió y contestó con alegría:

—¡Ah, no!... Ese está siempre con sus santos.

—Y hace bien, especialmente esta noche, que todos los diablos están por ahí. Annalena, ¿quieres que vaya a tu casa? ¿Me sales a abrir?

También su voz, así, a través del seto, tenía los tonos misteriosos de aquella noche, hecha de esplendor y de tinieblas. ¿No era acaso en verdad la voz de la Tentación?

Lo era, sí; y la mujer se sentía totalmente envuelta por ella y arrastrada como por una red de fuego. Pero se debatía dentro, y para demostrarse a sí misma que debía, que quería, y sobre todo que podía salvarse, respondió, casi desafiando al hombre.

—Ahora salgo a abrirte.



Al volver a pasar bajo la casa, vio que Gina había cerrado la ventana y apagado la luz. Tal vez se había ya metido en la cama, y esto le gustó.

«Pero ¿por qué, por qué? —se preguntó enseguida—: yo no debo tener miedo de nadie».

Pero ¿por qué, pues, en lugar de entrar en la casa la rodeó para que no la vieran los hombres, e hizo señas para que se callara al perro, que estaba ya a la escucha delante del portal?

Una fuerza fatal la empujaba, como la ola en la tempestad; y en vano luchaba en contra de ella.

El hombre no había llegado todavía, y ni siquiera se le veía por el camino que, lleno de agua, parecía una acequia cubierta de musgo e iba a perderse en el bosque de nubes, al fondo de los campos. Annalena tenía la impresión de que había soñado. Se hizo acompañar por el perro, avanzó por el camino y por fin vio al hombre, parado todavía a la sombra del seto, evidentemente esperándola.

—*Tom* —dijo al perro, doblándose para acariciarlo y hablarle en secreto —: no ladres, ¿eh? Es un amigo, le conoces. Es un amigo —repitió.

Y más que al perro quería convencerse a sí misma.

El hombre fumaba. Cuando ella estuvo cerca se quitó de la boca la colilla, la echó al suelo y la apagó con el pie. Luego, sin levantar la cabeza, dijo en voz baja:

—Annalena, gracias por haber venido. Tengo necesidad de ti, esta noche. Ya no puedo más. He huido de casa como un loco, y estoy a punto de estallar.

Resopló, con el pecho y el rostro hinchados. Luego se dio aire con la mano. Y la hiriente pregunta de Annalena: «¿Cómo está tu mujer?», acabó de exasperarlo.

—No hablemos de ella. Hoy ha sido un día de infierno, Annalena. He llamado al doctor y ella le ha mordido. El médico ha dicho: «Lo que hace falta es un veterinario». ¿Ríes, mujer? No veo que sea cosa de risa.

Ella no reía, no; por el contrario, el corazón le temblaba de llanto. Preguntó tímida.

—¿Y la niña?

—Es ella quien me ha dicho: «Papá, sal, ve a tomar el aire y lleva este sobre a Baldino Bilsini».

La imagen de Baldo, con su rostro santo de virgen inclinado sobre las palabras de Dios, refulgió de nuevo delante de los ojos de la madre; y la duda de que Lia hubiese enviado dentro del sobre que el hombre le tendía algún mensaje de amor, le hizo mucho daño. No; por lo menos, esos dos tenían que

mantenerse lejos del pecado original; tenían incluso que ignorar el amor, que es fuente de todo mal. Abrió, por lo tanto, el sobre, y se tranquilizó: dentro había una imagen tierna y grotesca: un niño Jesús en un cochecito moderno, empujado por un ángel que parecía un petimetre. Con el sobre en la mano, como si fuera un escudo para defenderse, Annalena dijo:

—Vamos a casa. Los chicos no saben que estoy fuera. Vamos.

El hombre no se movía. La contemplaba desde arriba, envolviéndola en una mirada casi sombría, y se oprimía la barbilla con las manos entrelazadas. Al fin dijo, con voz ahogada:

—Annalena, ¿no comprendes que tengo necesidad de estar solo contigo? Y si estamos aquí juntos es porque Dios lo quiere. El verte me descansa, me devuelve un poco de esperanza. Me parece que un día podremos unirnos, y sólo este pensamiento me convierte en otro hombre.

—Tú eres un muchacho —murmuró; pero, a su vez, agachó la cabeza.

—Y es inútil que finjas, Annalena: tú también me quieres. Dímelo, sin embargo; dímelo.

—Te quiero sí, como se quiere a todos los caballeros.

Él extendió las manos para impedirle continuar.

—No, así no. Este cariño no me sirve de nada. Quiero el cariño de verdad, el amor. No te quiero como amiga, sino como amante. Ella levantó la cara, orgullosa y triste.

—Urbano, te olvidas de que soy abuela. ¿Qué dirían los chicos si nos oyeran? Son ellos, ahora, los que deben amarse. Tu Lia con mi Giovanni o con mi Baldo.

Se detuvo asustada, porque se daba cuenta de que, ante la debilidad del hombre, sus cálculos de madre resurgían a través de su amor de mujer. ¿Y no era mejor así? No; no era mejor, porque sentía ya al hombre encima de ella, ardiente de carne, de dolor, hambriento de amor, y pensaba que bastaba ceder un poco, entregarse también ella a su deseo, para hacer de él un instrumento de su ambición.

—Déjame —suplicó, debatiéndose—. Déjame y vete.

Él la oprimía con un brazo, le rozaba la cabeza con la mano temblorosa. Inclínó el rostro sobre su hombro, y ella sintió sobre su boca desfallecida la oreja ardiente de él.

—Dime que me quieres. Nada más, nada más —gemía él, sobre su hombro.

Para intentar librarse, ella contestó con un trémulo y débil sí. Pero como si toda su alma hubiese penetrado, por el oído, en la del hombre, se sintió

arrebatada por el torbellino de sus besos insensatos y perdió la conciencia de sí misma.

Él no le hizo otro daño; pero era ya grande e irremediable el mal que le había hecho aquella noche. Ella había regresado a su casa, entrando como un ladrón, y ahora tenía miedo incluso de los ojazos buenos del perro. Un día que *Tom* estaba delante de ella y le miraba a la cara como compadeciéndola, se inclinó y lloró sobre su pelo, como solían hacer los niños cuando Gina les pegaba.

¡Cuánto tiempo hacía que no lloraba! Y ahora ya no era la mujer fuerte de la Biblia, sino que la hembra deseosa de amor revivía en ella. Pero había prometido a la Virgen del portal que no volvería a poner los pies fuera del recinto de la casa y de los campos, y que no volvería a ver al hombre, si no era en presencia de la familia.

Por otra parte, él ya no se dejaba ver, con tristeza y consuelo de ella. Annalena pensaba que, por haberla encontrado débil como tantas otras mujeres, acaso ya no la quería. En el fondo, sin embargo, se daba ánimos, y su instinto religioso le decía que Dios envía a los hombres las tentaciones para que las venzan.

También la estación era atormentada, extraña e insólita como el pasado invierno. Un viento cálido, desconocido en la llanura y en los valles del Po, secaba y chupaba la tierra. Las espigas se secaban antes de tiempo; las nubes, que continuamente pasaban por el cielo, hacia el atardecer se coloreaban como en otoño, con tonos escarlatas y morados, que anunciaban viento; y el sol se ocultaba detrás del río, entre esquirlas de metal y andrajos de púrpura, como un rey derrotado.

Luego empezó a llover, y pareció el diluvio universal. Los ríos y las acequias se desbordaron. Los cultivos de patatas y de legumbres, inundados y arrancados, se pudrieron.

Annalena no dormía, ni de día ni de noche. Experimentaba un malestar físico, una punzada en el corazón, al pensar en la ruina del trabajo suyo y de sus hijos, y le parecía que la Naturaleza sufría con ella. Pero una resignación nueva endulzaba su pena, ya que ahora todo en la vida le parecía inalcanzable, y sentía que un poder superior domina incluso la voluntad más fuerte del hombre.

Un día de gran lluvia, mientras se temía que el Po rebasara los diques, reapareció, como siempre en tiempos de catástrofe, el mendigo Pinòn.

Bienvenido sea Pinòn, que trae suerte. Incluso el perro, aburrido, le hizo fiestas, y el mirlo se puso a silbar.

—¿Dónde tienes la ramita de olivo, dulce palomo? —preguntó el tío Dionisio.

Todos, menos Baldo, que desafiaba incluso el diluvio para ir a la iglesia, estaban en el gran zaguán, fangoso como en los días invernales, y el color gris del tiempo se reflejaba en sus ojos inquietos. La llegada de Pinòn y el saludo del viejo les pusieron a todos de buen humor.

El mendigo se sentó junto a la puerta, desacostumbradamente cerrada, y en breve, a su alrededor —de tal manera goteaban sus vestidos— se formó una especie de charco. En seguida le preguntaron:

—¿Qué noticias hay por el mundo?

—Malas noticias. Los ríos rompen los diques; la pobre gente tiene que dejar las casas y se muere de hambre; los pueblos se hunden.

—¡Oh, no empecemos con exageraciones —gritó Bardo—; de lo contrario, te echo del arca de Noé!

Pinòn dobló su cabeza de Cristo ahogado, como si Bardo le amenazara en serio. Pareció pensar en algo que había olvidado, y, finalmente, levantó de nuevo la cara, y mirando con fijeza a Annalena, que cosía, sentada, a la luz de la puerta de la cocina, dijo tranquilo, saboreando, sin embargo, la sorpresa que su noticia despertaba en los demás:

—¿No lo sabéis? A vuestra dueña, María Giannini, se la han llevado al hospital de los locos.

Annalena levantó los ojos, y también ella, como Gina la noche de Navidad, tuvo la impresión de que Pinòn lo sabía. Luego vio en la boca de Bardo aquella mala sonrisa de serpiente, que solía deformarla, y dijo en voz alta:

—No es nada agradable; es cosa de llorar.

Sus ojos, en efecto, se llenaron de lágrimas. Ella no las escondió, y la sombra de la desventura ajena ensombreció el rostro de todos. El tío Dionisio dijo:

—Es una cosa más terrible que la muerte.

Y no preguntaron a Pinòn otras noticias del mundo.



Sin embargo, Pinòn tenía que traer en serio buena suerte, porque antes que se fuera dejó de llover, y Baldo regresó anunciando que las aguas del río se habían detenido.

Con los ojos llenos de éxtasis, quitándose el sombrero, que parecía una barca inundada, dijo:

—Ha sido él; ha sido, sin duda, él. Ha subido al dique, hacia el agua. Con la cabeza descubierta, bajo la lluvia, ha rogado a Dios y ha tendido la mano hacia el río, como para aplacarlo y recordarle su deber. Y las aguas endemoniadas han empezado inmediatamente a retirarse. El arco iris aparece ahora al fondo de los campos. Corred a verlo. Parece un arco con muchas banderas tricolores.

Bardo entonó la marcha real:

—*Tururú, ru, turururú, turururú.*

Y, sin embargo, al contrario que en los buenos tiempos, las palabras inspiradas de Baldo dieron un escalofrío a los presentes. Annalena se persignó, rechazando también ella la riada endemoniada que le sumergía el corazón; y el tío Dionisio, levantándose la barba como para ofrecerla a alguna deidad desconocida, pronunció su sentencia:

—Los antiguos creían que los grandes ríos eran en realidad espíritus que podían hacer el bien o el mal. Hay que creer en estas cosas; y nosotros tenemos que dar gracias al Señor, que nos ha mandado a un hombre capaz de combatir contra el infierno.

En vano Bardo seguía cantando en voz baja la marcha real. También él fue detrás de los niños y de Gina a ver el arco iris que abría la puerta de los cielos, y, a causa de la alegría, le pareció que en lo alto, en el vértice de madreperla verde, entre amapolas, narcisos y violetas, estaba sentada, como la Virgen, su hermosísima Piera.



La cosecha de trigo fue discreta, y buena, la de maíz y de forraje; pero los Bilsini depositaron su mayor esperanza en la uva. Mientras tanto, no dejaban ni un solo día de trabajar. Inmediatamente después de la siega, araron de nuevo los campos, y, como hacía calor, para no hacer sufrir a los bueyes, trabajaban al primer albor y también al claro de luna.

Annalena no dormía para mantener despiertos a sus hijos, y los vigilaba como un dueño avaro. Habían adquirido, a plazos, ya que ahora gozaban de buen crédito, un par de becerros, que también utilizaban para el trabajo. Eran dos bestias fuertes, blancas, angulosas y lustrosas, que, a la luz intensa de la luna de agosto, parecían de mármol. Un encanto de fábula daba al cuadro una atmósfera de sueño. Parecía que los Bilsini trabajaran bajo un impulso de sonambulismo, y que a su alrededor todo, desde los grillos entre las hojas a las ranas en la acequia, callara para no despertarles.

Las mismas sombras, sobre la tierra removida, más nítidas que durante el día, tenían algo de misterioso y de significativo a la vez, como en una representación grotesca. Era, en fin, la noche convertida en día, violada por el hombre, no por vicio o dolor, sino por trabajo y fe. Y las estrellas que seguían a la luna parecía que se detuvieran a mirar, asombradas.



En septiembre llevaron a la era una especie de pequeño monstruo rojo, también él cuadrado y anguloso, todo de madera y hierro, con las fauces, el estómago y el trasero preparados para la función de devorar y de echar: era la máquina para trillar el maíz. Echaban las panojas con una pala por la escalerilla, que hacía las veces de garganta, y poco a poco, el monstruo se las tragaba. Algunas, asustadas y porfiadas; otras, impacientes por terminar pronto y hundirse en las entrañas del insaciable devorador. Lo que sucedía después en aquel corpachón en forma de caja, no se sabía. El hecho era que el maíz reaparecía en seguida, evacuado en una cascada de granos dorados y de panojas desnudas, todo acompañado por un rumor que recordaba precisamente el de una fabulosa cascada de piedras preciosas.

Pronto estuvo la era cubierta por un espeso tapiz de granos de ámbar, y una montaña clara de panochas surgió al fondo, pronto derribada por el asalto de los niños y del perro.

Hacia el atardecer, Annalena, sentada ante la puerta abierta de par en par, miraba complacida el campo dorado por el reflejo del cielo encendido, cuando el cuerpo de Urbano Giannini, apareciendo en el portal, pareció oscurecer el aire con su sombra.

Se había vestido de negro, como un viudo, con el pañuelo negro al cuello y una boina hundida hasta los ojos. Tal vez ostentaba un poco demasiado su tristeza y parecía todo absorbido por ella. Sin embargo, atravesó la era procurando no pisar ni un solo grano de maíz, y sus ojos buscaron con insistencia los de la mujer.

Ella sintió casi terror, y se levantó como para defenderse.

—Ya nos hemos enterado —dijo, duramente.

Y él bajó la cabeza, humillado y vencido. Y dijo en voz baja:

—Sí, he tenido que llevarla a una casa de salud, así las llaman; pero son casas de muerte. Y ahora ya no sé qué hacer. Mi familia está destruida, Annalena; mi casa, quemada. ¿De quién es la culpa? ¡Ah!

—Nuestra vida es así... —intentó consolarle la mujer.

Pero él se le encaró, casi amenazador:

—Tú no te quejes. Tú no sabes nada. Todo se puede soportar y vencer, menos este mal. Mejor mil veces la muerte, porque es como encontrarse delante del infierno, donde la persona a la que tú quieres se agita, quema y grita, y tú no puedes socorrerla. Y es inútil intentar ayudarla; al contrario, su mal se convierte en tuyo.

Él ahora tenía un aspecto tan alterado, que Annalena se arrepintió de haberle recordado su desgracia. También ella se sintió presa de aquel soplo de angustia inhumana, y todos los bienes de la tierra le parecieron inútiles.



En el fondo, experimentaba una sensación de celos por el dolor del hombre. ¿Así, pues, ella ya no contaba nada para él? Mejor, pensó, intentando evadirse de aquel círculo de locura. Preguntó:

—Y tu hija, ¿dónde está?

—Está en casa de los abuelos. Pero hoy me ha dicho que quiere volver a casa.

—Hace bien. Ella reconstruirá tu casa, se casará y tendrá hijos. El Señor os ayudará y os consolará.

—Esperémoslo —dijo él, suspirando.

Y pareció también salir de su pesadilla. Miró el maíz extendido; vio sobre el escalón de la puerta una gran panocha todavía intacta, brillante y afiligranada como una joya. La cogió, contó los granos dispuestos con orden maravilloso, e hizo el cálculo de cuántos podían ser. Finalmente, la pesó con la palma de la mano.

—Tendrá medio quilo de granos —dijo él, acariciándola—. Dios os bendice a ti y a tu familia, y eso me consuela.

—¡Hemos trabajado tanto! —suspiró ella, como excusándose de su suerte. Él le replicó:

—También yo he trabajado mucho; pero Dios se ha olvidado de mí.

Luego salió al encuentro de tío Dionisio, que volvía de los campos, acompañado de su estado mayor, formado por los niños y el perro.



Los niños habían oído hablar mucho de la misteriosa enfermedad de la mujer del amo, y por eso se acercaron a él con cierto temor, como si también Urbano estuviera atacado por el mismo mal. Sus ojos curiosos le miraban a hurtadillas, cual si fuera un muñeco peligroso; pero él no se daba cuenta de ello. Al contrario que las otras veces, no les llamaba para que le hurgaran en los bolsillos; también sus ojos tenían una curiosidad insólita, mudable, que

buscaba las cosas y las personas y las esquivaba pronto, ya que de nada ni de nadie esperaba obtener ayuda. El recibimiento casi hostil de Annalena le había remachado en el corazón el clavo de su pena. Las sentencias del viejo Dionisio le parecían estúpidas, y la misma alegría de los niños, que ahora jugaban entre sí, riéndose y mordiéndose con sus dientecitos, frescos como pequeñas almendras descortezadas, aumentaba su negra desesperación.

Dándose cuenta de su estado, Annalena le invitó a quedarse a cenar con ellos.

—Ahora volverán los chicos y harán un poco de barullo. Quédate.

Él, en cambio, se levantó de golpe.

—No; he de irme —luego se detuvo y pareció acordarse—. No, no tengo que irme. En casa no hay nadie.

Volvió a sentarse y llamó al perro.

—*Tom*, ¿lo ves? Tú crees que el dueño, aquí, soy yo; en cambio, soy el mendigo al que se da una escudilla de sopa.

Annalena sufría. Ante su miseria real sentía caer toda la escoria impura de su pasión, como si él ya no fuera un hombre joven y rico de ardor, sino viejo, impotente y decaído. Helo ahí: era como un saco vacío, cien veces menos interesante que Pinòn, más descolorido que el mismo tío Dionisio.

Y, sin embargo, si ella hubiese querido, con una sola mirada, hubiera vuelto a encender la vida de la carne en él. Pero ella no quería. A pesar de todo, se le acercó y le dio con la mano un golpe en la espalda.

—Vamos, Urbanone: deja estas melancolías. No un plato de sopa, sino un pollo asado quiero ofrecerte. Y los huesos, para *Tom*.

El perro miraba a uno y a otro, con sus ojos verdes dorados por el crepúsculo, y movía la cola, aprobando. Cuando su dueña le prometió los huesos, emitió un breve ladrido, y su alegría no fue turbada ni siquiera por los gritos del pollo cogido, a traición, del palo en que dormía.

Así, el dolor ajeno nutrió la alegría de la cena de los Bilsini.

—Ven cada día a vernos —dijo, irónicamente, Bardo a Giannini.

Y luego se inclinó al oído de Baldo y le susurró una retahíla de palabras maliciosas. El hermano le rechazaba, pero no podía contener la risa, y los niños también reían, aunque no sabían de qué.

Osea servía de beber al invitado. A media cena, este empezó a menear arriba y abajo, a un lado y a otro, la cabeza, mientras sus ojos iban de uno a otro, alrededor de la mesa, y parecía que a unos dijese: «Sí, sí, hacéis bien en estar alegres»; y a otros: «No, no; ya no podré nunca más tomar parte en vuestra alegría».

—Bebe, bebe —insistía Osea—. Ya sabes la canción:

*Vuota il bicehier se é pieno,
Empi il bicchier se é vuoto.
Non lasciarlo mai pieno,
Non lasciarlo mai vuoto.*

[Vacía el vaso si está lleno,
llena el vaso si está vacío
No lo dejes nunca lleno,
no lo dejes nunca vacío].

—Entonces, salud.

—Y luego, aquella otra:

*Amico bello, la vita é breve,
Dammi da bere.*

[Buen amigo, la vida es breve,
dame de beber].

—Eso no rima; pero no importa. Salud a todos.

Entonces también Bardo se levantó, sosteniendo el vaso con la punta de los dedos, y con movimiento de danza, señalando cómicamente a Gina, entonó la suya:

*Libiam nei lieti calici,
Che la bellezza infiora...*

[Libemos en los alegres cálices,
que la belleza adorna...]

Acompañado por los gruñidos de la cuñada y el aplauso de los demás, volvió a sentarse y se inclinó al oído de Baldo.

—Esta noche —susurró, señalando a Giannini—, le hago firmar una letra de cien mil liras. Tanto más cuanto que está loco perdido por madre.

El hermano le dio un puntapié por debajo de la mesa; pero empezó a observar al invitado con dolorosa curiosidad.

Urbano bebía, y, finalmente, su rostro pareció cubrirse con una máscara brillante. Hasta Gina, que, como siempre, servía silenciosa y se refugiaba luego junto a la artesa para roer su porción, observó que adquiría la fisonomía y el color encendido de los Bilsini.

Y Baldo frunció el ceño, porque de repente le vio levantar también el vaso y dirigirse a Annalena.

—Annalena —decía con la voz sonora de los primeros días—: bebo a tu salud, y te deseo que seas siempre así, en el anillo de oro de tus buenos hijos, como la perla auténtica del anillo.

Bardo gritó:

—Y el tío entonces, ¿qué es?

El tío levantó con la mano izquierda su vaso blanco de agua.

—Mustio, yo soy aquí el agujero de donde ha caído la otra perla.

La comparación era justa y melancólica, y, sin embargo, produjo un efecto de hilaridad casi tempestuosa.

—¡Viva, viva! ¡Viva el tío agujero! ¡Viva el anillo de los hermanos Bilsini!

Giovanni, taciturno, puso su mano roja y viva sobre la mano muerta del viejo. Luego, con un esfuerzo, dijo:

—Pido la palabra: propongo enviar una postal a Pietro firmada por todos nosotros.

Fue aceptado, con otros vivas y con burlas para el orador.

—Mira: parece sordo y mudo, y habla mejor que Mussolini.

Otros vivas. Luego llegó a la mesa el tintero de la familia, con la tinta pálida por la vejez y el abandono, y en la postal con la iglesia del pueblo fueron estampadas las firmas. La primera, la de Urbano, que, en cuanto a caligrafía, podía poner los puntos al párroco; luego, la titubeante de Annalena, y después, todas las demás. Por el tío firmó Giovanni. También los niños quisieron hacer una cruz, y al fin invitaron a Gina, pero ésta no quiso.

—Que te cuelguen —dijo en voz baja a Bardo, que había ya puesto el tintero y la cartulina en la artesa, entre los restos de la polenta—. Os creéis que sois los dueños porque el infeliz está achispado.

—Exactamente —dijo Bardo para fastidiarla.

Y para vengarse mejor, llamó a *Tom*, le hizo levantarse sobre las patas posteriores, en la pata anterior derecha le puso la pluma y se la guio, como si fuera la mano de un niño, para que firmara también en la postal.

Esta vez hasta el gigante triste sonrió, y Osea, que esperaba el buen momento, se dirigió a él, con el codo sobre la mesa, para preguntarle si no

compraría la zahína de su campo.



El hombre compró la zahína, a doble precio de lo que valía, y prometió comprar, además, la uva. Se sentía como atrapado por aquella familia y aquella tierra, que, después de todo, era la suya, y quería pagar con generosidad las horas de olvido que el vino, la alegría y la juventud de los Bilsini le proporcionaban.

Durante aquellas horas, él amaba sin distinción a todos, hasta al perro, al gato, al mirlo, hasta a los pichones que revoloteaban, blancos y negros, sobre la torre y le parecía que traían la rama de olivo a su corazón salvado del diluvio de su desastre familiar.

Casi todas las noches iba a su casa, con su paso débil y casi con los pies arrastrando, y todo su cuerpo inclinado a un lado, como un pino torcido por el viento constante. En cuanto llegaba al recodo del camino que corría junto al seto de sus campos, se erguía y andaba ágil, vivificado ya por el aire que envolvía a la familia hospitalaria.

Los niños y el perro le esperaban delante del portal. Su puesto en la mesa estaba siempre preparado, y hasta Gina le sonreía, amansada, con el propósito de hacerle padrino de su próximo hijo, fantaseando, como de costumbre, sobre este proyecto.

«Si Lia se hace monja, como dice, puede ser que él cobre afecto a su ahijado y le deje todas sus cosas».

La que menos parecía festejar al dueño era Annalena. No le rehuía; pero evitaba quedarse sola con él, taciturna, mientras todos los demás charlaban.

Cuando se trató de la venta de la uva, como Osea pedía un precio descaradamente alto, ella consultó con tío Dionisio.

—¿No le parece que es de poca conciencia obrar así?

El viejo se echó hacia arriba la barba, pensativo, y luego dijo:

—Urbano tiene dinero para tirar. Deja que lo tire aquí. Después de todo, los chicos le han rehecho la viña, a fuerza de trabajo y de sudor. El así lo entiende, y es eso lo que paga.

No, no era esto. Ella bien sabía, en el fondo, qué era lo que el hombre pagaba con su dinero. Su conciencia, sin embargo, ya no le reprochaba ni siquiera el pecado de una mirada, y el instinto del bien de su familia vencía cualquier escrúpulo.

Pero era una tranquilidad aparente. Un día, creyéndose bastante fuerte para enfrentarse definitivamente con el hombre, aprovechó un momento en

que estaban solos para pedirle noticias de su mujer. Él en seguida se ensombreció, e incluso pareció enojarse como si ella le hiciera un desprecio; luego levantó la cara y demostró estar también dispuesto a defenderse.

—¿Quieres saberlo de verdad? Está peor. Fui a verla el jueves pasado, y me quedé aturdido. Tiene la memoria lúcida; pero el alma, alterada. Dice las cosas más tremendas sobre el lugar en donde está, y que las hermanas que la cuidan están más locas que ella. Me ha echado en cara todas las cosas grandes y pequeñas que yo le he hecho en la vida, hasta la última, que es aquella...

Calló, mirándola a la cara, con ojos amenazadores. Ella tenía, otra vez, casi miedo. Le parecía que aquel hombre, cuando estaba solo delante de ella, se transformaba y que un espíritu maligno le vencía, intentando avasallarla también a ella. No obstante, insistió:

—¿Aquella? Dilo.

—Aquella que tú sabes, y que ella, por obra del mismo mal que la domina, ha adivinado.

—Urbano —dijo ella entonces, con fuerza—: yo precisamente quería hablarte de esto. Ante todo, ¿de quién ha sido la culpa?

—Mía, claro; siempre mía...; es decir, del maldito Destino que me lleva.

—El Destino nos lo hacemos nosotros, Urbano. También he sospechado yo que la ruina de la salud de tu mujer, dadas sus condiciones, ha sido provocada por tu amistad con nuestra familia. Las cosas se saben, se adivinan, vuelan por el aire como el polvo llevado por el viento. Y, por tanto, sería conveniente que ahora...

Calló también ella, intimidada.

Él golpeó el suelo con el bastón.

—Ya entiendo. Me echas. ¿Y si yo no quisiera irme?

—Urbano: ya no eres un muchacho...

—Precisamente por eso, son los muchachos los que hacen comedia. Yo soy un hombre y quiero vivir. ¿Te pido acaso algo? No, no tengas miedo; yo no quiero nada de ti. ¿O eres tú, acaso —le preguntó, con una voz ambigua, que le hirió más que las palabras—, eres tú quien tiene miedo?

—Puede ser. Tocando el fuego, se quema uno.

Ella hablaba con descaro; pero se arrepintió en seguida, porque vio al hombre que, con los ojos y la cara encendidos, se inclinaba hacia ella. Entonces se echó atrás, y una sacudida de desesperación la obligó a huir fuera, a la era, entre los niños y las bestias, como para encontrar entre ellos un soplo de salud y de esperanza.

El hombre, sin embargo, debió de reflexionar y de asustarse, a su vez, de que le echara de verdad, porque, durante el resto del tiempo que permaneció en casa de los Bilsini, estuvo tranquilo, casi jovial, y, al marcharse, prometió que al domingo siguiente volvería con Lia.

Justamente para aquel primer domingo de octubre se esperaba el regreso de Pietro. Le prepararon la cama en una habitación de la planta baja que daba al zaguán, y la madre quitó las manchas del traje de paisano y se lo planchó. El regreso de Pietro la preocupaba con respecto a Urbano Giannini. Instintivo y malicioso, Pietro se daría cuenta, sin duda, del secreto que guiaba al hombre y la roía a ella como una carcoma invisible. Y ella no sabía cómo los juzgaría el hijo; tal vez, aprovechándose para su beneficio, de una manera o de otra, como, por otra parte, ya ignorantes o benévolo, se aprovechaban los demás.

Esta era la sombra que la turbaba y que, por primera vez en su vida, le hacía sentir el peso de la fatalidad, del cual, si bien es fácil librarse para las cosas grandes, no es igualmente sencillo para las pequeñas.

—Basta. El Señor ve las intenciones de todos, y el Señor nos ayudará —murmuró, colgando de nuevo en el armario el traje de Pietro.

Y he aquí que el Señor, casi para disipar la sombra que les rodeaba, le hizo oír en seguida la risa canora de Isabella Mantovani. Risa de frescura y de esplendor, que parecía brotar de todo su cuerpo, del vestido rosa y amarillo, de sus cabellos rubios, del cestillo que llevaba, lleno de grandes melocotones, cuyos colores entonaban maravillosamente con los suyos.

Annalena salió a recibirla con alegría, acogiendo el regalo entre brusca y alegre.

—¿Qué has hecho? Como de costumbre, los habrás cogido a escondidas de tu madre.

—Esta vez, no; se lo juro. Hay tantos en nuestro campo, que se caen y se pudren. Cuando se sacuden los árboles, caen a puñados. Me gustaría hacer venir a Baldo y ponerlo debajo.

—Te las daré yo las puñadas, de verdad, si continuas —dijo Baldo, desde la puerta.

Ella entrelazó las manos, inclinó la cabeza a un lado e imitó la dulce voz del párroco santo.

—Baldo, hermano mío en Jesucristo, ¿cómo puedes hablar de puñadas? Si te dan una bofetada en la mejilla derecha, debes ofrecer la izquierda.

—Bueno, cállate —replicó él, con fuerza—, y cuida de que Dios no te castigue.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó Annalena.

—¡Oh!, ella está siempre bien. Desde hace tres días se dedica a poner los tomates en conserva, y toda la casa está llena de ellos. Habrá llenado ya unos cien botes. Luego los mete en su habitación, y ¡ay de quien los toque! Y ¿qué castigo me espera? —gritó luego, corriendo hacia la puerta en busca de Baldo—. ¿Cuál mayor que el de convertirme en la cuñada de un santo?

Pero Baldo se había escapado ya, porque su figura, tan exuberante y ruidosa, le hacía daño: le parecía la imagen del pecado mortal.

—Tu hermana y los demás están en la viña, vendimiando la uva blanca. ¿Quieres ir también tú? Pero te mancharás el vestido —dijo Annalena, alcanzándola.

Y también ella experimentó una nueva sensación de desconsuelo, pensando una vez más en que aquella no era una mujer adecuada para Pietro. Isabella pareció adivinar este pensamiento, porque se volvió de un salto, se apretó infantilmente a la mujer, la besó, y dijo con tristeza:

—Ya sé, ya sé que no tiene usted confianza en mí. Lo sé, y tampoco él, Pietro, me quiere; ya lo sé. Sin embargo, yo le quiero, aunque no lo parezca, y cuando nos hayamos casado, también yo sabré trabajar y hasta, si hace falta, descalza y despeinada. Y sobre todo —añadió en voz baja, jadeando—, sobre todo quiero tener muchos niños, y dormir y jugar con ellos. Sí, exactamente eso.

Turbada por esta improvisa explosión de afecto casi animal, Annalena dijo:

—Está bien, querida mía. Pero dime, ¿por qué crees que Pietro no te quiere?

—No lo sé; lo siento. Sus cartas son bonitas; pero son copiadas o mandadas hacer. A veces, me parece incluso que se burla de mí. Y ahora espero que regrese para asegurarme.

—¿Sospechas tal vez que quiere a otra?

—No; no lo creo. Él quiere a todas las mujeres y a ninguna. Es eso. Todos vosotros me creéis atolondrada —reanudó la muchacha, cuyo rostro se había oscurecido, como una rosa que está a punto de marchitarse—. Y yo, en cambio, soy seria, y pienso mucho y no me engaño sobre el porvenir. Pietro tal vez me hará desgraciada.

—Fantasías, fantasías —dijo Annalena; pero también su voz estaba turbada.

Isabella apoyó la cabeza en su hombro, como si quisiera llorar; pero luego se irguió, toda vibrante y riendo de nuevo.

—Deme un delantal, o cojo el de Gina. Me voy a vendimiar.

Y salió corriendo, cantando...



Pietro llegó dos días después. Vestía todavía de soldado; pero su uniforme estaba ajado y sucio, como si volviera de la guerra, y hasta su cara parecía la de un *ascaro*.

Sus primeras palabras a los hermanos fueron:

—Quiero bañarme en el Po y dejar estos trapos en la orilla, como si fueran los de un ahogado. Estoy harto de esta vida asquerosa, y quiero empezar otra. Alegría, ¡vamos!

Se dispararon las últimas botellas que los Bilsini guardaban para la ocasión. Y él durmió toda la noche y buena parte del día siguiente. Para que no le molestaran, había apoyado contra la puerta de su habitación su maleta militar, llena todavía de sus cosas. La madre atravesaba el zaguán de puntillas, pensando, no obstante, que todo esto podía hacerse sólo por un día.

Mañana, la vida empezará de nuevo y muy distinta. Pietro mismo lo había declarado.

Y aquel día fue realmente como el paso de una atmósfera a otra; día de desorden, y, para la madre, de inquietud y de paciencia. Pero era, además, domingo, y los domingos, tal vez no todos lo sepan, es, para las mujeres de casa, un día más cansado y agitado que los otros. Los hombres se cambian de ropa; hay que limpiar y peinar a los niños, y la comida es más complicada: paciencia, con que todo vaya bien en la familia...

La paciencia no le faltaba a Annalena, mientras que le faltaba del todo a Gina, la cual, desenmarañando los cabellos de sus hijos, refunfuñaba contra la miseria y la mala suerte. Los niños, a su vez, chillaban como cornejas, y el mayor se escapó a la era, entre las alfombras doradas y crujientes del maíz, donde ella lo atrapó. Y, después de haberle cogido por los vestidos, empezó a pegarle con la mano en la espalda y en la cabeza. A los gritos del niño, Pietro se despertó y saltó a la ventana. Vestido solamente con la camiseta de algodón, con los cabellos, que se había dejado crecer, negros y enmarañados como una nube de humo sobre su rostro oscuro, parecía un monigote que hubiese surgido de una caja. El niño que lloraba, al verlo, se rió, y eso irritó todavía más a la cuñada. Sin hablar, hizo andar a su hijo a fuerza de pescozones; lo llevó de nuevo a la habitación, y no lo dejó hasta que los cabellos le brillaron como el rastrojo, con el sendero blando de la crencha en medio. Luego lo empujó fuera de la puerta.

—Vete, Maramaldo, y no te vuelvas a poner al alcance de mis garras.

Poco después, sin embargo, la carita de su hijo, encendida todavía por las lágrimas, se asomó por la puerta entornada.

—Mamá, el tío Pietro dice si nos dejas ir al río con él. Viene también tío Dionisio.

—Id; id al infierno, si queréis.

¿Por qué estaba tan enfurecida mamá? Ni siquiera la llegada de Isabella, invitada a pasar el día con los Bilsini, la aplacó. Al contrario, al verla pavonearse con su vestido amarillo y rosa, con sus largos pendientes, que parecían dos cerezas, le dijo con acritud:

—Espero, Bella, que pronto ocuparás tú mi puesto de criada asquerosa. Entonces se te irán los grillos de tu cabeza, te lo aseguro yo.

Pero Isabella estaba también de mal humor, y le replicó con prontitud:

—¡Ya se me empiezan a ir, figúrate!

Y a Annalena, atareada pelando un pollo, le dijo, con rencor:

—Ya podía haberme esperado el señorito Pietro. También yo hubiera ido con gusto al río.

Tampoco Annalena estaba contenta de la actitud de Pietro. Sin embargo, mientras pelaba con tanta furia al infeliz animalito, que este parecía estremecerse de dolor aun después de muerto, para excusar al hijo, dijo que había ido al río a bañarse.

Entonces intervino Bardo, con su sonrisa de través:

—Y qué, ¿no tendrá que verlo luego Bellina todos los días desnudo?

La madre le amenazó con el pollo, que, con su triste cabeza ensangrentada, desaprobaba también sus palabras, y no pudiendo hacer otra cosa, le arrojó a la cara un puñado de plumas. Isabella, en cambio, encontró de nuevo su alegría.

—¡Si acaso, todas las noches! —dijo riendo.

—¡Dios mío, qué sinvergüenzas sois todos, todos, del primero al último! —gritó Annalena. Y salió corriendo con el pollo, dejando una estela de plumas voladoras.

Los dos jóvenes se miraron a los ojos y se rieron. No obstante, la alegría de Isabella estaba aliñada con rabia, y la idea perversa de dar celos a Pietro, para vengarse de su falta de interés, la empujó a insistir en buscar y provocar las miradas de Bardo.

¡Qué distintos eran los ojos de los dos hermanos! Los de Pietro intentaban en vano llegar hasta su rostro como una llamarada que la rozaba sin tocarla; los de Bardo, claros, pero con la pupila brillante como un destello en una piedra verdosa, le penetraban dentro de ella y la hurgaban toda.

Más que nada, era curiosidad por saber lo que ella pensaba y sentía verdaderamente; curiosidad, sin embargo, sensual, que encendía la de ella por saber hasta qué punto ella podía gustarle y dominarle.

—¿Cómo va tu Piera? —le preguntó, mientras, de tácito acuerdo, daban la vuelta a la casa y se encaminaban hacia los campos.

Bardo no deseaba otra cosa que hablar de Piera, para hablar de amor, e Isabella, ya que su amor la rehuía, tenía necesidad de caldearse en el de los demás. En el fondo, era el eterno instinto de entenderse entre ellos lo que los guiaba. Así fueron a buscar una especie de escondrijo, entre el borde del sendero, sombreado por los sauces y un emparrado espeso, del que pendía todavía la uva negra, en tal cantidad, que parecía aumentar la sombra.

Un brusco susurro sacudía el campo contiguo de zahína, aún no segada, como si pasaran por él, jugando entre ellos, los zorros jóvenes. Y también el agua de la acequia, baja y cubierta por una verde pelusa de musgo, se estremecía de cuando en cuando, y parecía que abriera unos grandes ojos negros que reflejaban los azules del cielo entre los árboles: eran las ramas que se arrojaban a ella. Y el olor intenso de la hierba, del trébol especialmente, daban al aire una especie de color verde.

Con la cabeza gacha, con una brizna dorada de zahína entre los dedos, Bardo preguntó:

—¿Conoces a mi Piera?

Isabella contestó en voz alta, con tono de desafío:

—Yo no, querido, y espero no conocerla.

—¿Por qué?

—Ante todo, porque no me importa nada, y luego, porque tú no te casarás con ella.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Aquel bribón de Pietro?

—Nadie me lo ha dicho. Lo sé yo.

—Entonces tú sueñas, Bella. Yo me casaré con ella, si me espera. Pero es preciso que me espere durante bastante tiempo. Dos años de servicio militar —calculó él, rompiendo en cuatro pedazos el tallo de zahína—, y, por lo menos, otros dos, hasta que yo me haya colocado. Y mi madre no la quiere en casa, porque es pobre y no sirve para trabajar en el campo. Mi madre las quiere ricas y que trabajen: y tiene razón. Pero el amor es el amor.

—El amor es el amor, sí —suspiró Isabella—. Es una bonita trampa, toda de oro por fuera y con la muerte dentro.

Enfervorizado, Bardo procuró explicar por su cuenta cómo es el amor.

—Es un enemigo que no se puede vencer, un pensamiento que te cava el cerebro como una azada en punta, y te lo remueve todo, como un campo arado. ¡Así es! Y uno se mete debajo, aun sin querer, como aquellos que son atropellados por los automóviles. Aunque seas correspondido, siempre hay tribulaciones. Tú ves con el pensamiento a la persona amada, y le dices muchas cosas bonitas. Luego, cuando os veis, ya no encuentras palabras, y te quedas allí como un necio, o discutís...

—Realmente es así —asintió ella, escuchando, con los ojos muy abiertos, las palabras de él.

—Pero tal vez se discuta por el gusto de hacer luego las paces. ¡Es tan bonito hacer las paces del amor!...

¡Las paces del amor! He aquí una expresión que Isabella no hubiera sabido nunca inventar y que, por tanto, la hirió como una revelación. Pero ya los hombres saben mucho en materia de amor.

Desplegando por aquí y por allí el volante de su vestido, como una libélula que abre las alas, preguntó en voz baja:

—Dime, dime, ¿en dónde os veis?

—Primero, nos veíamos en un sendero, detrás de su casa; pero el padre se dio cuenta y amenazó con apalearme. Maresca es pobre; pero orgulloso como un millonario. Por otra parte, yo, a su casa, no puedo ir como novio, para no disgustar a mi madre.

Estos detalles no interesaban a Isabella, y, con voz densa y dulce, que sabía a fruto prohibido, insistió:

—Y ¿en dónde os veis ahora?

—Ahora nos vemos de noche, cuando en su casa duermen todos. Ella baja, descalza, y me recibe en el zaguán, que está separado del resto de la casa por una puerta, que cierra con llave. Es un riesgo; pero ¿qué hacer si no? Lo peor es que no nos vemos y no podemos hablar.

—Y entonces, ¿qué hacéis?

—¡Bah! —dijo él, con una sonrisa ambigua—. ¡Algo hacemos!

Ella se levantó, con la cara teñida de carmín, y no insistió en sus preguntas atrevidas. Pero pensó con rencor, que Pietro nunca hubiera corrido tal peligro por ella, y mucho menos si hubiera sido pobre como Piera Maresca. Bardo adivinó sus pensamientos.

—Es un riesgo, claro. El padre podría cortarme la cara como a un jamón. Pero el amor es el amor, y Pietro, con todas sus bravuconadas, no sería capaz de afrontar el peligro como lo desafío yo.

Ella volvió a inclinarse, atormentando su vestido, y aun pareció que quisiera llorar. Pero, en cambio, se irguió y rio en seguida. Sus dientes, perfectos, brillaban hasta el fondo, con las puntas de los molares, blancas como picos nevados en un fondo rosado, y su garganta, hinchada y palpitante, recordó a Bardo las de las palomas en celo.

Una sensación de aturdimiento se apoderó de él. Era casi el mismo placer angustioso que experimentaba cuando, en la oscuridad y en el peligro, besaba, sin verla, la cara de la otra. También ahora presentía un riesgo, un misterio: Isabella le gustaba y sabía que él le gustaba a ella. ¿Por qué, pues, por qué?

—¿De qué te ríes? —preguntó, con voz cambiada.

—¡No sé! Pienso que tú y Piera os queréis y no podéis casaros, mientras que tu hermano y yo nos hemos, de casar y no nos queremos. ¿No es divertido todo esto?

Él se enmascaraba con una expresión seria y cómica a la vez.

—¿Por qué hablas así, muchacha? Pietro te quiere. Y luego, ¿por qué tendría que casarse contigo, si no te quisiera? Contéstame.

—Por el dinero.

—¡Como hermano de Pietro, me ofendes, muchacha! Los Bilsini no se han vendido nunca. Y el mayor de ellos, ¿se ha casado, pues, con tu hermana por el dinero? Y este dinero, ¿cómo y cuándo lo ha visto? Con un anteojo. Y, en fin, si tú no quieres a Pietro, ¿quién te obliga a casarte con él? ¡Dilo!

Ella había bajado de nuevo la cabeza, como una niña a la que riñen, y ahora lo que atraía los ojos de Bardo eran las dos alas doradas de sus cabellos y su nuca infantil.

Todavía severo, pero ya apiadado, él añadió:

—Y, en suma, ¿por qué crees que Pietro busca sólo el dinero? Tú eres bonita...

Calló, asustado. Veía como manchas de sangre sobre el rosa del vestido de ella: eran lágrimas.

—Y ¿por qué lloras ahora? ¿Se puede saber? Quiero saberlo.

Se le acercó, le tocó el vestido. El contacto de la tela le hizo estremecer como si hubiera tocado papel de lija; era un estremecimiento, que se convirtió en un poderoso deseo de llorar también él, apoyado en ella, por un dolor inexplicable que los envolvía a los dos y los aplastaba como una medusa invisible y, por esto, más pavorosa.

Era preciso librarse de esa sensación, y él intentó hacerlo, sacudiendo rudamente a Isabella, para separarse de ella, para cortar su llanto misterioso, y, con el llanto, el sortilegio fatal que le ahogaba.

Ella, en efecto, pareció despertar; se tragó un sollozo y levantó la cara, que rozaba la de él. Una cara distinta, de otra Isabella, como pisoteada y ardiente; pero entre las largas pestañas rubias, orladas de rocío, los ojos se habían vuelto más azules, del color de los del cielo entre los árboles, y sus pupilas hirieron las de él, como rayos de sol.

Entonces él tuvo la impresión física de que su imagen le penetraba viva en la carne, arrojando a la otra, y tendió sus labios hacia los labios de ella; pero, súbitamente, retrocedió, pálido, porque Annalena, que se había dado cuenta de su ausencia, se acercaba a descubrirlos.



La actitud de Pietro hacia Isabella no hizo, sin embargo, arrepentir a los dos jóvenes de haberse entretenido confiándose sus penas amorosas. Cuando volvieron, él todavía no había regresado, y Annalena empezó a preocuparse por los niños.

—Los habrá dejado solos en el bosque de la orilla, y Dios sabe qué puede haber sucedido.

Por suerte, regresó Baldo, saturado de olor de incienso, y dijo que, después de la misa, había encontrado a Pietro, al tío y a los niños, que iban al pueblo a comprar dulces. Luego reprochó a Bardo que no hubiera ido también a la iglesia.

—He tenido mejores cosas que hacer —contestó el hermano, con su sonrisa extraña, y como estaba sentado en el zaguán, con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos, añadió, con arrogancia—: Eso es, y ahora descanso.

—¡Está bien! —exclamó Baldo, con acento amenazador—. ¡Dios lo ve todo!

Porque ahora, a veces, se ponía casi agresivo. Sentía, por instinto, que las cosas no iban bien a su alrededor, y, no pudiendo hacer otra cosa, profetizaba el castigo de Dios.

A pesar de la vigilancia de la madre, Bardo se sentía feliz y seguro de sí mismo: estar sentado, sin hacer nada, al fresco del zaguán, ver las piernas ágiles y los piecitos brillantes de Isabella, percibir el olor de los pollos cocinados por su madre, le daba una alegría llena y sabrosa. Y todavía se alegró más cuando, entre el oro de la era, vio avanzar la figura grotesca de Pinòn.

¡Bienvenido, Pinòn! Él acude siempre, como un cuervo, cuando se percibe olor a comida, y si bien trae malas noticias del prójimo, lleva también suerte

consigo.

—¡Bien, Pinòn! ¿Quién ha reventado en el mundo?

La propia Annalena acudió, por instinto, como si el mendigo llevase un secreto mensaje para ella, y él, en efecto, correspondió a su premura con una sonrisa, para ella sola, lisonjera como una promesa. Annalena, sin embargo, tuvo en seguida la impresión de que se burlaba, y volvió a vigilarse con severidad. Le indicó el asiento junto a la puerta, para darle a entender que debía quedarse en su sitio, y luego le dijo:

Otra vez, antes de venir aquí, date una vuelta por el Po. El agua del río no cuesta nada.

Él se miró, y contestó, con humildad:

—Le juro que me he lavado ayer. Son los vestidos los que huelen mal. Sólo tengo estos.

Eran todavía los andrajos del invierno pasado, que se le deshacían encima, como hojas putrefactas. Los otros indumentos, que la misma Annalena le había regalado, habían tenido el acostumbrado fin: el de ser cambiados por vino.

Esta vez, pues, no le invitaron a entrar en la cocina, y ni siquiera Pietro, cuando regresó, le hizo buena acogida, atento solamente a Isabella y a su humor variable.

—¿Por qué no has venido a saludarme? —le decía ella, apartándole mientras él intentaba abrazarla—. Y, sin embargo, has pasado por delante de la casa.

—Estaba muy sucio y olía mal, como Pinòn; por eso no he ido. ¿Abrazarías tú ahora a Pinòn?

—Sí me quisiera, sí.

—¡Ah! Entonces quieres decir que yo no te quiero. Ya me lo has escrito. Entonces, ¿por qué he ido a lavarme al río? ¿Por qué me he cambiado de traje? Es más: ahora que lo pienso, quiero adornar a Pinòn con mi uniforme; así tendrás una idea de lo guapo que estaba.

La proposición de vestir de soldado al mendigo disipó la tempestad. Hasta Isabella, ya apretujada por los niños, se rio con ellos, y Pietro, por otra parte, no se preocupó más de ella.

Cogió su uniforme e hizo señas a Pinòn de que le siguiera al establo. Poco después todos los Bilsini, reunidos en el zaguán, entonaron un coro salvaje de gritos, de carcajadas, de exclamaciones. Hasta Baldo escondía la cara detrás de su madre para frenar su hilaridad avasalladora. A la puerta, Pinòn, vestido

de soldado, pero con los pantalones anudados sobre sus piernas peludas y el casquete hundido hasta los ojos, saludaba militarmente.



Por la tarde, después que Pietro y Bardo hubieron salido para acompañar a su casa a Bellina, llegó Urbano Giannini. Había encontrado a los jóvenes por el camino, y dijo que reían y cantaban.

—Pietro se ha hecho un hombrón, y me anunció que, desde mañana, se propone trabajar por tres. Bien, bien; Dios te bendice, Annalena.

Ella le preguntó por Lia y por qué, faltando a su promesa, no la había traído. Pero él no contestó; se sentó delante de la puerta y se apoyó en la cabeza de perro de su bastón, con aire cansado y doliente. También sus ojos estaban como muertos, indiferentes para las cosas exteriores. Ni siquiera la presencia de Annalena, que se había sentado a su lado en el escalón de la puerta, conseguía consolarlo; ni siquiera aquella fastuosa luminosidad de la era, avivada por el reflejo dorado, donde la luna llena brillaba como una esmeralda; ni siquiera los chillidos de amor de las golondrinas y los de alegría de los niños le distraían.

Sólo al cabo de unos momentos pareció volver en sí y miró a su alrededor.

—¿Dónde están los otros muchachos? —preguntó, pero sin demasiado interés.

—Está fuera. Sólo tío Dionisio anda por los campos.

Él hizo un gesto que quería decir: «No me importa; para mí es como si estuviera muerto».

—Gina, da de beber a nuestro casero —dijo entonces la mujer, decidida a sacarle de un modo u otro de su tristeza.

Luego, con voz franca, le preguntó cómo se encontraba su mujer. Aquí estaba la llaga viva, y él se irguió.

—Ella, yo y todos estamos en el infierno, ¿lo oyes? Tal vez tenemos pecados que pagar, yo más que todos. Y recientes también, tú lo sabes.

—¿Yo? Y ¿qué sé yo de tus pecados? —repuso ella, riendo. Pero también su llaga secreta sangraba.

—Cuando se está en el camino del dolor, para huir de la propia suerte se busca siempre algún atajo, y aquí reside lo peor, aquí está al acecho el Demonio, que te agarra por el cuello y te lleva otra vez, todo molido, a tu camino.

Pero ya entraba Gina con la botella negra atornillada en el extremo del sacacorchos. También su larga figura hinchada, su rostro oscuro y silencioso,

la nube de sus cabellos surcada por el oro del cielo, tenían algo de hermético, pronto, sin embargo, a surgir como el vino de la botella.

Annalena sintió miedo de ella, por las cosas que Urbano tal vez estaba a punto de decir, ya que le parecía que tenía la mente alterada, y, como los locos, se hallaba dispuesto a decir las verdades más crueles.

—Dame la botella —dijo, levantándose—; la descorcho yo. Siéntate también tú, Gina; estás cansada.

Gina, en efecto, se dejó caer en seguida en el sitio dejado por su suegra.

—Estoy cansada, sí. He trabajado todo el día como una bestia, y era domingo.

—Así has santificado la fiesta; sólo el trabajo...

—¡Oh!, no quiero oír sermones. Me basta con los del tío Dionisio y de aquel bobo de Baldo. Estoy cansada, pero no melancólica, y sin este fardo, iría esta noche al baile.

—Magnífico. ¡Así me gusta la gente!

Annalena fue a coger los vasos, y Gina, porque aquel día en la casa se había hablado mucho de Giannini, de su patrimonio, de su mujer, de Lia y de su dote, aprovechó el momento para preguntar al hombre, en voz baja, como rogándole que se confiara con ella:

—¿Cómo está? ¿Y Lia? ¿Qué hace la pequeña? ¿Por qué no la has traído?

—Lia ha vuelto a casa. Ha trabajado también ella, luego se ha ido a la iglesia. Reza. ¿Qué puede hacer sino rezar?

—¿Sigue pensando en hacerse hermana?

—Monja, no hermana: monja de clausura. Así tendré dos prisioneras. ¡Je, je!

El hombre reía, con una máscara diabólica en la cara, y también Gina tuvo la impresión de que los disgustos le habían roído el cerebro.

—Valor —dijo, levantando la voz porque volvía Annalena—. Todos tenemos nuestras penas, y Baldo afirma que el Señor visita a sus predilectos con las desgracias.

He aquí que la que ahora sermoneaba era ella, y al oír el sonido de sus palabras, le entraron ganas de reír, aunque con una mala risa.

—Feas visitas son estas; dejémosla estar. Bebe, Urbano. Vamos, vamos, que se sale —le acució Annalena, poniendo en su mano el vaso, lleno de espuma—. Esta es la última botella, y la he guardado pensando en ti.

Entonces él se levantó, solemne.

—Te doy las gracias, Annalena. Bebo a tu salud y a la de tu familia.

Bebió un sorbo, y volvió a sentarse.

—Mañana te mandaré algunas botellas.

Luego terminó el vaso, y sus labios grises recobraron su color, como los de un hombre desmayado que se reanima.



Aquella noche, Bardo no fue a ver a su Piera; prefirió quedarse con sus hermanos más jóvenes, mientras Osea y Giovanni hacían la acostumbrada partida de cartas, o, mejor dicho, la hacían Osea y el tío, ayudado este por Giovanni.

Con gran consuelo por parte de la madre, ninguno hablaba de ir a la taberna, y los jóvenes, por el contrario, aquella noche tenían un desusado aspecto serio y casi preocupado.

Pietro, Bardo y Baldo estaban, pues, al fondo de la era, sentados en un tronco de plátano derribado, que había de ser cortado para el invierno próximo. La luna iluminaba la noche, todavía cálida, y daba al maíz tendido el brillo de un mosaico de ámbar y de alabastro.

Los tres hermanos callaban, y en el silencio se oía la voz de Osea, que contaba uña riña sucedida en un pueblo vecino. Dos comitivas de jóvenes se habían agredido, por motivos fútiles en paciencia, pero, en el fondo, por pasiones de partido.

—Había que ver cómo se arrancaban los cabellos y los vestidos. El ruido de las bofetadas sonaba como los aplausos en el teatro. El hecho es que, cuando se separaron, uno se quedó en el suelo, con la cara blanca y un río de sangre que le salía de la nuca.

—¡Señor, Señor! ¡Pobre madre! —suspiró Annalena.

Y el viejo remachó:

—Ya no hay religión. Y la política es hija del Diablo.

Entonces se oyó la voz cálida de Giovanni. Desde hacía algún tiempo también él tenía su pasión: leía, además de *II Sole*, los grandes periódicos, y creía firmemente cuanto en ellos estaba impreso.

—La política es la única cosa en la que un hombre serio debe interesarse. Con la política bien entendida se guían los pueblos y se hacen fuertes las naciones.

—¡Bravo, honorable Bilsino! —gritó Bardo, haciendo bocina con las manos. Luego dijo en voz baja a los hermanos—: Yo prefiero el amor. Pero no me disgustaría tener en casa un diputado.

—¿Por qué no? Dame un cigarrillo, Mustio. Todo se puede, cuando se quiere.

El que así hablaba era Pietro. Bardo sacó los cigarrillos y las cerillas, y ambos hermanos se pusieron a fumar. Baldo tenía ganas también; pero había prometido al párroco que no lo haría, y no lo hizo. Además, le parecía ver al joven víctima de la pelea tendido en el suelo, y experimentaba un dolor femenino. La misma luna se cubría de un velo, no por el humo de los cigarrillos, sino porque un hombre había sido herido, mortalmente, sin razón. Para consolarse, dijo en voz baja:

—Entre nosotros no suceden ya estas cosas. Desde que está Él, todos vivimos en paz.

—¿Qué tienes, curita? ¿Deliras?

Seguía siendo Pietro el que hablaba. Aquella noche hablaba de una manera insólita, a saltos, preocupado por un pensamiento que hubiera querido confiar a alguien, y no sabía a quién.

Había contado todas las historias de sus últimos meses de vida militar, y ahora estaba un poco cansado de hablar, y, además, el vino bebido en abundancia, el cigarrillo y la dulzura de la noche le daban una sensación de aturdimiento.

Bardo, en cambio, tenía unas insólitas ganas de charlar, de exteriorizar de alguna manera la turbia felicidad que le llenaba el corazón. Dio a Pietro un cigarrillo y encendió otro él; pero cuando lo hubo fumado a medias, lo tiró al suelo. Y con una voz fuerte, que no parecía ya la suya, anunció su propósito, más que a sus hermanos, a sí mismo.

—¡Maldita sea! Quiero llegar a ser rico.

Pietro le hizo eco.

—¡Mira, mira! Pensaba lo mismo.

Tiró también el cigarrillo, como si se tratara de discutir un asunto serio, y se pasó la mano por los cabellos.

—Veamos cómo se puede hacer.

Baldo observó:

—Trabajando. Y, además, la riqueza no es la felicidad.

Bardo le dio un codazo.

—¡Anda ya, curita! Lárgate o te la buscas. Yo quiero llegar a ser rico y feliz. Trabajando, sí; pero también con ingenio, y sobre todo, con marrullería. Quiero casarme con una mujer rica, guapa y buena.

Pietro había recogido su cigarrillo, todavía encendido, y sacudió sus cenizas en la cabeza de Baldo. Sin embargo, hablaba dirigiéndose al otro hermano.

—¿Una mujer rica, guapa y buena? ¿Dónde la pescas? A menos que...

—¿A menos que qué?...

—Que sea la hija de Urbano Giannini.

Bardo le dio un empujón.

—¡Vamos anda! Esa yo no la quiero ni envuelta en oro. Déjala para este chimpancé.

—Esa es del Señor: dejadla estar —exclamó Bardo, enojado.

—Ya; ella monja y tú fraile «en el mismo convento», dice madre.

Los dos hermanos sonreían, burlones; pero cuando se trataba de Lia, Baldo hacía honor a su nombre: se volvía un héroe. Se levantó, pues, del tronco, y, sacudiéndose las cenizas del cabello, dijo, con ímpetu:

—Sois unos pecadores y unos sacrílegos, unos sinvergüenzas destinados al infierno, vosotros, que os burláis incluso de la desdicha ajena. Pero el Señor os Castigaré. Estad atentos.

Entonces Pietro, que hasta aquel momento había hablado con cierta indiferencia, se animó y se volvió malo de verdad.

—¿Me haces un favor, Baldo? ¿Te vas? Ve a rezar el rosario; yo tengo que hablar con Bardo de cosas de este mundo. Quítate de en medio, tú, con tu párroco de requesón y con vuestro fastidioso señor Dios.

Baldo se tapó los oídos con los dedos, mientras un relámpago casi de odio contra los dos hermanos blasfemadores brillaba en sus ojos dirigidos hacia el cielo, y estuvo a punto de irse de verdad y de ponerse a rezar. No había otra salvación: era preciso rezar por ellos. Pero como el instinto le advertía que el nombre de Lia no había sido pronunciado en vano, y que tal vez algo se tramaba contra ella, fue a tumbarse a la sombra, bajo el cobertizo del portal, y fingió que dormitaba. Bardo, sin embargo, que no le perdía de vista, reanudó en voz alta, casi desafiándole:

—Es él quien está perdido por aquella mona. Pero ¿quién la toca?

Pietro le apretó el brazo para hacerle callar. Luego se inclinó, con los codos sobre las rodillas, y dijo en voz baja:

—¿Te acuerdas, Bardo, de aquella Nochebuena en la que tú me contaste tus tribulaciones amorosas? Ahora te quiero contar yo las mías. Si Baldo escucha y desea después decírselas a madre, me hará un gran favor. Yo no quiero casarme con Isabella. No me gusta. No la quiero, ni ella me quiere a mí. Es una penitencia que arrastro desde el día en que se me ocurrió la desgraciada idea de este matrimonio, y sólo por esto, mientras antes la muchacha me era indiferente, ahora la detesto. Sé que si me caso con ella, desde el primer día, la doblaré a palos. Incluso ahora, que somos todavía

libres, me suelen entrar ganas de emprenderla a bofetadas y a puñetazos con ella. Sí.

Su voz denotaba profunda irritación. Bardo se sentía como herido por toda aquella abundancia de golpes; y, a pesar de ello, una alegría inaudita le hervía en la sangre al pensar que, por lo visto, podía cortejar sin escrúpulos a Bellina. Y la rabia de Pietro le despertaba la risa.

—Calma, calma. Si quieres, hablaré yo de ello a madre.

—Nuestra madre tiene la culpa de todo, con su manía de hacernos trabajar, incluso por la noche, como si fuéramos mulos. Quiere que seamos ricos a toda costa; y no sabe que cuando nos haya exprimido la sangre de los ojos, ya no seremos hombres, sino andrajos. Trabajar, sí; pero como los otros cristianos, ocho horas al día y no dieciocho, como ella quiere. Yo no pienso hacerlo. Y entonces, en un momento de desesperación, he pensado en Bellina. Me decía: «Iré a vivir con las Mantovani; haré reventar pronto a la vieja avara; y así el dueño seré yo: dueño de trabajar cuando hace falta y de reposar cuando tenga necesidad». Pero ahora estoy arrepentido; y tengo miedo de que sea ella, la vieja, la que me haga reventar, si el Dios de Baldo no me ayuda.

En la sombra, Baldo estuvo a punto de incorporarse, como una serpiente; pero apretó su corazón contra el suelo, como si quisiera aplastarlo; y cerró los dientes para no hablar. Sentía que Pietro mentía, tal vez de buena fe, pero que mentía; era otra la causa de sus pretendidas tribulaciones y de sus nuevos proyectos. Y su enfado se hizo todavía mayor cuando oyó a Bardo imitar su voz para decir a Pietro:

—Dios nos ayudará.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la voz de Giovanni se dejó oír de nuevo, con palabras que a los tres hermanos menores, envueltos por el mismo drama, les parecieron vacías y provenientes de un mundo que no era el suyo. Luego, Pietro reanudó:

—Yo no puedo hacer un matrimonio de amor. Y si lo hago, a los pocos días estaré harto y más que harto; no quiero mimos de las mujeres. Yo, a los mimos, contesto con bofetadas. Soy así; y ni siquiera mi madre, si me concibiese otra vez, me haría distinto. Y entonces...

—Entonces, ¿qué?...

Entonces... hoy he pensado una cosa, que si me sale, nos le solucionará todo. Bueno; ya te lo digo, porque veo que revientas de curiosidad. He pensado, pues, hacer la corte a la hija de nuestro casero. Me quiero casar con ella.

Bardo se levantó de un salto, con los brazos hacia adelante, como si fuera a caerse desmayado. Pietro le agarró por la chaqueta.

—Venga, Mustio, no te desmayes ahora. Cualquiera diría que he dicho que me quería casar con la princesa de Bélgica.

—Tal vez sería más fácil.

—Vamos, vamos, Mustio; ¿me tomas el pelo? ¿Y podrías, por favor, explicarme el motivo?

Bardo volvió a sentarse y habló con seriedad:

—Pero ¿no sabes que la muchacha quiere hacerse monja? ¿Y no sabes que, si llega a vieja, se volverá como su madre? El solo hecho de que quiera hacerse monja demuestra que está ya mal de la cabeza. Además, luego, ¡es tan fea!

—Todo eso son cosas que no te atañen —dijo Pietro, molesto—. Son cosas en las que he de pensar yo. ¿Quiere hacerse monja? Pues yo la meto en la torre, con un reclinatorio y una pila de agua bendita, de la que, si quiere, puede, además, beber; y mejor para todos. El mismo sitio es bueno si le falta un tornillo, como a su madre.

Allá en la sombra, Baldo suspiró, gruñendo. Pietro le oyó, y por despecho, levantó la voz.

—Y desde mañana me pongo al trabajo. Si hay alguien que tenga que protestar, que proteste. Yo, las cosas, las hago sin careta. Deseo también ganarme mi sitio en el mundo; y me lo ganaré. Y si alguien quiere ir con el cuento a nuestra madre, que lo haga. Yo le doy las gracias y le saludo.

Entonces Bardo, también turbado, preguntó tímidamente:

—¿E Isabella?

Pietro contestó, en voz tan baja, que Baldo no pudo percibir sus palabras; pero debía de haber dicho una cosa mayor todavía que las anteriores, porque una carcajada de Bardo llenó de escarnio y de alegría el espacio.

Aquella carcajada fue para Baldo como el serpenteo rojizo del rayo que abre la tempestad. Le pareció que toda la sangre le subía a la cabeza para no volver a bajar; y se sintió capaz de cometer un delito por fanatismo religioso. Para él, sus hermanos se habían convertido en demonios, y para salvarlos del infierno eterno, especialmente a Pietro, era preciso matarlos, ante que cometieran todo el mal que se proponían hacer.

Ahora sus confidencias y sus carcajadas le llegaban confusas, mezcladas con las voces de los otros hermanos que hablaban de política y de intereses mundanos. ¡Oh, qué lejos todos de la verdad y de la luz del bien!

Proyectos delirantes pasaban por su mente alterada: huir de casa, llevarse a Lia con él, esconderse los dos en una isla del Po y vivir de la pesca y de hierbas. Él conocía una de aquellas islas, llena de chopos y de juncos, con la arena de la orilla salpicada de flores parecidas a tulipanes. Crecían en ella, sin que nadie las cultivara, plantas de melones, con frutos de oro, dulces por dentro y frescos, como helados. El agua azul del río se entretenía en sus ensenadas límpidas, como si quisiera descansar de su carrera, fantástica y fatal. En el centro de la isla se podía construir una cabaña, como aquellas de los pescadores de agua dulce, y vivir en ella en santidad. ¿No había empezado San Francisco así?

La voz de la madre le hizo volver en sí.

—Baldino, ¿qué haces ahí, tumbado como un cerdo? Y todavía llevas el vestido bueno. Levántate, sucio. ¿Has bebido?

Sí, había bebido veneno. Y una sensación de rencor, incluso contra su madre; mejor dicho, especialmente contra ella, lo levantó de su humillación. Sí, tenía razón Pietro: la madre sólo se preocupaba de su bienestar material y olvidaba la parte verdadera de su existencia: el alma. Por eso habían llegado a aquel extremo: al borde, todos, del delito.

Se levantó y se sentó, cogiendo el extremo de la falda de su madre. Y como todos los demás se habían retirado y sólo quedaban ellos dos, a la orilla del tranquilo mar de la noche de luna, decidió hablar a la madre para despertar su conciencia. Sólo ella, una vez supiera el peligro, podía salvarlos a todos.

Se aferró más a sus vestidos, como un niño que quiere que le arrastren; y como ella se inclinaba, le cogió además el brazo y la obligó a sentarse en el suelo, a su lado.

—Pero, Baldo, ¿qué tienes? ¿Estás borracho de verdad?

—Ahora se lo digo. Sí; me parece estar borracho, por todas las malas cosas que hoy he visto y he oído. Tenemos que hablar de ello.

—¿Precisamente ahora? ¿No se puede dejar para mañana? Yo estoy cansada.

—Está cansada, lo sé; pero el camino no ha terminado todavía. Por el contrario, se ha hecho más largo, pues lo hemos equivocado. Veamos si lo encontramos de nuevo ahora; y luego descansaremos.

—Baldino, tus palabras no me gustan, especialmente a esta hora. Es como si hablaras en latín, tesoro mío. Explícate mejor y aprisa.

Sentado, rígido, en el suelo, con las piernas dobladas y las manos unidas, como un ídolo de ojos brillantes y de cara inspirada, él entonces dijo:

—Pues bien: hace un año que estamos aquí, y nuestra buena suerte ha empezado ya. El sueño perdido, el sudor derramado, la buena voluntad, todo se ha convertido en excelente semilla. Dentro de pocos años seremos ricos, gracias a usted, que nos sabe guiar y mandar. Seremos ricos y estaremos condenados al infierno. Sí, sí; ahora hablo claramente y dejo las parábolas. Pietro quiere plantar a Isabella y seducir, para luego poderse casar con ella y explotarla, a la pequeña Lia Giannini. Esta es una cosa.

—Pietro lo dice por bromear. Tiene siempre la cabeza llena de fantasías.

—No, madre —dijo él con voz firme—; usted sabe que no lo dice por bromear. Lo que dice lo hace: usted lo sabe.

Ella lo sabía. Recordó. Y un estremecimiento conmovió su alma dura.

—Baldo, ¿a quién ha dicho Pietro esas cosas?

—Hace poco, aquí, a su digno hermano Bardo. Los dos hablaban aquí, como dos diablos salidos del infierno para tomar el fresco; y se reían de mí y de Dios. Bardo, además, usted lo sabe, engaña a una pobre muchacha enferma: la va a ver de noche, la besa, le promete que se casará con ella, y, entre tanto, tiene en la cabeza otras ideas. Sí; quiero decírselo todo. A quien él quiere es a aquella veleidosa Isabella. Y ella está de acuerdo. Y van dos.

La madre, que ya sospechaba algo, experimentó una sensación de descanso, casi de alegría. Así, pues, las cosas se arreglaban solas. Isabella y Bardo, Pietro y Lía... ¿No eran dos buenos matrimonios? Pero le asaltó una duda.

—Vamos, vamos, Baldo, ¿no estarás tú acaso enamorado de Lia Giannini?

Él enrojeció tanto, que su rostro pareció refulgir al claro de luna; pero era enojo, casi furor.

—Nosotros no nos entendemos. —Hizo una mueca—. Usted es vieja y yo soy todavía un niño; y, sin embargo, no nos entendemos. Aquí no se trata de amor, maldita sea; es una cuestión de conciencia.

—Pero si Pietro...

—Pietro, usted misma lo ha afirmado siempre, es la carcoma de nuestra casa; y si le dejamos hacer, roerá la familia y la dejará como una artesa vieja. Pietro quiere atrapar a la pobre Lia, para hacerla reventar y disfrutar luego de su dinero en pecados mortales. Tiene ya intención de encerrarla viva en la torre, allá arriba.

—Esas son bromas de borrachos.

—Y contra los borrachos deben vigilar los que están serenos.

—Está bien; ¿y qué hay que hacer, según tú?

—Ante todo, se debe imponer a Bardo que deje en paz a la desgraciada Maresca. Si quiere a Isabella, que la coja; pero que se vayan a vivir a su casa. Si Isabella pone los pies en la nuestra, sucederán muchas de aquellas porquerías que ni siquiera el agua del río, si se desbordara, sería capaz de lavar. Luego, con Pietro, no hay nada que hacer, directamente; al contrario, es mejor no decirle nada, porque ése se revuelve como un tigre furioso. Pero es preciso advertir a Giannini que vigile a su hija.

Ahora fue la madre quien enrojeció.

—¿Y yo he de hacer ese papel?

—Sí; precisamente usted —afirmó Baldo con fuerza.

Luego, al ver que su madre inclinaba casi hasta el regazo su cabeza, abatida por una humillación sin igual, añadió en voz baja:

—Sí, lo sé. Él nos estima mucho, y sobre todo a usted; e irle a decir: «En nuestra casa hay un sinvergüenza que quiere arruinarle la vida», es como echarse desnudos a sus pies. Y, sin embargo, es preciso hacerlo. Por otra parte —reanudó, al cabo de un silencio—, ¿no viene también él aquí a contarle sus quebraderos de cabeza y sus debilidades? En el mundo todos somos iguales; y Jesús dijo que había que humillarse para ser ensalzado.

Ella intentó rebelarse.

—¡Oh, hazme el santísimo favor de dejar tus sentencias!

Pero él le puso un dedo sobre el brazo.

—También usted. También usted está contra Dios. Bien va...

Luego se levantó, tieso, alto. Contra la luz, y sobre el fondo claro de la era, le pareció a su madre más alto que la casa, rodeado de resplandor, bello, fuerte como un joven apóstol.

Entonces, de improviso, ella sintió el orgullo y la felicidad de ser su madre. Tan niño todavía, él tenía ya la sabiduría y el espíritu sano de un viejo cargado de años y de experiencia. Ni siquiera el tío Dionisio, con su cruz de dolor a la espalda, juzgaba a los hombres y las cosas como él. Annalena sintió deseos de arrodillarse a sus pies, de confesarle su pena y sus escrúpulos, de decirle que tal vez la mujer de Urbano Giannini no se habría vuelto del todo loca si ella no hubiese considerado y acogido al casero no como a tal, sino como a un posible amante al que explotar en todas los sentidos. Su dignidad de madre, sin embargo, venció una vez más sobre cualquier otro sentimiento.

Ella no debía rebajarse a los ojos de Baldo, por respeto propio; y, por otra parte, Dios veía su conciencia, su firme voluntad de levantarse y purificarse con su mismo arrepentimiento.

Como empujada por estas ideas, se levantó, se plantó delante de su hijo y pareció medirse con él. Dijo sólo estas palabras:

—Mañana hablaré con el dueño.

Pero su acento era tal, que Baldo recordó el momento de la Elevación, en la iglesia blanca de incienso, cuando sólo la voz del órgano habla como si fuera la voz de Dios. Y la era cubierta de maíz, la torre desconchada, la figura descalza de la madre, todo le pareció bello y grandioso, porque la luz de la salvación lo iluminaba.



Ni el lunes ni el martes se dejó ver Urbano. Por aquel tiempo estaba muy ocupado en la compra de la zahína. Annalena, por tanto, excusó su ausencia; y es más, con gusto, a pesar de su primer impulso de buena voluntad, hubiera aplazado para un día lejano la triste conversación que había de tener con él.

El miércoles, Baldo fue, por propia iniciativa, sin decírselo a nadie, en busca del dueño; pero regresó defraudado: Giannini no estaba en casa, ni en la fábrica de escobas. También Lia, según le había dicho la criada, se había ido a casa de los abuelos.

La vida, en la casa de los Bilsini, había, por otra parte, recuperado su acostumbrado aspecto. A pesar de sus palabras del domingo por la noche, Pietro se levantaba temprano y trabajaba con los demás. Durante los primeros dos días habló siempre él, contando sus vicisitudes militares y sus aventuras galantes, así como de su capitán, del cual daba a entender que había casi seducido a la novia. Al tercer día se calló, fastidiado por la idea, según decía en confianza a Bardo, de tener que ir a ver a Isabella. Fue, en efecto, el miércoles; y regresó muy tarde, porque los Mantovani le habían invitado a comer.

Y a la mañana siguiente insistía, exagerando la parquedad de la comida ofrecida por la vieja avara:

—En cambio, me ha contado las aventuras de su primer matrimonio. Dice que su primer marido, del que no tuvo hijos, la encerraba en casa, de celoso que era. La encerraba en la cocina y luego clavaba todas las puertas de las habitaciones contiguas. Una vez la dejó encerrada durante cuatro días, de manera que al último, ya sin provisiones, tuvo que comer sólo un poco de polenta fría. Se ve que, desde aquella vez, se ha acostumbrado. A fuerza de hambre, luego, ha sido ella la que ha enviado al otro mundo al primero y al segundo marido —reanudó, pero con un acento extrañamente serio—; y tal vez me suceda a mí lo mismo.

—Pero tú no te casas con ella.

—Ella, o la hija o la muerte, es lo mismo —afirmó, y se ensombreció, como si estuviera realmente preocupado por el tétrico y parco porvenir que le esperaba, y ni siquiera las bromas de los hermanos sirvieron para animarle.

Habían empezado a vendimiar la uva negra; y también por esto esperaban a Giannini, que tenía que comprarla por su cuenta; pero tampoco el jueves se dejó ver.

El viernes por la mañana, Osea fue al mercado; y con el dinero obtenido por la venta de la uva blanca y del maíz, y con otros ahorros de la madre, compró una vaca.

Fue una fiesta casi religiosa para toda la familia. La gran bestia plácida, que parecía salida de un baño de café con leche y toda lustrosa como untada con mantequilla, fue acogida como un ídolo, como la primera señal tangible de los nuevos destinos de la familia. El trabajo y el sudor de los cinco hermanos, el insomnio y los sacrificios de la madre, la obediencia de los hijos... todo estaba concretado en aquella vaca tranquila. Y ella atravesó la era, como si se complaciera de su importancia, balanceando como campanas de promesa sus largas ubres ya llenas y mirando alrededor con sus grandes ojos, que parecían húmedos de lágrimas de consuelo.

El tío Dionisio lloró en realidad, recordando el rico establo de los abuelos, en el que las bestias bovinas, en armoniosa teoría, desde el toro semental hasta los lechales, pequeños como perros, se extendían, parecidos a una cordillera de nubes claras de las que llovía dinero.

También el perro hizo un alegre recibimiento a la nueva huésped; y los bueyes de tiro mugieron al verla entrar en el establo.

Y cuando, al atardecer, la ordeñaron los niños, inclinados para mirar entre sus patas, la abuela, que tenía en la mano la vasija brillante de leche, el viejo barbudo, que contemplaba la vaca con ojos de enamorado, formaban un cuadro que hubiera enamorado a un pintor de cosas sencillas.

Baldo llevó la leche a la quesería; y cuando entregó el dinero a la madre, se alegró al ver que ella se persignaba.

El acontecimiento había disipado la preocupación de los dos; y la conversación del domingo por la noche adquiría ya un matiz de sueño, cuando llegó Pinòn.

Tal vez él había sabido lo de la compra de la vaca y venía a participar en la fiesta; pero su rostro parecía insólitamente triste, doliente casi. Apenas lo vio, Annalena sintió como si una serpiente venenosa corriera por su corazón.

Antes, incluso, de saludar, Pinòn tendió la mano derecha; con la yema del pulgar rozó, empezando por el meñique, las uñas de los otros dedos; luego abrió e hizo volar la mano y dijo en voz baja.

—La hija de Urbano Giannini ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Pero ¿qué quieres decir? ¿Que ha desaparecido?

Todos se habían agolpado a su alrededor; y mientras la cara de Annalena perdía color, la de Baldo se encendía más. El mendigo se encogía de hombros, como si se quisiera librar de un peso. Entonces Pietro, amenazador, en serio, casi convencido de que Pinòn sabía al dedillo lo que había pasado y no quería contarlo, le puso el puño bajo la barbilla.

—¿Cómo ha desaparecido?

—¡Y yo qué sé! Ha desaparecido: no está en su casa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo decían las mujeres que vendimiaban la viña de los Gelmini.

Sin retirar el puño, Pietro insistió:

—¿Qué más decían? Habla.

Atemorizado, Pinòn hablaba ahora como si el hecho le atañera personalmente:

—Decían que el miércoles pasado la niña había ido a casa de los abuelos y no había vuelto a la suya: el miércoles por la tarde —precisó; y de repente pareció desafiar la mirada metálica de Pietro—. El padre la busca desesperado; la policía y los carabineros están rondando.

El miércoles por la tarde. Annalena y Baldo se miraron; y un relámpago de reproche cruzó por los ojos del hijo. Su pensamiento le aterrorizaba: que Pietro hubiera realizado su infernal proyecto. Su misma actitud con Pinòn alentaba violentamente la sospecha.

—Déjale —dijo la madre, con dureza—. ¿Qué sabe él?

Y Pietro dejó caer pesadamente el brazo. Luego dijo:

—¿Y a mí qué me importa, después de todo?

—Ya; a ti no te importa nada de nada. Que se hunda el mundo, con tal de que se salve tu corpachón.

Era Baldo quien hablaba, y sus palabras tenían un sabor amargo, que casi se percibía; tanto, que Pietro se revolvió:

—¿La tienes tomada conmigo, tú? ¿Porque tu santurrona, posiblemente, se ha escapado con un patán? ¡Vete al infierno!

Pietro levantaba la voz y decía palabrotas que infectaban el aire, ya embebido de dolor; y quién sabe dónde hubieran ido a parar si en el hueco de

la puerta, en el fondo de la era, como llamado por las voces de sus arrendatarios, no hubiese aparecido Giannini.

Un grave silencio acompañó su llegada. Venía con la cabeza baja y llevaba el bastón por delante, como hacen los ciegos. Annalena salió a su encuentro. Él levantó la cabeza, y la miró como si no la conociera. Luego, se quitó el sombrero, en señal de saludo; y, al llegar al zaguán, se dejó caer en la silla baja utilizada por Annalena.

Parecía cansado, cansado de un largo viaje a pie. Sus zapatos y sus ropas estaban llenos de polvo y, a trechos, rotos. Florecillas y espinas adornaban el borde de sus pantalones; y hasta entre sus cabellos se veían pajitas de heno. En fin, parecía que hiciese la competencia a Pinòn; tanto, que Bardo, a pesar de la turbación de los demás, apretó los labios para frenar su pérfida sonrisa.

Pero el hombre debió de darse cuenta, porque fue precisamente hacia él hacia quien levantó su cara, severa y casi siniestra.

—Así es —exclamó, metiéndose el sombrero en la rodilla, y como en la rodilla no quería estar, lo colocó en lo alto del bastón y empezó a hacerlo rodar con mano nerviosa. Aquel movimiento dio una sensación de angustia a Annalena: le parecía ver la cabeza del desgraciado, a la que la locura hacía girar. Levemente, casi furtiva, quitó el sombrero del bastón; y, después de haberlo colgado en el perchero, se sentó junto al hombre. Y como este callaba y nadie se atrevía a preguntarle noticias, dijo, con tristeza:

—Acabamos de saber la desgracia. ¿Y qué?

Él se puso el bastón sobre las rodillas; luego abrió las manos con un gesto casi de resignación.

—Nada. No se sabe nada. El miércoles fue a casa de los abuelos, pasando por el sendero de los Gelsi. Luego, a través del campo de los Gelmini. Al regreso, siguió el mismo camino. La vieron tomar el sendero; y nadie, desde ese momento, sabe nada de ella.

Se adelantó Baldo, con la cara todavía ardiendo; y tirando arriba y abajo el pañuelo blanco que llevaba al cuello, preguntó, con acento inquisidor:

—¿A qué hora fue?

El hombre le miró de abajo arriba, fijamente, convergiendo los ojos como hacen los pájaros de presa cuando ven un ser desconocido; luego se animó, como si le pareciera haber encontrado, finalmente, quien pudiese y quisiera ayudarle a encontrar a Lía.

—Ha sido por la tarde, entre las cinco y las siete. ¿Por qué? —gritó estremeciéndose. Había visto que Baldo se mordía el labio inferior—. ¿Sabes tú algo, muchacho?

La madre tuvo un momento de terror; pero Baldo contestó de manera evasiva.

—Yo no sé nada. Pienso, sin embargo, que nuestro párroco podría...

—¡Ya sería extraño que no saliera el señor párroco! —exclamó Pietro, burlón; y Bardo se rió, despacio, pero con una nota irónica que vibró como el zumbido de una cuerda estridente.

Sin, hacerles caso, Baldo proseguía:

—Podría hablar al pueblo, desde el púlpito, y pedir el testimonio y la ayuda de todos. ¿Cree usted que nadie sabe nada? Sí sabe; y tocándole la conciencia, se les podría hacer hablar.

El hombre se había vuelto a sentar, con las manos agarradas al bastón y la cabeza gacha. Annalena observó que los cabellos se le habían vuelto blancos.

—Yo creo que está muerta —dijo él, extrañamente resignado, de nuevo—. Ha ido al río y se ha tirado. Sólo el río podría hablar. Annalena, a pesar de todo, dijo con voz firme:

—Tú desvarías, Urbano. Lia es demasiado religiosa para hacer una cosa así. Ya verás como no es eso. Lia está viva y pronto la volveremos a ver sana y salva.

Él, sin embargo, ya no escuchaba consejos ni consuelos; comenzó a agitar la cabeza rozando el puño de su bastón; y habló de nuevo, como para sí, recordando:

—¡Qué noche la del miércoles! Al ver que no regresaba la niña, corrí a casa de mis suegros; y ya os podéis figurar la escena que se produjo. Llantos, gritos, suposiciones; luego, improperios contra mí, que he arruinado a su única hija y he dejado que la niña se perdiera como una pequeña mendiga raptada por los gitanos. Luego los viejos quisieron ir conmigo a buscarla; y todos sus labradores, y los de los vecinos, y las mujeres, y los niños, y los perros, se desparramaron en su busca. Por todas partes se oía silbar y gritar, llamando a la pobrecilla, como si ella se hubiese escondido por broma y no quisiera contestar. Fue tal mi dolor, después de horas y horas de búsqueda, que me fui sin ni siquiera saludar a nadie. Corro a avisar a los carabineros, sigo hasta el río y encargo a los pescadores y a los barqueros que exploren las aguas. ¡Nada! ¡Nada! Y así al día siguiente; y así hasta esta mañana. No he pegado un ojo, y no vuelvo a casa, por miedo. Para mí, todo el mundo es como un brasero; y, en donde pongo los pies, me quemo. Pero ¿por qué el Señor la ha tomado conmigo? ¡Maldita sea!...

Arrojó al suelo el bastón, y de la boca le salieron blasfemias inauditas. Luego se levantó, dio una patada en el suelo, como si el pavimento quemara

de verdad, y se empinó para coger el sombrero y marcharse.

Caminar, caminar. Le parecía que su destino era ya caminar sin paz, sin meta, como el judío errante, perseguido por la maldición de Dios.

Annalena le cogió una mano para retenerle, para consolarle.

—Acuérdate, Urbano, de cómo hablabas antes. ¿Se ha ido, pues, toda tu sabiduría?

Pero él la miró desde arriba, lejano, extraño; y ella sintió que su mano se le escurría entre los dedos, como la de un muerto.



Y una sombra de muerte gravitó, desde aquel momento, sobre la casa de los Bilsini.

Annalena y Baldo se consultaron en secreto. El joven opinó que no se debía aún decir nada a Pietro ni a los demás.

—Sería mejor interrogarle y llegar a saber en dónde ha escondido a Lia.

La madre, sin embargo, en el fondo, esperaba y temía que Pietro fuera extraño a la aventura; y no quería que los demás compartieran su sospecha, incluso porque el presunto culpable, orgulloso y susceptible, podía reaccionar y vengarse; pero algo había que hacer. Entonces decidieron hablar a solas con el tío Dionisio y pedirle consejo.

El tío no estaba muy bien aquellos días, o, mejor dicho, estaba preocupado por el miedo de un nuevo ataque, que podía inmovilizarle completamente. Recordaba al bisabuelo Luigion, el que se hacía comprar a escondidas el vino por la gitana; y se preguntaba si, después de todo, considerando que su destino era este, no valía la pena concederse también él consuelo con un buen vaso de vino lambrusco, y tal vez con dos.

Más que creyente, se sentía filósofo; y, como tal, ya no temía al infierno, procuraba convencerse de que si la vida tenía un fin, era preciso pasarla lo mejor posible, siempre y cuando no se hiciera daño a nadie.

El vino, por otra parte, no tenía necesidad de procurárselo a escondidas. Todos, incluyendo a los niños, se lo ofrecían; y él luchaba, contra sí mismo y contra los demás, para privarse de la bebida.

Con este pensamiento, se iba a pasear por los campos, con su bastón y el peso muerto de su carne; observaba el trabajo de los sobrinos y vivía con su vida. El perro y los niños le acompañaban, invariablemente. Hablaba un lenguaje adecuado a ellos, y contestaba a tono sus observaciones; por esto no podían prescindir unos de otros.

Los niños, por ser los más próximos a la tierra, encontraban continuamente alguna cosa que recoger o estudiar. Todo era bueno para su curiosidad y su admiración; y también para sus frecuentes peleas, pronto interrumpidas o aplacadas por el bastón del viejo.

El perro, con sus ojos humanos, siempre atentos a escrutar la cara de sus dueños, tomaba parte activa en sus conversaciones y movimientos: ladraba si los niños se peleaban; corría hacia adelante y luego hacia atrás, con sus largos pelos alborotados, si el grupo avanzaba alegre y de acuerdo. Si los niños se aferraban a él, se tendía para someterse mejor; e intentaba abrazar al viejo, echándosele encima todo caliente y tembloroso, si este le acariciaba con el bastón.

Aquel día, mientras en el zaguán de la casa se desarrollaba la turbulenta escena entre el mendigo y los jóvenes hermanos Bilsini, tío Dionisio estaba precisamente en el campo de alfalfa, mientras Osea probaba un arado nuevo, con ruedas, que habían comprado a plazos.

Así, los becerros y los bueyes se cansaban menos; y también él, Osea, que se hacía transportar sobre el carrito para forzar mejor el arado, cuyo chirrido le divertía, como si fuera una música nueva.

El viejo, teniendo a raya a los niños, que querían montar también en el carrito, no aprobaba ni desaprobaba el nuevo método. Solía acoger con hostilidad las innovaciones; y cuando se hablaba de máquinas eléctricas, decía que eran obra del demonio para arrebatarse al hombre su mayor bien sobre la tierra: el trabajo. Y, además, la tierra debía ser fecundada por el sudor del hombre y de las bestias; si no, sus frutos no tienen sabor. A pesar de todo, al ver el nuevo artefacto, se quedaba perplejo. En realidad, las bestias se cansaban menos y el trabajo avanzaba con rapidez; la tierra se abría más suelta que bajo el arado ordinario, casi con blanda obediencia, como si fuera el agua surcada por el remo; y el olor de las raíces daba la impresión de que el surco era de gran profundidad.

Al llegar al extremo del campo, Osea detenía el carrito, para dar tiempo a las bestias a recobrar el aliento; y ellas mordiscaban algunas hojas, jadeando como si bebieran. Entonces él saltaba a tierra y se doblaba para ver y tocar todas las piezas del artefacto, como un niño con su juguete nuevo.

Al principio fue Gina quien, con el rostro morado, afanosa, pero más por la novedad del acontecimiento que por el dolor que le producía, fue a dar corriendo la misteriosa noticia.

—La Lia de Giannini ha desaparecido, desde el miércoles. Fue a casa de los abuelos y no ha vuelto. Ha desaparecido en el sendero de los Gelsi. La han

raptado, sin duda. Y los suegros querían matar a Giannini. Él está como loco. Ha ido hasta el fondo del Po para buscarla. La han hecho desaparecer en el río... y...

Los niños se apretujaron alrededor del viejo, mirando a la madre con ojos asustados, porque ellos dos pensaban que había sido el ogro quien había robado a la niña.

Osea, muy contento, con su arado, se echó a reír por las frases enredadas de la mujer; y hasta el tío Dionisio observó, con calma:

—Pero ¿qué dices? ¿Nos estás contando un cuento?

—¡Sí, sí! ¡Cuento! —dijo ella ofendida; y volvió a contar mejor el suceso. El viejo insistió:

—Es curioso que no hayamos sabido nada hasta hoy; —pero Osea replicó que nadie de ellos, fuera de Pietro, había estado en el pueblo; y Pietro no solía interesarse por las cosas de los demás, aunque atañeran al dueño.

—La muchacha se habrá escapado con algún petimetre —dijo luego, saltando de nuevo sobre el carrito del arado.

Y el viejo suspiró:

—Así son las muchachas de hoy día. De todas maneras, todo eso me parece muy extraño.

Más tarde, al volver a casa, observó en la cara de Annalena, desacostumbradamente pálida, una preocupación evidente. Al darse cuenta de que él la miraba con curiosidad, y como los jóvenes se habían ido otra vez al campo, donde también Gina y los niños se entretenían, ella no dudó en hablar. Cerró la puerta del fondo del zaguán, dejando fuera al perro para que ni siquiera él la oyera. Luego, volvió a sentarse en la silla que había ocupado Giannini; y le pareció que representaba su papel, como un actor que siente hasta lo más íntimo el dolor del protagonista que interpreta.

—La hija del dueño ha desaparecido, ¿se lo han dicho ya? El miércoles por la tarde fue a casa de los abuelos, pasando por el sendero de los Gelsi, y luego, por los campos de los Gelmini. Al regreso siguió igual camino; la vieron tomar el sendero. Desde aquel momento, nadie ha sabido nada de Lia.

Y corrió el viejo, sentado delante de ella, la escuchaba insatisfecho, Annalena hizo un gesto con la mano, como para decirle: «Espere y verán».

—Esto sucedió entre las cinco y las seis; acuérdesse bien de esta hora. Giannini, al ver que no regresaba, corrió a casa de sus suegros, que primero lloraron y gritaron, y luego se revolvieron contra él, como serpientes, echándole en cara que había arruinado a la familia. Después, todos fueron a los campos a buscar a la muchacha: soltaron los perros y exploraron las

acequias y los setos. Nada. El desgraciado avisó a los carabineros, hizo buscar en el río. Nada, nada. Y hace tres noches y tres días que dura este martirio; y continuará todavía si a alguien, que tal vez sabe dónde está la muchacha, no se le despierta la conciencia y el temor de Dios.

El viejo comprendió inmediatamente, más que por las palabras por el acento trágico y afligido de Annalena, que este «alguien» era de la familia. Como golpeado en la espalda por una mano que le avisara y le hiciese daño, bajó la cabeza y preguntó:

—¿Quién es?

—Escuche, tío. Yo he dicho «tal vez», porque, cuando se trata de la conciencia, hay que tener en cuenta, ante todo, la de uno. Así, pues, vayamos despacio. El domingo por la noche, Baldo, mientras nosotros estábamos en la cocina, charlaba con Bardo y Pietro en la era. De repente, al lamentarse Pietro de tener que volver a trabajar como un forzado, Baldo le reprendió; y el otro empezó a hablar mal y a blasfemar de tal manera, que el pequeño se alejó; pero, desde donde estaba, siguió oyendo a Pietro jurar y decir que no quería casarse con Isabella, porque no le gusta, porque la vieja Mantovani es avara y le obligaría a trabajar también como un criado, mientras que él quiere disfrutar de la juventud y de la vida. Y terminó diciendo que tenía un proyecto: hacer la corte a Lia Giannini, seducirla o esconderla en algún sitio, para obligar al padre a que le dejara casarse con ella. Y todo esto por interés, para llevar una vida conforme a los gustos suyos, que nosotros conocemos. Ahora bien: lo más grave es que el miércoles, por la tarde, entre las cinco y las seis, cuando Lia desapareció, Pietro estaba allí. ¿No le parece extraño todo esto?

—Es extraño, sí.

Las palabras del viejo fueron ásperas, duras. Con la mano sana se oprimió la barba, estirándosela, como uno que en el momento de peligro se agarra a un sostén. Sus cejas blancas parecieron encrespase; y una expresión de desfallecimiento alteró su rostro. Luego, de repente, se serenó y se irguió: el instinto le decía que Pietro, su sobrino; Pietro, al que él había llevado de la mano, cuando niño, a la iglesia y por los campos contemplados por Dios, no podía haber cometido la fechoría de que se le acusaba.

—Pietro no es malo en el fondo; es pendenciero, es turbulento, y no parece de nuestra raza, como si llevara en las venas sangre de gitanos; pero no es malo. Habla más que hace. No es él quien ha hecho desaparecer a Lia.

Su acento, casi inspirado, animó momentáneamente a la madre, ya que también ella confiaba en la inocencia de Pietro. Sin embargo, las palabras del

viejo «habla más que hace», rebotaron en su cabeza como rechazadas por un recuerdo fijo y siniestro: el recuerdo de Gina alterada, aquel día de invierno, después del asalto bestial de su hijo. ¡Ya lo creo que hacía!

—También yo espero que sea así —dijo, con una voz pálida y triste, que contrastaba con la de poco antes—; pero las circunstancias le acusan. Y yo estoy aquí, no para intentar perjudicarle sino para ayudarle. Aconséjeme usted.

El viejo se oprimía la barba. Incluyó de nuevo la cabeza, ceñudo, y luego preguntó:

—¿Estás segura de que la muchacha no tenía ningún amante?

—No, no. Usted la ha visto: es casi todavía una niña, fea, religiosa hasta la manía. Además, quiere a su padre como nadie. ¿Cree usted que lo hubiera dejado así, de esta manera, precisamente ahora que la desgracia de la mujer le oprime tanto? Tendría que estar loca también ella.

—¡Ah, eso no se sabe! Los hijos de locos pueden volverse también locos.

Y los dos parecieron aferrarse a esta siniestra probabilidad que si no salvaba a Lia y al padre, salvaba por lo menos a la familia Bilsini.

La mujer fue la primera en resbalar por la oscura ladera de la sospecha.

—No; no, querido tío. Se han hecho demasiadas investigaciones para que la muchacha, si se hubiese escapado en un momento de locura, no hubiese aparecido ya. Aunque se hubiese arrojado al río a estas horas el cadáver se habría encontrado. El muchacho Trolli, que se ahogó hace unos días, a las veinticuatro horas apareció flotando.

—¡Tantas investigaciones! ¿Estás segura de que las han hecho? Por lo pronto, Giannini ha venido solamente hoy; y nosotros todavía no sabíamos nada.

—Es verdad —exclamó ella impresionada.

E instintivamente miró fuera, hacia arriba, hacia la torre sobre la cual las palomas revoloteaban, blancas y negras, como grandes golondrinas. Allá arriba había una habitación con viejos aperos, dejados desde el tiempo de los antiguos dueños; y en ella podía perfectamente esconderse a alguien. Pero en seguida hizo una mueca de burla a sí misma. Aquello eran fantasías propias de Baldo.

—Cuando se piensa mal, todo parece posible —suspiró—. Baldo, por ejemplo, cree que Lia está escondida en la Isla, donde Pietro ha preparado una cabaña y le lleva la comida. Sin embargo, desde el miércoles, él no ha vuelto a salir de casa, si no ha sido para ir a trabajar al campo.

El viejo seguía con profunda atención cada palabra, cada expresión del rostro de Annalena. Una vez más inclinó la cabeza, cuya calva rosada, rodeada por los rayos de sus escasos cabellos plateados, brillaba al reflejo del crepúsculo como la de un profeta inspirado; y apoyó la barbilla en el bastón.

El tío Dionisio se inclinaba sobre su conciencia, como sobre un pozo del que, a toda costa, era preciso ver el fondo; y cuando le pareció haberlo visto, se incorporó y dijo:

—Hablaré yo con Pietro esta noche. Dejados solos; y, desde ahora, que nadie aluda al suceso.

Ella se levantó y se fue a la cocina, a encender fuego. Él, en cambio, se quedó allí, inmóvil, con la cara vuelta hacia el crepúsculo, como un viejo faquir en contemplación. Y, en realidad, él miraba un espacio misterioso, más allá del horizonte, sobre el muro de la era, donde, contra un cielo violeta, el sol, acompañado y seguido por nubecillas parecidas a plumas de oro y de carmín, parecía un fabuloso pájaro de fuego que volara más allá del universo.

Y tenía la impresión de que alguna parte de él, una pluma de su alma, se había separado y acompañaba aquel crepúsculo, que le parecía el último de su vida. Oyó volver a los niños y a Gina, y a ésta ponerse a preparar la polenta; oyó entrar a los jóvenes. Y, al oscurecerse el cielo, vio a Giovanni regresar, en bicicleta, de un viaje de negocios.

También el joven traía noticias y los comentarios que se hacían en todos los pueblos de los alrededores. Gina y Bardo contestaban, y también Osea, mientras que Annalena, Baldo y Pietro, como de común acuerdo, no abrían la boca.

Cuando le llamaron para la cena, el viejo pareció despertarse de un leve sueño. Comió su polenta; y cuando Giovanni, como de costumbre, le ofreció de beber, hizo un signo de aceptación. Luego, sacudió la cabeza, se acercó a la botella de agua y miró a través de ella, con los ojos un tanto vidriosos, pareciéndole ver a los sobrinos, muy a lo lejos, como en la otra orilla de un ancho río.

La duda de que Pietro hubiese cometido el delito y que, sin embargo, se sentara tranquilamente a la mesa familiar, como Judas entre los Apóstoles, más que cólera y miedo le producía un asombro angustioso. Así, pues, en la vida todo era posible; así, pues, hasta los otros sobrinos, de los cuales él creía ver el alma como veía su presencia, el propio Giovanni, la propia Annalena, podían ser culpables de alguna fechoría. Y le parecía que la tierra le faltaba bajo los pies, igual que al árbol secular, en la ladera del monte, cuando la tierra se abre bajo sus raíces.

Hasta su filosofía le faltaba, con la estabilidad de su creencia ciega en el bien. Sí; todo pasa. Llegará un día en que todo será olvidado; pero si no llevamos allí, al espacio donde nos desharemos, un átomo de esta creencia en el bien, tal vez, al volver a ser átomos nosotros, seguiremos sufriendo; mientras que, en el caso contrario, todo será alegría para nosotros, mejor dicho, seremos nosotros mismos la alegría.

Él pensaba en estas cosas a su manera, y volvía a esperar que Pietro no fuera culpable.

Después de cenar, se puso a hacer, con las cartas, un complicado solitario, preguntándole la solución del problema. El juego contestó que Pietro era inocente; y él se alegró, con ingenuidad.

Cuando levantó los ojos de las cartas, colocadas sobre la mesa como un parterre de jardín florido, vio que en la cocina quedaba solamente Pietro, que leía un periódico.

No se había dado cuenta de cómo había maniobrado Annalena para hacer desaparecer a los demás, y no supo explicárselo; pero experimentó una impresión extraña; le pareció que se había adormilado en la silla, en el zaguán, ante el crepúsculo, que dormía aún y que soñaba.

Con una voz sin sonido, precisamente como en los sueños, llamó:

—¡Pietro!

El joven levantó la cabeza: era el mismo, el moreno, el guapo, el pequeño Pietrino que, llevado de la mano del tío, caminando y tropezando por los senderos de los campos, se empinaba para preguntar la explicación de una cosa difícil.

También ahora era una cosa difícil la que había que explicar; y el viejo dudaba. Finalmente, preguntó:

—¿Dónde han ido los otros?

También Pietro miró a su alrededor, un tanto soñoliento.

—¡Bah! Han desaparecido todos.

—Desaparecido —repitió el viejo.

Y esta palabra pareció recordarle un mundo lejano. Se levantó lo más que podía, apoyándose bien en el respaldo de la silla; y con un movimiento instintivo, se esparció la barba por el pecho, como para parecer más imponente, con una majestad primitiva de Dios Juez.

Pero Pietro no se dio cuenta. Se había puesto a leer de nuevo. Leía un suceso dramático que le atraía como una novela; y volvió a levantar los ojos, un tanto impaciente, cuando se oyó llamar de nuevo.

—Pietro, ¿has oído el asunto de la hija de nuestro dueño?

Las dos últimas palabras, que siempre le parecían hostiles, acabaron de herirlo.

—Un cuerno de dueño. Los dueños aquí somos nosotros.

—Esto no importa. Yo quería solamente preguntarte qué piensas tú de la desaparición de la niña.

—Ante todo, no es una niña, porque tiene diecisiete años; y luego, ¿qué quiere que piense? ¿Qué sé yo de todo eso?

—En una palabra: ¿tú te desentendes completamente?

La voz del viejo se había hecho aguda. Pietro se sintió pinchado por ella; sus ojos se encendieron y miraron fijamente al tío Dionisio. Y confusamente debió de encontrar en su aspecto una apariencia solemne, porque frunció la frente ante la visión improvisa de un peligro misterioso.

Dejó el periódico sobre la mesa y se cuadró, recordando a sus recientes superiores militares.

—¿Por qué me hace esas preguntas?

«¿Y por qué nos han dejado solos?», añadió para sí, con el presentimiento de una conjura por parte de la madre y de los hermanos.

—Eres tú quien debe contestar a mis preguntas, Pietro. La explicación vendrá después.

—Yo no quiero responder, hasta que haya sabido de qué se trata.

—Entonces, escúchame: ésta es la pura verdad. Alguien ha venido a decirme que tú, tal vez, sabes dónde está escondida la muchacha; y yo, en conciencia, te pregunto qué hay de cierto en esa sospecha.

Pietro parecía que no entendiera bien; y quedó suspendido, entre la curiosidad, el enojo y la alegría.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¿Ya empezamos? Esto no importa, o importará a su debido tiempo. Tú, por lo pronto, tienes que contestar a mi pregunta.

—Y yo no quiero contestar, mientras usted no me diga por qué razón yo debo saber dónde se ha escondido esa mona.

El viejo se alteró, levantó el bastón amenazando; y luego lo depositó en la mesa, sobre las cartas.

—Esto es un juego de palabras, Pietro. Basta. Entonces te diré claramente de qué se trata. Se trata de que se sospecha que tú has raptado y escondido a la muchacha para obligar al padre a que te deje casarte con ella.

—¡Eso lo habrá dicho aquel imbécil, sinvergüenza, santurrón, hijo de mala madre de mi hermano Baldo! —gritó Pietro.

Y se rio, pero con una risa rechinante, que dejaba al descubierto sus dientes, feroces como los de un lobo. Y tío Dionisio tuvo, de golpe, la convicción de su culpa.

Una tristeza infinita le rodeó, con el frío terror de un agua invasora en la que uno debe ahogarse.

—¡Pietro, Pietro! —dijo, entre la amenaza y el reproche—. Este asunto, tan sucio, no es de risa. Si es verdad, siempre hay tiempo para poner remedio; si no es verdad, tu risa es como la de Satanás, que se complace en el dolor ajeno.

Pietro se puso serio, mejor dicho, ceñudo y sombrío. Pensaba con rencor mortal en aquel espía de Baldo, y en la manera de vengarse de él. Y debían de estar por en medio también la madre y toda su honrada familia, que lo tenía entre ceja y ceja y lo perseguía, sospechaba de él, le ponía siempre bastones entre las ruedas para impedirle avanzar y hacer sus cosas. Transcurrió un momento. Sintió que se le hinchaban las venas de las sienes. Se levantó, también él, frente al viejo, con una cara de malhechor, amenazadora y sangrienta.

—¿Qué pretende dar a entender: poner remedio si es verdad?

—Pretendo decir que hay que ir inmediatamente a casa del desgraciado Giannini, confesar la fechoría, pedirle perdón y, sacándole de su mortal angustia, ponerse humildemente en sus manos.

—¡Qué bonito, qué bonito! ¿Y si, admitiendo que yo fuera el culpable, Giannini, en lugar de acogerme con los brazos abiertos, me pega un tiro o me denuncia a los carabineros?

—No lo hará. Está demasiado angustiado para hacerlo; y si lo hiciera, sería un justo castigo para ti.

—Muchas gracias —sonrió Pietro.

Y pareció reflexionar. Luego se rio de nuevo, con su risa de verdugo:

—Yo nunca iré a casa de Giannini a representar ese papel. Si también él me cree culpable, que venga a verme.

—Sin embargo, tú todavía no has dicho si lo eres o no.

—Este es un asunto que me atañe solamente a mí.

—Pietro —dijo entonces el viejo, alterándose de repente, como una figura fantástica que está a punto de deshacerse—; tú crees que juegas conmigo como el gato con el ratón. Y te equivocas, porque en este caso el ratón eres tú y estás en la trampa. Es inútil que me siga dirigiendo a ti como un hombre honrado, porque tú, hablando como hablas, te pones fuera de toda ley. Y entonces te digo que si continuas así, burlándote de la pena de los demás, no

poniendo en claro las cosas y afirmando y desmintiendo que eres culpable, para acabar de una vez yo mismo, mañana por la mañana, te denunciaré a los carabineros.

Pietro le miraba fijamente, ya con expresión salvaje, ya sonriendo con ironía, y le parecía que ellos dos estaban representando una comedia y, que detrás de las puertas, los hermanos y la madre escuchaban como espectadores, o también como actores entre cajas.

Cuando tío Dionisio le hubo anunciado su última decisión, se levantó, dando un puntapié a la silla, que cayó con ruido.

—Pues bien —dijo con rabia y crueldad—, ya estará usted contento. Soy yo quien ha hecho desaparecer a la muchacha; y haré con ella lo que me dé la gana...

Luego fue a coger su gorra, se la encasquetó bien, como cuando soplaba el viento, y salió de la casa.



La madre, arriba, sentada en el escalón, debajo de la ventana de su habitación, le oyó atravesar la era, entornar el portal y marcharse por la noche clara de luna y de estrellas. ¿Qué había sucedido abajo? El tío Dionisio no se movía; y el corazón de Annalena empezó a latir con fuerza, como si abajo hubiera sucedido una tragedia o como cuando, precisamente en las noches de viento, ella creía oír que los árboles se rompían y que los ladrones intentaban asaltar la casa y arruinar a la familia.

Despacio, descalza, abrió la puerta, atravesó las habitaciones donde los otros dormían ya; y se asomó a la escalera, donde, en la oscuridad, se respiraba aire de abismo.

Un leve resplandor que, de repente, resbaló desde el zaguán a los primeros escalones del fondo, la tranquilizó. El tío Dionisio se iba a la cama. Su figura, toda dorada por la luz que llevaba en la mano, junto con el bastón, apareció abajo, acompañada por su gran sombra sobre la pared, como la de un ermitaño al fondo de una gruta. Con asombro, Annalena, que salió a su encuentro para ayudarle, vio que él subía solo, lentamente, sí, escalón por escalón, pero sin necesidad de apoyo. Sus ojos, sin embargo, eran extraños, y la miraban sin reconocerla.

A un gesto interrogativo de Annalena, pareció despertarse sobresaltado, como un sonámbulo: recordó, se detuvo. Señaló con la luz la habitación donde dormía Giovanni; luego se puso el mango del candelabro a través de la boca, de manera que la llamita brilló sobre su frente.

Callar. Aquél no era momento de hablar. Además, la noche trae consejo y la aurora disipa las sombras.

Annalena volvió a su habitación, casi reconfortada, segura, de todos modos, de que la sabiduría del viejo arreglaría las cosas. Y él, después de tenaces esfuerzos para no despertar a Giovanni, consiguió meterse en la cama.

Esta era tan grande, que los dos hombres no se tocaban. Aquella noche, además, el joven, que había estado todo el día fuera, en bicicleta, dormía profundamente.

El viejo, pues, una vez apagada la luz, tuvo la sensación de estar solo; y cuando se hubo tumbado sobre el lado derecho, con el peso de su cuerpo sobre la parte viva, sintió una agradable sensación de calor y de bienestar. Le pareció que había entrado en un lugar desconocido, donde todo era agradable: un camino herboso, entre altos árboles, se extendía delante; y él lo recorría, súbitamente curado y rejuvenecido. Todo el pasado, incluso el más agrio y reciente, había desaparecido: él andaba por el nuevo camino, hacia una meta que no conocía, pero que sentía buena y serena.

De repente se sobresaltó, salió de su pasajero sopor; y le pareció que su corazón estaba atrapado, como la ágil liebre que, corriendo feliz entre el heno, cae en un trampa mortal.

Se puso boca arriba y se dijo:

«¿Qué has hecho, viejo puerco, qué has hecho?».

El delito de Pietro, que reapareció en su memoria claro y siniestro como una saeta, le pareció un juego en comparación al que había cometido él cuando, al quedarse solo después de la triste conversación, se había sentido tragar por la desesperación.

Había bebido. Dos, tres vasos de vino fuerte, o tal vez cuatro, hasta sentirse otro, como rejuvenecido por una sangre misteriosa que le devolvía la fuerza del hombre próximo a Dios.

Así había conseguido subir la escalera, como la escala de Jacob, y meterse sólo en la cama; pero ahora Dios le castigaba por su temeridad y por su infracción de la ley del dolor.



Estuvo mucho tiempo despierto, sin moverse. Todas las oraciones que sabía desde niño, volvían a su memoria. No las decía; pero las revisaba, una a una, palabra por palabra; y este ejercicio volvía a remontarle. Luego recaía en el recuerdo de Pietro y de su fechoría; y el pensamiento de la incapacidad de

Pietro para sentir el bien seguía estando allí como una roca monstruosa, un escollo negro, en torno al cual todo era sombra y peligro.

¿Dónde estaba ahora Pietro? Tal vez había ido al escondrijo de su víctima, para esconderse también él.

Pero he aquí que Pietro entra en casa. Se oyen sus pasos en el zaguán: una puerta chirría, se mueve una silla. Luego todo queda en silencio.

El viejo recitó unas oraciones. Da gracias a Dios por haber traído de nuevo a Pietro a casa, y por permitirle, a él, Dionisio, viejo pecador, arrepentirse y pedir perdón.

Así, poco a poco, volvió a amodorrarse. Pero los malos sueños empezaron a hacerle sufrir. El hermoso camino del primer sueño se transformó en un sendero yerto y, sin embargo, resbaladizo, entre dos setos espinosos de los que colgaban, retorciéndose como ramas agitadas, serpientes y víboras. Él subía a cuatro patas, lleno de angustia y de miedo; pero empujado por una voluntad insuperable de cumplir con su deber. En lo alto, en un escondrijo, entre piedras, se encontraba Lía; y él tenía que ir a buscarla, encontrarla y devolverla al padre.

Pero el sendero, de repente, se corta, y él se encuentra sobre un dique altísimo. Debajo está el río, o mejor, el lecho del río, porque las aguas se han retirado y sólo un poco de arena húmeda rodea las islas que parecen grandes cestas de verdura.

En una de ellas está Lia, y hay que ir a buscar y devolverla al padre.

Y él se sienta en el extremo del ribazo, decidido a dejarse resbalar por la ladera si no puede bajar de otro modo; pero el dique cede bajo su peso y siente cómo se hunde, lentamente, como tragado por la tierra.

Poderse abandonar a esta llamada de la profundidad sería casi dulce, si él no tuviera todavía aquel deber que cumplir. No obstante, se deja tentar: es como un sueño en el sueño, un tranquilo descenso por el misterio de la muerte.

Es la muerte. Él lo sabe y no siente ningún terror. Es más, le parece ir hacia abajo, hacia un lugar de paz, en el centro de la tierra, donde está Dios.

Y se asombra de haber creído siempre que Dios estaba arriba, en el vacío del cielo, y que se tenía que volar para llegar hasta Él, mientras que, en realidad, está debajo de nosotros, en la profundidad de la tierra, y hay que bajar para regresar a Él.

«Por eso se entierra a los muertos», piensa; y no desfallece al ver las paredes de su extraño asiento levantarse, levantarse, hechas de tierra húmeda y grasa, como la de los campos arados.

Súbitamente, sin embargo, se endereza: comprende que sueña, que la pesadilla de la parálisis mortal le traga inexorablemente; pero a pesar de cuanto hace, no consigue moverse. Y él no quiere morir: tiene muchas cuentas que saldar todavía, con la vida, con su conciencia. Dios está en lo alto. Es preciso volar, libres, hacia Él, como la llama que se apaga en el aire.

En el centro de la tierra está Satanás; y es él quien le atrae, haciendo que le parezca bella la muerte.

Una angustia sobrehumana se apodera de él, como si de verdad un abismo le enterrara vivo. Es preciso salir de allí, y ya que su cuerpo se niega a ayudarlo, él se acuerda de que el alma tiene un instrumento divino: la voz. Entonces quiere llamar a Giovanni; pero también la lengua se niega, y de su garganta sale solamente un sonido estridente; y él lo percibe como si fuera un grito no suyo.

Se despertó cubierto por un velo frío de sudor. También Giovanni se despertó, encendió la luz y vio, con terror, al viejo, tendido, amarillo, como una estatua de madera revestida con una capa de cera. La parálisis le había inmovilizado por completo.

A las voces de Giovanni, todos se levantaron; y Pietro, al ver al tío Dionisio en aquel estado, tuvo la impresión de que le había herido él, y herido de muerte. Medio desnudo, despeinado y con los ojos llenos de lágrimas, se inclinó sobre la cara triste y amargada de viejo Cristo agonizante de su tío; y le llamó en voz baja:

—Tío, tío.

El enfermo pareció volver en sí, salir de su fosa; los párpados, pesados y verdosos, se levantaron, y aparecieron los ojos, como cristalizados, con apenas una chispa del reflejo de la luz. Luego, se cerraron de nuevo, en seguida. A Pietro le pareció que para huir de su vista; y, como contagiado por la parálisis, se dejó caer, frío y rígido en la silla donde estaban los vestidos del viejo. A su alrededor, todos los demás se afanaban. Annalena hizo sorber un poco de licor al enfermo; intentó darle friegas y, finalmente, envió a Giovanni a llamar al médico. Luego se dio cuenta del abatimiento de Pietro; y se pasó con desesperación las manos por la cara.

Él lo advirtió y se levantó, volviéndose para mirar atrás, volviéndose violentamente, como si alguien le hubiese golpeado en la espalda. Luego dijo con voz fuerte:

—Sí; la culpa es mía.

Vio a Baldo, que se erguía como una víbora, y que la madre palidecía. Entonces volvió a sentarse, torvo, casi cruel; y sin hablar a nadie, hablando

como para sí, reanudó:

—La culpa es mía, y de todos. ¿Por qué me tienen que calumniar? ¿Y por qué le habéis encargado a él, desgraciado, que me acusara? ¿Teníais miedo de mí? Pues mirad lo que ha sucedido.

La madre le cogió por los hombros.

—Pietro, tú deliras. ¿Qué ha sucedido?

Entonces él se levantó de nuevo, de nuevo se inclinó sobre el viejo y con su respiración, jadeante de remordimiento y de pena, pareció intentar llamarlo a la vida.

—Tío, tío Dionisio. Usted debía de haber entendido que, para fastidiar a los que me calumniaban, también yo me he calumniado. Yo no sé nada de la muchacha Giannini, así se vaya al infierno. No sé absolutamente nada — repitió, marcando bien las sílabas—; lo juro por la memoria de mi padre.

Nadie habló. Los blandos párpados del enfermo se hincharon como si el viejo llorara a escondidas. Y una calma improvisa, triste pero grandiosa, como aquella que sigue a una tormenta que deja víctimas y ruinas, se esparció alrededor.



El médico, después de haber visitado dos veces al viejo, llamó a Annalena aparte y le dijo que sería conveniente llamar al cura.

Baldo, pues, fue a casa de su amado párroco. Le encontró preparado para salir con urgencia hacia el pueblo de al lado; pero, al saber de qué se trataba, y como el camino a recorrer era el mismo, siguió sin más al joven Bilsini.

Era la primera vez que Annalena le veía y tuvo una desilusión. Aquel cura, largo y huesudo, con la cara hundida, con los ojos pálidos bajo una frente alta y cubierta, como una roca, sin labios y sin cabellos, ¿era el famoso párroco que hacía milagros? Él pasó por delante de ella, sin verla, rápido, con un susurro de alas; y ni siquiera se dio cuenta de Gina, que le contemplaba turbada, con los niños escondidos entre las faldas, espionando el paso del extraordinario personaje. Subió la escalera empinada, levantándose la sotana; y, como si conociera la casa, fue rectamente a la cama del viejo.

El viejo no hablaba; pero había readquirido un poco de conciencia; y al ver al cura, el alma se le avivó en el fondo de las pupilas: esperaba la última confesión y el viático de la palabra del hombre de Dios.

Tanta luz de lealtad y de esperanza se recogía en sus ojos, igual que el resplandor del crepúsculo de un día sereno se recoge por la parte de occidente

después de haberse ocultado el sol, que el cura le dio, sin más, la absolución; luego le preguntó en voz baja si deseaba los demás sacramentos.

—¿Sí? Entonces voy y vengo. Mientras tanto, quédese tranquilo, porque el reino de Dios ha llegado ya para usted.

Los sobrinos se maravillaron al verle salir tan pronto de la habitación del viejo y, con su prisa silenciosa, hacer ademán de marcharse sin ni siquiera saludarlos; pero cuando estuvo en la era se detuvo, de golpe, al ver a un hombre que entraba en aquel momento.

Y el milagro en el que Annalena se negaba a creer, sucedió. El hombre era Urbano Giannini.

Gris, vacío y vacilante, parecido a un moribundo que se levantase de su cama y vagaba entre las sombras del misterio, cuando el cura, que fue a su encuentro, casi como para sostenerle, le murmuró a la cara:

—¿Usted? Iba precisamente a buscarle.

Se irguió y abrió los brazos y pareció como quien, después de una carrera ardiente y afanosa, desemboca en la orilla del mar y respira su gran respiración.

—Su hija está sana y salva.

Estas palabras llegaron hasta los Bilsini; y todos, olvidándose de que la muerte estaba en casa, exultaron de alegría. Se vio a Giannini volver a ser el que era antes, grande y fuerte; y, como si los papeles se hubieran invertido, hacer un signo de bendición hacia el cura.

Annalena los invitó a entrar en el saloncito; y, como quería dejarlos solos, Giannini, mientras el párroco le entregaba una carta, la cogió por el brazo y la obligó a quedarse. Luego, él leyó en voz alta la misiva.

Era de la madre superiora de un convento de los alrededores, y estaba dirigida al párroco.

«El miércoles pasado, hacia el atardecer, se presentó aquí pidiendo refugio, una jovencilla, a la que al principio se tomó por una niña de doce años. En virtud de sus afirmaciones de que estaba sola, que era huérfana y la perseguían, fue admitida para pasar la noche en nuestro convento. Al día siguiente, interrogada por mí, declaró que se había alejado espontáneamente de su casa, empujada por una irresistible vocación religiosa; y me rogaba que la acogiera como novicia. Pero las referencias dadas por ella sobre su estado familiar no correspondieron a la verdad, por lo que fue reprendida y amenazada con una denuncia. Ella cayó en gran postración, con fiebre alta; y sólo esta mañana ha vuelto en sí y ha confesado llamarse Lia Giannini, ser hija del industrial don Urbano Giannini, de Casalotto, y que pretendía,

realmente, seguir con fuerza su vocación religiosa. Dice que ha soñado esta noche con su padre moribundo; y está todavía en gran agitación y pena. Por lo que me dirijo con urgencia a Su Señoría Reverendísima para que se sirva hablar con don Urbano Giannini y que me indique sus intenciones».

—Huérfana, sola y perseguida —declamó, con voz tonante Giannini, abanicándose con la carta, porque, en realidad, un violento calor le quemaba la cara. Pero su énfasis se deshinchó, para dar paso a un acento de tranquilo dolor—: Tenías razón, niña. Huérfana, perseguida por la suerte, abandonada por tus padres. ¿Qué podías hacer en tu hogar destruido? Has ido hacia Dios: y Él no rechaza a los que sufren.

—¿Entonces? —preguntó el cura, con voz seca.

—Entonces digo que Lia hace bien en huir de este maldito mundo.

—Esperemos que pensará mejor sus asuntos y los de su hija —dijo, brusco, el párroco, con gran sorpresa de Annalena.

La cara de este se había endurecido y vuelto blanca, como la cera puesta al frío, y guiñaba los ojos, casi maligno. Estaba descontento, en una palabra, de que el padre de la fugitiva no protestara contra ella y de que, después de haberla dejado escapar, se resignara de aquella manera.

El hombre era inteligente y comprendió. Dijo, humilde y orgulloso a la vez:

—¿Usted sabe quién soy?

En efecto, el cura, a cuya parroquia no pertenecían los Giannini, lo conocía sólo de vista y a través de las referencias de Baldo. Le miró, pues, con ojos cambiados y contestó, inseguro:

—Le conozco poco; pero sé que a un padre atento y amoroso no le suceden estas desgracias.

—Tiene usted razón. Soy como uno de aquellos mineros que buscando el oro viven en la oscuridad. Pero supongo que alguien, además de Dios, me iluminará.

Entonces, el rostro del párroco recordó la descripción que Baldo hacía de él: «Es como una llama que alumbra».

Todo ardía y brillaba en aquel rostro, como si las venas, bajo el blanco velo de la piel, fuesen de oro fundido, y las pupilas más rutilantes que diamantes.

Annalena comprendió que el resto de la conversación entre los dos podía asumir la forma de una confesión; y, despacio, retirándose sin hacerlo notar, se fue.

Dijo a los jóvenes, que esperaban curiosos en el zaguán, que la muchacha estaba en un convento; luego subió a la habitación del viejo y dio también a este la noticia; pero él parecía ya separado de las cosas de este mundo, libre de todo vínculo humano.

Murió por la noche, sin hablar más, sin moverse más, como si se marchara a escondidas para no molestar a nadie.

Sus sobrinos velaron su cadáver, sentados en fila a lo largo de la pared, sobre el fondo de sus sombras soñolientas; y Osea se apoyaba en el bastón del tío, como un cetro que le hubiese dejado en herencia.



Los días siguientes fueron grises y opacos. Los niños y el perro andaban perdidos, en busca de algo que no encontraban ya; y cuando Annalena llevó hasta el pozo, para lavarlos, los vestidos del viejo, *Tom* se agachó al lado, gruñendo, porque los reconocía por el olor.

Luego la vida tomó de nuevo, en apariencia, su ritmo acostumbrado. Es más; los jóvenes trabajaban con más gana, y Osea, que de repente se había vuelto serio, investido por el espíritu de cabeza de familia que le había transmitido el muerto, vigilaba a los hermanos con ojos de sueño.

Por otra parte, incluso antes que el viejo muriera, había tomado la dirección de todo, trabajo, gastos, ganancias; y pedía a la madre, que hacía de cajera, cuentas del último céntimo.

Esto le gustaba a Annalena, dispuesta también a seguir, de ahora en adelante, la mal férrea disciplina moral.

Tampoco Giannini se había dejado ver más, y no enviaba noticias. Un día, sin embargo, llegó una postal desde Trieste, firmada por él y por la hija. Entonces se supo que había convencido a Lia para que volviese a casa y que para distraerla la llevaba con él de viaje.

Baldo no estaba contento con esta solución mundana del drama de Lía; pero no decía nada a sus hermanos, cuando todavía se hablaba del hecho, porque en los primeros días después de la muerte del tío, cuando él y Pietro se encontraban solos en el campo, de repente, el hermano se le había abalanzado, rechinando los dientes, y le había echado a fuerza de puñetazos y de bofetadas.

—Estos por mí —decía jadeando—; y estos por el pobre tío, que ha muerto antes de tiempo por culpa de tus chismes. Y si quieres más, habla.

Este desahogo le hizo bien a Pietro. De improviso, se sintió otro; se volvió taciturno y serio. Esta manera de portarse se avenía con su carácter físico, con

aquella cara suya, negra, en la que el blanco de los ojos y de los dientes recordaba los retazos de cielo lunar en las noches nubladas; y también parecía, como Gina, un personaje de otra raza, un intruso en aquella familia de rubios alegres.

Habían pasado apenas cinco semanas de la muerte del tío, y ya nadie pensaba en ella. Hasta Annalena se reía, contenta de que la estación fuera buena y de que la perspectiva del invierno se presentara de un color bien distinto a la del año anterior, y de que un nuevo pequeño Bilsini estaba a punto de venir al mundo.

Esperaban que fuera un varón; y ya tenían preparado el nombre: Terzo.

Sin embargo, nació, en una noche de viento, una pequeña sietemesina, con los cabellos plateados como una muñeca barata; y la llamaron Dionisia.

—Parece hija de Isabella —dijo la madre, cuando se la enseñaron y no disimuló cierta sensación de repugnancia y de hostilidad contra la niña.

También Bardo sonrió, burlón, cuando se la enseñaron.

—Parece una bolita de grasa.

El sobrenombre de bolita se le quedó a la niña. Bolita por ahí, Bolita por aquí. Los hermanitos, agarrados a la colcha de la cama donde estaba la parturienta, querían a cada momento ver y besar a la pequeña Bolita. Giovanni y Bardo apostrofaban irónicamente a Osea, que, en lugar de un tercer varón, había procreado aquella pequeña bolita de harina amarilla; y él mismo, Osea, se reía de todo corazón, diciendo que tal vez, en lugar de él, había intervenido el cura.

Baldo callaba, enfurruñado, cada vez más lleno de indignación por la poca religión de los hermanos; y aquella criatura mezquina, venida al mundo antes de tiempo entre la burla de los parientes y de los propios padres, le parecía una señal de la ira de Dios contra su ambiciosa familia.

Sólo con la madre, doblemente atareada por la falta de la ayuda de Gina, se atrevía a desahogarse.

—Si nos hubiéramos quedado en nuestro campo, pobres pero contentos, todo esto no hubiera sucedido. Y ahora iremos de mal en peor. Crecerá el dinero, pero también con él, los dolores de cabeza.

La madre le empujaba con el codo.

—Anda ya; el peor dolor de cabeza eres tú, gruñón. La Bolita crecerá, se convertirá en la muchacha más guapa de la provincia, y, si Dios quiere, será la más afortunada. La haremos estudiar para maestra.

Baldo desaprobaba más que nunca.

—Bueno, bueno; mejor haríais, por lo pronto; en bautizarla.

La bautizaron el domingo siguiente: madrina, Isabella. E Isabella sí que estaba entusiasmada con su ahijada, a la que hablaba ya como a una persona adulta. La vistió ella con unas largas mantillas de gasa, que eran su regalo de bautismo; y le puso en la cabeza la cofia, que parecía una rosa. Luego la levantó cuanto pudo, entre sus manos, y la presentó a todos los asistentes, para que la admiraran, como si fuera una pequeña novia.

La criaturita, con sus minúsculos puños apretados, brillantes y amarillos como dos albaricoques, abría y cerraba sus ojos verdosos que, en medio de los encajes y de los volantes de la cofia, recordaban las pepitas escondidas en las rosas; y parecía prestarse graciosamente al juego. Y también la pequeña madrina, con su vestido corto de lana naranja, las mejillas redondas revestidas de piel de melocotón, los inevitables pendientes de oro, que esta vez parecían dos rizos un poco más brillantes que los de sus cabellos, parecía una muñeca grande que se divirtiera con otra más pequeña.

—Esta vez sí que está guapa, de verdad guapa —exclamó Bardo; y no se sabía a quién se refería.

—Esta vez sí que la robo a esta señorita pequeñita, pequeñita. Vigila —gritó Isabella; y empezó a abrazar y a besar a la niña. Annalena protestó.

—Así me la rompes, oye.

Pero Isabella salió corriendo hacia la habitación contigua, repitiendo:

—La robo, la robo.

Bardo la siguió con paso de lobo.

—Por mí —le dijo en voz baja—, te la puedes meter en el bolsillo, o a lo mejor la madre te la regala con gusto. O bien nos fabricamos una así nosotros.

Isabella, sin embargo, ya no estaba dispuesta a secundarle, sino que, al contrario, le miró enojada; y, a pesar de todo su entusiasmo por la niña, le amenazó con echársela a la cara.

—Si tengo que hacer un edificio como este, no serás tú, ciertamente, el albañil.

Él bajó la cabeza, porque si sus palabras correspondían a las de una expeditiva declaración de amor, la respuesta de Bellina era decididamente una negación.

Por otra parte, también con Pietro ella se mostraba reservada, y él lo mismo con ella. Osea dijo que parecían una pareja de novios de familia real.

Pero cuando Pietro, al ayudarla a subir y acomodarse en el coche del bautizo, le apretó a escondidas la pantorrilla, ella se sonrojó y le miró, como si volviera a verlo después de una larga ausencia y de prolongada espera.

En el calesín, renovado para la ocasión, tomaron asiento también Baldo y Osea, que guiaba. Pusieron a la pequeña sobre las rodillas de Isabella, con el extremo, en verdad poco pesado, del vestido de bautizo sobre las piernas del padre.

Una blanda manta los cubrió luego a todos; y para mayor precaución, aunque el día era hermoso, bajaron la capota.

Annalena llevó a la yegua de la brida hasta el portal, y hubiera querido guiar ella el vehículo, como en tiempos pasados; pero ahora su puesto estaba allí, en la casa, donde ella conducía a la familia por el viaje azaroso de la vida.



Aunque la Bolita era pequeña, la fiesta fue grande. Por primera vez, después de muchos años de decadencia, los Bilsini se permitían ofrecer un verdadero banquete, y a personajes de respeto.

Además del párroco que bautizaba a la niña, estaba invitado el del pueblo de al lado; invitados también el médico y el veterinario.

Era preciso honrarse, ya que la fiesta del bautizo era una excusa: la verdadera fiesta se celebraba por el hecho de que la familia Bilsini volvía a asomarse al mundo de la gente respetada.

Casi como para asegurarse de que aquella invitación no era una trampa para los personajes que se dignaban aceptarla, entre un preparativo y otro, Annalena encontró tiempo para inspeccionar rápidamente su propiedad.

Los campos estaban todos arados y removidos, y algunos ya sembrados. Caían de los pámpanos las últimas hojas amarillas y amaranto, como llamas que al volar se apagan; y bajo el sol ya invernal, la tierra sonreía un poco triste, con las últimas briznas de hierba a lo largo de las acequias ya sin sombra, en las que el agua lechosa recordaba los ojos de los niños cuando están a punto de dormirse.

Muchas parejas de pichones blancos y tornasolados volaban por encima de la torre; y abajo, en la era, y alrededor de la casa, describían una aureola de prosperidad numerosas colonias de gallinas, de patos con sus alegres patitos, de pavos y de ocas gigantes.

En el establo, sobre el suelo cubierto de forraje, la vaca preñada estaba tendida como una gorda sultana, y rumiaba sin tener nada en la boca. Con sus cortos párpados entornados sobre los ojos pensativos, parecía que recordara algo o que hiciera cálculos mentales; y no se alteró ni siquiera cuando *Tom*, que acompañaba al ama, le saltó encima, como los niños hacían con él.

Por otra parte, Annalena hizo volver en seguida al perro a su lugar.

—Abajo, *Tom*, hijo de perro, bestia descarada.

También el cerdo yacía en un perfecto estado de nirvana: rosado como desnudo, lleno de grasa, ya no conseguía moverse, atento a su cuenco de caldo. Solo, de cuando en cuando, gruñía de felicidad, sin saber que las horas de su orgía estaban contadas.

Sin embargo, al mirarle, la mujer se entristece: se acuerda del pobre tío Dionisio, que ya no asistirá a la fiesta de la matanza del cerdo, que ya no verá las entrañas de la víctima, humeantes y rojas como el fuego, manar del vientre abierto; ni medirá la altura de la manteca por la gran herida blanca, ni sentirá nunca más la fuerza de vida que la bestia sacrificada difunde a su alrededor.

Pero ya en el camino se oía el ruido de voces y de vehículos; y Annalena se estremeció de orgullo cuando la llamada poderosa de un automóvil resonó detrás del seto, como el cuerno de caza de los antiguos señores del lugar.

Era el automóvil del veterinario.



El gigantesco veterinario llevaba en su coche, pálido satélite, al pequeño y casi místico médico. Llegados al portal, que Annalena había abierto de par en par, y detrás del cual se escondían curiosos y turbados los niños, él saltó ágil a tierra y tendió la mano a su compañero para ayudarlo a bajar. Sin prestar atención a la mujer, que los recibía con su más luminosa sonrisa, los dos invitados empezaron a hacerse cumplidos en dialecto.

—Pase delante usted, que es un pez gordo, aunque sea pequeñajo —decía el veterinario, empujando al médico.

Pero este se zafaba afirmando que el pez verdaderamente gordo, de dicho y de hecho, era precisamente el médico de las bestias.

Los hermanos Bilsini, que acudieron sin demasiada prisa, felices pero dignos, acogieron de igual manera a los dos personajes, y Giovanni presentó el veterinario a la madre. El gigante la contempló con sus ojos de águila; y, en seguida, satisfecho, le puso la mano sobre los hombros.

—La conozco ya de oídas, señora Bilsini, y sé que es usted una mujer ejemplar.

Al ver a sus hijos sonreír, entre sarcásticos y complacidos, porque le dan el título de *siòra*, ella enrojeció como una niña: también porque aquel hombrón, con su voz cálida y resonante, le recordaba a Urbano Giannini.

—¡Oh Dios! ¡Se hace lo que se puede, *sior* doctor!

El doctor de los hombres indicó la escarapela verde que florecía en el pecho prominente de su compañero.

—Caballero de los santos Mauricio y Lázaro —dijo, para poner las cosas en su sitio.



Regresaba, mientras tanto, el calesín del bautismo, seguido a corta distancia por el del párroco, que, a su vez, transportaba al párroco del pueblo de al lado; pero los papeles estaban invertidos, porque si el cura milagroso era delgado como un tallo de avena, el otro, corpulento y colorado, podía competir con el veterinario.

Y entre ellos se saludaron con gran cordialidad: amigachos, se encontraban casi siempre reunidos en los banquetes de las grandes ocasiones, en casa de las familias ricas de los alrededores; y se les invitaba, además de por su autoridad, por la alegría sana que difundían a su alrededor, y también porque su conversación se salía de las acostumbradas historias de cosechas, de comercio y de dinero.

El veterinario, además, era galante y buen conocedor de mujeres. Divisó en seguida a Isabella; y se peinó con un dedo las cejas, como para mirarla mejor.

—¿Y de dónde sale este capullo de rosa?

Celoso, pero también contento, Pietro contestó:

—Digo yo que saldrá de la planta.

Nada atemorizada, sino, al contrario, balanceándose como una bailarina que inicia la danza, Bellina miró a los ojos al hombrón; y observó, en dialecto:

—Pero si yo soy un capullo de rosa, usted es una hermosa manzana madura.

—La manzana de Adán —dijo el párroco gordo.

Y teniendo necesidad de escupir, por buena educación, se volvió y lo hizo en su pañuelo de bolsillo.

Todos, incluido el párroco delgado, rieron con segunda intención, y más que todos, el hombre aludido, que, aprovechándose de la súbita familiaridad, se acercó a Isabella y le tocó la espalda.

Pero ella que, con las bromas, no quería pasar de las palabras, se estremeció exageradamente, como para librarse del gran peso del veterinario; y salió corriendo hacia la casa.

Esto gustó mucho a Pietro. Mientras la alegre compañía se entretenía en el zaguán, él alcanzó a su novia en el saloncito, donde ella daba un último toque a la mesa puesta; y le dijo, casi trágicamente:

—Espero que no te pongas al lado de aquel cerdote.

Bellina levantó los ojos, asombrada y contenta por los celos de Pietro; y luego salió corriendo de nuevo, agitando una servilleta.

—¿Yo, a la mesa? Ni siquiera me pienso sentar.

Los sitios, en efecto, eran sólo para los hombres y los niños; y había uno de más, para algún invitado imprevisto.

Annalena se violentaba, no atreviéndose ni siquiera a confesarse a sí misma que esperaba la llegada de Urbano. Es más, se engañaba creyendo en su deseo de que no viniera; y, sin embargo, cuando oyó ladrar al perro, corriendo hacia el portal, con aquella manera especial suya de saludar a los amigos de casa, también ella se asomó, turbada, a la puerta. Pero el rostro se le iluminó con una sonrisa muda, irónica y casi mala, cuando la sombra de Pinòn, con su bastón de peregrino, se dibujó en el sol de delante del portal; y él pareció bajar, como un rico señor, del automóvil parado allá al lado.

Bienvenido sea por última vez Pinòn, que, como los animales inteligentes, percibe, incluso a distancia de kilómetros, el olor de las cosas buenas y de las malas. Esta vez todos, en casa de los Bilsini, pueden mirarle a los ojos sin miedo a que él entrevea algo oscuro en su conciencia, si no son las sombras naturales del instinto que el Señor ha concedido al hombre sólo para que este pueda vencerlo.

Se discutía precisamente sobre esto, entre el párroco delgado y el veterinario, a la mesa, después de las primeras alegres conversaciones y de los cumplidos a las mujeres por los deliciosos y abundantes manjares que se servían sin cesar.

El párroco delgado, que comía y bebía tanto como el párroco gordo, repetía la conocida fórmula del libre albedrío, mientras que el veterinario sostenía lo contrario.

—Pero, hágame el favor; vaya a contar a los caníbales esa cristianísima teoría. En cambio, ¿sabe usted lo que hacen aquellos señores?

—Lo sé; me comen, aunque haya poco que roer alrededor de mis huesos. Mejor les convendría usted. He de hacerle observar, sin embargo, que a los caníbales, precisamente, hay que hacerles primero cristianos: cuando estén educados, cuando su conciencia, se despierte, entonces hablaremos.

—Pero, hágame el favor; y a los caníbales ya cristianos ¿en dónde los deja? ¿Aquellos que se comen a su semejante peor que los de verdad, despojándole, explotándole, matándole?

—Yo hablo de cristianos en el verdadero sentido de la palabra. Por desgracia, sí; estos son pocos, tal vez menos que en los primeros años después

de Cristo. Sí, pero estos están en el mundo para continuar, mejor dicho, para reanudar la obra del Maestro. Y cuando el hombre haya comprendido que es preciso vencer los malos instintos, no sólo encontrará la salud del alma, sino también la del cuerpo y la perfecta felicidad.

—El pobre tío Dionisio decía lo mismo —intervino Giovanni, que se sentaba junto al sitio vacío e, instintivamente, vertía agua en el vaso, como si el viejo, regresando del otro mundo, fuera el invitado al que se espera.

Los hermanos le miraron, burlones, especialmente Bardo, que, además, le hizo una mueca; y él se ruborizó, arrepentido de haber metido baza en la discusión de los personajes. Sin embargo, hombres y mujeres seguían con curioso interés aquellas conversaciones; y Pietro pensaba que el tío Dionisio no se hubiera muerto tan pronto y de aquella manera si él no se hubiese dejado vencer por su instinto de maldad.

Intervino también el párroco gordo, que no hablaba nunca, pero cuyos pequeños ojos azules en su cara de luna saliente de verano corrían de uno a otro de los invitados y captaban cada gesto, cada palabra.

Dijo en dialecto:

—Tiene usted razón. Lo dice también el proverbio: mente sana en cuerpo sano.

Esta vez fue el doctor quien intervino, con su voz delgada, pero tintineante, como el sonido de una campanita de plata. Y una sonrisa, entre triste e irónica, acompañaba sus palabras.

—El señor párroco invierte un poco los papeles; pero tiene razón: cuando la mente y el cuerpo están sanos, el alma está también tranquila y lo piensa dos veces antes de incomodarse para hacer el mal.

El párroco delgado, inclinado para quitar la carne de un blanco muslo de pollo asado, meneaba la cabeza y apretaba sus labios invisibles: no, no le comprendían aquellos señores; y, por otra parte, era inútil insistir. En el día de hoy no se puede predicar en la mesa la ley de Cristo: es preciso dictarla desde el púlpito, sobre la multitud silenciosa, igual que se siembra el grano sobre la tierra muda: si la semilla es buena, germinará por sí misma y dará fruto.

Los grandes ojos de Baldo, sentado enfrente, que no cesaban de mirarlo y brillaban como dos ventanas abiertas sobre un horizonte infinito, le anunciaban la buena nueva; y no solamente eso, sino que se la presentaban hecha realidad, en aquella mesa en torno a la cual se reunía una familia honrada, educada en la férrea ley del bien.

Y, como Baldo le había ya confiado los últimos acontecimientos ocurridos en su casa, dirigió su atención a Pietro, que se sentaba a su lado.

Pietro era todavía un poco la sombra del cuadro: su figura oscura podía recordar la de Judas, sin los ojos que, cuando él olvidaba su secreta inquietud, se volvían dulces y soñadores.

Mientras la conversación se hacía general, el párroco delgado le preguntó en voz baja.

—Pietro, ¿cuándo te casas?

Al principio, Pietro se sintió helado, como si el párroco le hubiese confiado un terrible secreto. Luego pensó: «Ya, tengo que casarme con Bellina; aquí está esa coqueta».

Y se encantó mirándola, mientras ella se inclinaba, con una bandeja luminosa y humeante como un volcán, para servir el pastel al ron al veterinario, que olía golosamente el dulce y a la muchacha a la vez.

—Pronto —contestó Pietro, con celos.

—¡Bravo!, ¿os quedaréis aquí?

—No, no. Aquí somos ya demasiados; vamos a vivir con la madre de Isabella. ¿Conoce usted a la vieja Mantovani? Es rica, pero avara.

—Ya le sacarás tú el dinero, y harás muy bien.

El sacerdote, al que Pietro tenía por un santo huraño y cavernoso, hablaba en voz baja, como un hombre práctico y de mundo; es más, el joven seguía teniendo la impresión de que entre ellos dos se hablaba en confianza y con cierta complicidad por parte del párroco. Y tuvo deseos de decirle que sí, que el dinero de la vieja le atraía mucho; pero vio a Isabella, que, adivinando tal vez la conversación que le atañía, se acercaba ofreciendo la ardiente y olorosa bandeja, como si contuviera su propio corazón; y contestó rápido, no sin orgullo:

—¿Y por qué he de sacárselo precisamente yo? ¿No será nuestro, un día u otro? Yo trabajaré. ¿Qué otra cosa tengo que hacer?

Y le pareció, realmente, que este era su mejor destino.

—¡Bravo! —aprobó el cura.

Y mientras con la cuchara de plata excavaba el edificio del pastel, prestó oídos a la nueva discusión que sostenían el doctor y el veterinario, el cual sólo sabía vivir para desaprobar las opiniones ajenas.

Ahora se trataba de cosas sólidas: de la nueva ordenación de la propiedad de las tierras. El doctor sostenía que los campesinos estaban mejor cuando estas pertenecían, hacía todavía pocos años, a los propietarios de la ciudad, que las habían comprado a bajo precio a los nobles venidos a menos y despilfarradores.

—Entonces, el campesino gozaba verdaderamente, con toda su numerosa familia, de la tierra que cultivaba. No tenía responsabilidades, ni gastos. El dueño, que no conocía el verdadero valor de su tierra, ni sabía cultivarla por su cuenta, estaba de una manera o de otra, ya se tratara de aparcería o de alquiler, en manos del campesino. Este se quedaba con la parte mejor, y ahorraba mucho dinero. Tanto es así que, aparceros y arrendatarios de antes de la guerra, se han convertido en propietarios de las tierras que antes no eran suyas.

El veterinario dejaba de cuando en cuando de comer el pastel para escuchar aterrado las palabras del médico; y cuando se trató de contestarle pareció no encontrar la manera de expresarse.

—Pero... pero... hágame el favor: ¿usted habla en serio o en broma? No, no, por favor, no vuelva a hablar. ¿Usted, pues, dice que el campesino estaba mejor cuando estaba peor? ¿Cuando era criado?

—Exactamente. Era más libre y no tenía preocupaciones. Incluso materialmente estaba mejor, porque no se preocupaba de lo que comía a espaldas del dueño. En fin, para expresarse bien, le diré que yo estaba mejor cuando, antes de ser médico, era estudiante.

—Esto es poesía. La realidad es muy otra: es lo que se tiene en la mano. Y vaya a preguntar a un campesino si verdaderamente estaba mejor cuando servía al dueño o ahora que el dueño es él. Pregúnteselo a esos valientes muchachos.

—Nosotros todavía no somos dueños de esta finca —contestó pronto Osea.

Pero sus ojos chispeantes expresaban la esperanza, mejor dicho, la certidumbre de llegarlo a ser un día.

Y el veterinario aferró en seguida y tradujo este pensamiento:

—Pero llegaréis a serlo un día, y cuando lo seáis, me haréis el favor de decir al señor doctor si estáis mejor ahora o entonces.

Osea sonrió, con malicia.

—¡Oh, entonces, claro!

El doctor se volvió hacia él, con súbita vivacidad.

—¿Y cómo puedes decirlo? No ves que es precisamente la esperanza, mejor dicho, la firme voluntad de llegar a ser dueños, lo que os mantiene unidos, de acuerdo, sometidos a vuestra madre, como en la feliz edad de la infancia; mientras que entonces...

Annalena se había detenido, detrás de la silla del veterinario, y escuchaba, con el alma tensa y la cara roja, como si hablaran de cosas íntimas suyas. Un

deseo casi anhelante de entremeterse en la discusión le hinchaba la garganta, y cuando el doctor la aludió, no pudo contenerse más, y dijo con voz firme:

—Criados o dueños, mis hijos estarán siempre sometidos a la madre.

El veterinario se levantó de un salto, se volvió, y, a través de la silla, abrazó vigorosamente a la mujer.

Y el grupo pareció tan grotesco, que todos se echaron a reír.

El párroco gordo se volvió para escupir dentro de su pañuelo y luego propuso:

—Entonces, bebamos a la salud de los futuros propietarios. En un instante los vasos estuvieron llenos de vino lambrusco, violeta, hirviendo de espuma rosada; se entrecruzaron y tintinearón sobre la mesa. Uno se volcó sobre los manteles, que parecieron incendiarse, y la mancha fue como un sello sobre la promesa de la buena suerte.



GRAZIA DELEDDA (Nuoro, 1875 - Roma, 1936). Nació en Cerdeña, en el seno de una familia de sabios y artistas. En casa tenían una buena biblioteca y su padre era poeta aficionado, pero se opuso cuando ella empezó a escribir a los 12 años. Así lo contó la autora al recoger el Nobel de Literatura en 1926. Fue la segunda mujer en ganarlo.

Los viajeros que pasaban por su casa, acogidos por su padre (el alcalde de la aldea), se convirtieron en sus primeros personajes. La Cerdeña rural fue su escenario favorito. Siendo adolescente, los plasmó a todos en cuentos para una revista femenina. Su primer gran éxito fue la historia del expresidiario *Elias Portolu* (1903) y más tarde títulos como *Cenizas* o *La hiedra* saltaron a la gran pantalla. Siempre poética, la narrativa de Deledda habla de la dureza de la vida, las tradiciones y la religión.